



# Origen

Rafael Ortiz

**Derechos de autor © 2022 Rafael Ortiz García**

**Todos los derechos reservados**

# Índice

Prefacio a la edición revisada de <i>Homo simulator</i> .....	6
Introducción .....	10
Inicio .....	14
El eslabón perdido .....	23
La virtualidad .....	50
Ley de la inadaptación más favorable.....	59
Paleolítico .....	76
La invasión sapiens .....	91
Licántropos .....	101
El sentido del deber.....	117
La disidencia-lealtad .....	122
El arte .....	129
El lobo .....	148
La homosexualidad .....	162
La mujer .....	167
Epipaleolítico.....	171
Cazadores-pastores .....	177
La explosión demográfica.....	189
Neolítico .....	197
Aldeanismo .....	199
Femina ceres .....	206
Urbanismo.....	217
Matrilinealidad y patriarcado.....	228
Civilización .....	239
Programas virales .....	256
Nexo predador.....	267
Humano cerealizado.....	284
Hacinamiento .....	306
Poder .....	318
Burbuja poblacional .....	330

# Prefacio a la edición revisada de *Homo simulator*

En 2020 publiqué “*Homo simulator*”, una obra que recogía el resultado final de un proceso de cambio personal que duró más de siete años. Las cosas son así. Los discursos y las cosmovisiones personales, se conviertan o no en públicas, son siempre producto de un trabajo personal, íntimo, extremadamente complejo y, a la vez, generalmente con resultados prácticos simples, simplificadores, baldíos. Pero ese no fue mi caso. Años de lo que la moda llama “autoayuda”, “evolución espiritual”, “despertar”, etc. dieron como resultado un puzzle de enormes dimensiones que aún hoy sigo (y creo que seguiré el resto de mi vida) tratando de desvelar y componer.

Fue (es) algo mayormente guiado por fuerzas anónimas que solemos aglutinar bajo la denominación de “autodidactas” y que provienen de ese más del 90% de nosotros mismos que, desde el inicio del psicologismo decimonónico, en lugar de llamarlo con el actualísimo y certero término de “materia y energía oscuras” lo conocemos como “inconsciente”. Un impulso, una intuición, si se quiere y eso tranquiliza a alguien, una revelación en alud que cambió mi vida personal y aún lo sigue haciendo sin que acierte a saber en qué dirección me lleva. Nada que no le ocurra al resto de los humanos.

Pero ese impulso oscuro, ese abismo de información, resulta que arroja luz sobre el brillo del engaño personal y colectivo al que estamos encadenados por fuerzas que nos parasitan sin mostrar nunca su verdadero rostro, como ese dios que se le apareció a Moisés en el exilio desértico de los hebreos. Luz sobre las tinieblas deslumbrantes, sencillez contra la confusión, una perspectiva inédita... que nos resulta, en el fondo, inquietantemente familiar.

Los enormes y vertiginosos acontecimientos de los apenas últimos tres años van encajando en esa "línea promedio" que señala una dirección más allá de nuestros deseos, nuestra propaganda personal y colectiva repleta de certidumbres y sospechas, también, de los delirios de poder de quienes creen estar escribiendo la historia desde su pedante flacidez. Todo va encajando en ese marco lejano, en ese tiempo galáctico, arqueológico, ficticio, sobre el que se escriben los algoritmos de la Historia con mayúsculas.

No somos lo que pensamos ser. Ni siquiera nuestros verdaderos enemigos lo son. Somos, eso sí, lo que soñamos, lo que nos soñamos, lo que "mentimos". Somos puro artificio. Somos el lugar donde ha surgido una nueva categoría de realidad que se añade al mundo inerte de la fisicoquímica y al de la vida: La realidad virtual. Somos seres virtuales cuya existencia se desarrolla sobre un sustrato orgánico biológico, un soporte basado en la química del carbono, exactamente igual que la vida, ese hasta hace poco novedoso estado de realidad, se desarrolla sobre un soporte fisicoquímico. Somos puro artificio, virtualidad, simulación. Somos Homo simulator. La primera

especie del, por ahora, último estado de la realidad. Pero no somos los únicos habitantes de ese nuevo mundo.

La historia que se cuenta ahora revisada, respetando las ideas troncales, que siguen plenamente vigentes, y añadiendo solo los nuevos descubrimientos personales y colectivos que aporta la actualidad, la moda, la confusión de puntitos dispersos alrededor de una línea de promedio oculta por nuestra ansiedad ante la vorágine del cambio, la he dividido en tres partes que, aun conservando su parentesco, adquieran sentido práctico de forma individual: Origen, Europeo ancestral y Ciberlítico.

Tres hitos con los que dibujar una nueva perspectiva en el nuevo mundo de las perspectivas, las simulaciones, las invenciones, las ficciones. ¿Acaso hay otra forma de pensar, sentir y concebir en el estado de realidad virtual? ¿Se puede inventar la realidad? ¿Es posible conocer la realidad virtual en la que vivimos y de la que nos componemos si no es inventándola mediante “argumentos virtuales”?

Nada de lo que se diga en cualquiera de las tres entregas de esta saga de Homo simulator tendrá sentido si se analiza desde los criterios de la más perfecta, productiva y, a la vez, peligrosa simulación humana: que el mundo en el que vivimos y nuestra propia naturaleza individual y colectiva no es algo ficticio, virtual ni simulado, sino algo “real”.

¿Pero qué es real en un mundo virtual?

¿Acaso podemos comprender el hecho diferencial de la realidad biológica desde las leyes de la física y la química, sin salirnos de ellas? ¿No es real ese estado de la materia que llamamos “vida”?

¿Se trata de una simple invención conceptual, una extrapolación fantasiosa de la única realidad fisicoquímica, un mito, un cómic, un mundo invisible en el que protegernos de la cruel realidad?

El estado virtual de la materia es tan real como el de la vida. Por eso es imposible entender su funcionamiento aplicando las condiciones, a las que llamamos “leyes”, que rigen los otros estados. Porque en este, no hay leyes.

Ese es el gran misterio, la gran esperanza y el mayor bien por el que luchan todos los seres que habitan este novísimo “estado de la materia”: el poder de la creación, de la conformación de la realidad, de la razón algorítmica que condiciona y altera los sucesos.

Podemos alterar la realidad. Y no solo la virtual. También la fisicoquímica y la biológica. Porque todas esas realidades forman parte de un multiverso simulado. Un descomunal y “sobrenatural” juego de ordenador. Eso es lo más parecido a la “Verdad” que podemos estar. Y es algo que saben cada vez más humanos y, también, esos otros seres virtuales inhumanos que creamos nosotros mismos y que ahora nos poseen como los parásitos o los demonios a sus huéspedes: Para apropiarse del poder creador que todos tenemos por el simple hecho de existir individualmente, de tener una conciencia, un alma humana.

Aunque todas estas palabras pertenezcan ya, después de leer la saga de Homo simulator, a conceptos de otro mundo.

# Introducción

Un rascacielos no es algo natural. Pero ¿lo es el nido de un pájaro? Desde nuestra perspectiva etnocéntrica, el nido fabricado por un pájaro es algo completamente natural. Sin embargo, esta idea resulta igual de absurda que considerar que una máquina excavadora “trabaja”. Si la obra de un animal, como el nido del pájaro o la presa del castor o la caña de pescar termitas del chimpancé no son algo artificial por la simple razón de que sus autores no son humanos, entonces, el trabajo de un ordenador, de un robot o de una excavadora también son naturales.

Como cualquier otra convención, la distinción entre lo artificial y lo natural puede ser útil para desenvolvernos en el día a día. Pero, si la tomamos de forma absoluta, nos puede llevar a un error de fondo sobre el que basaremos nada menos que nuestra visión del mundo.

¿Tanta importancia puede tener una simple definición?

Una simple definición es lo que aparece al principio de todas las grandes teorías. Unas pocas y simples definiciones son las que sustentan nuestra cosmovisión. Una simple definición es lo que convierte un problema en insoluble o la que disuelve sin más.

**El planteamiento del problema es siempre una simple definición. Y es en él, y no en el problema, donde reside el verdadero problema.**

No hay nada más natural que el mundo inerte de la física. Una piedra, el agua. Ese es el punto cero. Todo lo demás es artificial en mayor o menor grado.

Las leyes de la física gobiernan el mundo inerte, y los acontecimientos que en él suceden pueden ser perfectamente explicados y predichos atendiendo a dos cosas: esas leyes y las condiciones o valores concretos iniciales de un suceso o sistema aislado. Si conocemos los valores iniciales de un suceso y mantenemos constantes las variables ajenas a dicho suceso, podremos no sólo explicar qué está sucediendo sino predecir qué sucederá. Ahora bien, ¿qué ocurre si introducimos en ese sistema aislado algo que no obedece estrictamente a las leyes de la física? Pues que nos habremos topado con la primera cosa artificial. El mundo, la verdadera naturaleza en su primera y original concepción, es inerte. Y todo aquello que altera el

funcionamiento inerte de las cosas, de los eventos guiados exclusivamente por las leyes físicas, es artificial.

El medio ambiente natural es aquel en el que sólo existen estados de cosas gobernados por las leyes fisicoquímicas.

La vida es el primer eslabón de la artificialidad. Con relación al mundo inerte, la vida es algo antinatural que distorsiona lo que sucedería si sólo actuasen las leyes naturales. No es posible comprender sólo desde la fisicoquímica lo que ocurre, por ejemplo, en un medio plagado de bacterias.

### **La vida es la forma más elemental de artificialidad.**

Un ecosistema consiste en la particular alteración que la vida produce en el medio ambiente natural. Es el ámbito en el que la vida interacciona de forma superpuesta a eso que ella misma convierte en simple soporte fisicoquímico creando una dinámica que **trasciende y escapa** al ámbito gobernado y explicado **sólo** por las leyes de la física-química.

### **Un ecosistema no es otra cosa que un medio natural contaminado de materia viviente.**

Lo que sin la vida sería simplemente medio ambiente, pasa a ser ya algo distinto y en eso distinto a lo natural, el ecosistema, es donde todo ser vivo desarrolla su existencia.

La vida es en sí misma el primer factor que desequilibra la dinámica natural del mundo. Pero el ecologismo conservacionista, que pretende preservar esa “contaminación que la vida causa en la Naturaleza”, limita su actuación a conservar el equilibrio y la virginidad natural de lo que, desde nuestro punto de vista, no es más que un mundo lleno de residuos orgánicos. Un verdadero ecologismo, por tanto, debería estudiar la **dinámica de contaminación** que preside la relación entre los diferentes niveles de “natural-artificial”. Y es desde esta perspectiva que debemos plantearnos no sólo las cuestiones medioambientales, sino la propia naturaleza humana y nuestra historia.

¿Es nociva la alteración que la vida produce en el medio fisicoquímico?

¿Es nociva la alteración que la actividad humana produce en el medio biológico?

# Inicio

Hace unos 3,9 millones de años vivía en el este de África un homínido al que conocemos como *Australopithecus afarensis*. Su existencia se desarrollaba entre el bosque selvático y las zonas intercaladas o adyacentes de terreno abierto y semidesnudo. Su peso, envergadura y capacidad craneal eran semejantes a las del actual chimpancé. Se alimentaba de una extensa variedad de alimentos: frutos, brotes tiernos de hojas, hierba, granos, semillas, tubérculos, raíces... y carne. No obstante ser omnívoro, la estructura de su mandíbula y sus dientes indican que se trataba de un animal primordialmente adaptado anatómica y fisiológicamente a la vida arborícola en los bosques tropicales.

El Plioceno se caracterizó por un enfriamiento del clima que trajo como consecuencia una mayor aridez y disminución del CO<sub>2</sub> con el progresivo retraimiento de los bosques junto al progreso de las sabanas. Después de un periodo relativamente húmedo que duró unos 300.000 años denominado “Óptimo climático del Plioceno Medio”, el clima se tornó extremadamente variable, aunque regido por un patrón dominante de progresiva

aridez que incrementó los espacios deforestados imponiendo un ecosistema caracterizado por la expansión de la flora C4, la aparición y crecimiento de nuevas especies de herbívoros, fundamentalmente bóvidos, así como de los depredadores especializados en su caza.

Los bosques tropicales, las selvas en las que vivían los antepasados de *A. afarensis*, se redujeron considerablemente y esta es, sin duda, la razón por la que se vieron incentivados a vivir en los “barrios marginales”, unas zonas de transición entre el menguante bosque tropical y la creciente sabana. Espacios abiertos, salpicados de esporádicas y pequeñas arboledas, más densas en las riveras de los ríos y junto a las márgenes de los lagos, entre las que se extendían pastizales y monte bajo. Un ecosistema caracterizado por una gran variedad de recursos pero, también, de peligros.

Sin embargo, la idea de que los antepasados de *A. afarensis* y, eventualmente, los nuestros, se vieron forzados a la bipedestación para poder adaptarse al nuevo ecosistema en el que estaban obligados a recorrer grandes distancias por el suelo sin la acostumbrada protección que les brindaban los árboles ha perdido fuerza conforme se ha ido ampliando hacia atrás en el tiempo el registro fósil. Los datos que manejamos indican que

los ancestros de los australopitecos tenían ya, antes de descender al suelo, una anatomía propicia para la bipedestación.

### **Nuestros más lejanos antepasados ya andaban sobre las ramas de los árboles.**

En el bosque tropical convivían diversas especies de primates entre los que se encontraba nuestro ancestro, el cual, a diferencia de los antiguos chimpancés, se movía por los árboles al estilo de los orangutanes y los gibones, colgándose de las ramas superiores a la vez que se apoyaba en las inferiores con los pies. Una braquiación asociada a la **bipedestación arbórea** que tiene indudables ventajas, dado que, al repartir el peso entre varias ramas, es posible alcanzar las zonas más altas y laterales de los árboles sin peligro de que se quiebren. Unas zonas que presentan mayor densidad de frutos y brotes tiernos. Pero, si esto fue así, ¿por qué, entonces, nuestros antepasados se vieron obligados a abandonar los árboles y no los ancestros de los chimpancés?

La reducción del ecosistema arbóreo trajo consigo una presión selectiva que determinó la expulsión de los individuos y especies más débiles, nuestros antepasados, por parte de los antepasados de los chimpancés, más corpulentos.

**Los ancestros de los australopitecos, los nuestros también, eran los competidores más débiles en un nicho ecológico en recesión.**

Los machos de chimpancés comunes son criaturas bastante más peligrosas de lo que pudiera parecer. A la gran fortaleza de sus brazos unen una dentadura con unos terribles caninos. Pero eso no es todo. Trabajan en equipo para cazar, atacar a otros grupos y defenderse. Sin embargo, estas armas y estrategias de comportamiento apenas son suficientes para hacer frente a su gran enemigo, un felino de talla media que caza en solitario, el leopardo, por lo que mucho menos podrían servirles para defenderse de los grandes depredadores, como los leones y las hienas, que pueblan la sabana y, además, cazan en grupo.

Los australopitecos carecían de colmillos, garras o cuernos. Su envergadura física era, en el mejor de los casos, parecida a la de los chimpancés. Y su diseño anatómico, aunque les permitía andar, apenas servía para escapar a la carrera. Por tanto, en el suelo desnudo, sin la protección de los árboles y careciendo de las adaptaciones anatómicas precisas, sólo tenían una oportunidad para intentar sobrevivir: **engañar a las leyes de la evolución. Hacer trampa.**

Hay animales que utilizan el engaño para defenderse de los depredadores. Y no nos referimos a aquellos que se mimetizan con el entorno para pasar desapercibidos, como el insecto palo, sino a los que utilizan el llamado mimetismo batesiano mediante el que animales inofensivos adquieren el aspecto de otros verdaderamente peligrosos. Tal es el caso, por ejemplo, de algunos tipos de moscas que se asemejan a abejas o avispas, o el de serpientes no venenosas que parecen letales serpientes de coral. Pero todos estos engaños son rasgos genéticamente adquiridos a lo largo de un lento proceso evolutivo. Los homínidos, sin embargo, no tuvieron tiempo para adquirir ningún rasgo anatómico defensivo, real o mimético, sino que “rebuscaron” en el repertorio de comportamientos filogenéticos que poseían para utilizar los que pudieran ser eficaces en el nuevo hábitat. Se trataba, pues, de un mimetismo batesiano puramente conductual y, además, no incorporado al elenco genético. Una escenificación. Un “engaño virtual”.

De entre las características anatómicas y conductuales de las que echaron mano para llevar a cabo la representación teatral que les salvaría la vida en el infierno de la sabana, destacan cinco:

Una es la **posición erguida**, que les hacía parecer ante los depredadores como animales con más envergadura de la que realmente poseían. Un buen truco. Pero no serviría de nada si no controlaban su miedo para poder imitar el comportamiento propio de los animales realmente grandes y capaces de defenderse o atacar en grupo, como los búfalos, las hienas o los leones.

Una segunda estrategia de engaño o simulación está basada en un aspecto decisivo de la evolución humana, derivado de la anatomía braquiadora. Aquellos animales de aspecto superior al real, que hacían frente en grupo a los depredadores, gritando y gesticulando de forma parecida a como los chimpancés actuales realizan sus demostraciones de fuerza, eran capaces, gracias al **diseño de su hombro braquiador**, de lanzar piedras y palos con una considerable fuerza y puntería.

Una tercera característica útil para la representación teatral consistía en la disposición anatómica tan particular que presentan los australopitecos y que, en esencia, seguimos conservando. La parte inferior del cuerpo se encuentra adaptada a la bipedestación, mientras que la parte superior conserva rasgos arborícolas “colgantes”. Hasta qué punto conservamos el diseño fundamental de los australopitecos

queda meridianamente claro al observar a unos escaladores subiendo por una pared vertical, a los trapecistas de un circo que se columpian de “rama en rama” o a un atleta de barra fija realizando perfectos ejercicios de braquiación colgado de una delgada y elástica rama artificial. **Tenemos un cuerpo que nos permite un amplio registro escénico.**

Este **diseño de navaja suiza** les resultó muy útil para acoplarse a la gran variedad orográfica del hábitat en el que vivían: praderas moteadas con pequeños grupos de árboles aislados, zonas de matorrales y monte bajo y algunas zonas boscosas en las orillas de ríos y lagos, así como el mismo agua donde sin duda alguna pasaban buena parte de su tiempo recolectando alimentos de altísima calidad e importancia para el desarrollo encefálico, como moluscos, crustáceos y peces. Nuestros ancestros podían atravesar las planicies desnudas ofreciendo una mínima superficie al sol ecuatorial, transportando en sus manos prensiles palos o piedras que luego usarían para fabricar lascas y alcanzar las zonas boscosas de rivera en las que podían introducirse en la orilla del agua para pescar y recolectar moluscos hasta que, llegada la noche, se refugiaron para dormir en las copas de los árboles.

La cuarta utilidad anatómica de cara a la simulación consistía en unas **manos liberadas** no sólo del trabajo de la locomoción sino capaces de realizar una **pinza de precisión** con la que manipular objetos, lo que les permitió llevar a cabo otro de sus mejores engaños con los que zafarse de las leyes de la evolución: el uso de colmillos, potentes mandíbulas trituradoras y garras **artificiales**. Todo atrezzo.

La quinta característica, funcionalmente relacionada con la anterior, era la **capacidad omnívora**, que les permitía aprovechar una amplia gama de recursos de un entorno caracterizado esencialmente por la variedad: frutos y hojas tiernas en los islotes del bosque tropical, carne de pequeños animales y carroña de las presas de los depredadores, peces, crustáceos y moluscos, insectos, frutos propios del monte bajo, hierba, brotes tiernos de plantas herbáceas, raíces y tubérculos.

### **El mimetismo batesiano simulado es el primer acto humano.**

El primer acto humano o, si el término nos resulta más tranquilizador, homínido, no consistió en la adquisición genética de una serie de rasgos anatómicos, funcionales o comportamentales sino en la utilización de rasgos arborícolas, inadecuados o insuficientemente adaptativos en un contexto

diferente como era la sabana, para engañar a todo el ecosistema, especialmente a los depredadores, escenificando algo que no éramos (ellos eran ya nosotros): depredadores/carroñeros de grupo o, según las circunstancias, grandes herbívoros que corneaban o coceaban con palos y con piedras.

**El engaño consiste en crear mimetismos sin necesidad de los genes.**

Antes que constructores de instrumentos carnívoros fuimos **actores**, es decir, constructores de **roles simulados**. Antes que fabricar con piedras colmillos, mandíbulas trituradoras y garras artificiales, fabricamos, usando nuestros propios cuerpos, búfalos y hienas virtuales. Y esa, **la farsa, la simulación, la realidad virtual superpuesta al ecosistema, es lo que nos hizo humanos.**

## **El eslabón perdido**

Los restos más antiguos de industria lítica, el Olduvayense o modo 1, tienen una datación de, como mínimo, 2,63 millones de años. Sin embargo, existen indicios claros del uso de herramientas de piedra para descarnar y machacar huesos mucho antes de esta fecha.

Desde el punto de vista de la virtualización, la especie humana se caracteriza precisamente porque es capaz de librarse de la tiranía de las leyes biológicas de modo análogo a como la vida logró librarse de la tiranía de las leyes fisicoquímicas. Pero, sean o no los australopitecos los primeros en usar o fabricar útiles de piedra con un objetivo carnívoro, ya usaban simulaciones transmitidas no genética sino culturalmente para sobrevivir en un ecosistema para el que no estaban biológicamente adaptados. Por tanto, deberíamos considerar a los australopitecos como los primeros humanos, al menos mientras no aparezca un candidato anterior.

**La esencia de la humanidad consiste en liberarnos de la tiranía de los genes.**

La desconexión esencial con lo biológico que supone este criterio de humanidad convierte en secundarios los rasgos anatómicos y fisiológicos mediante los que la Antropología, estrictamente ceñida a una perspectiva biológica y, además, limitada al estudio de los únicos restos perdurables, fundamentalmente huesos y piedras, intenta reconstruir la historia de la evolución humana. Desde su punto de vista, resulta esencial determinar el límite exacto de la hominización estudiando un conjunto de instrumentos líticos asociados a determinados rasgos anatómicos. Y esto es lo que lleva a la Antropología convencional a fijar el origen de la especie humana en un conglomerado extraordinariamente variable de restos óseos asociados a la **producción** de industria lítica carnívora: el *Homo habilis-rudolfensis*.

Sin embargo, desde la perspectiva de la virtualización, los llamados “homo” no fueron los primeros humanos, sino los australopitecos (o quizá alguna otra especie anterior). Y no sólo porque para sobrevivir en un ecosistema abierto como la sabana debieron hacer de la simulación culturalmente transmitida la clave no biológica para sobrevivir donde era darwinianamente imposible hacerlo, sino porque también fueron los primeros, hasta donde sabemos, en utilizar piedras a modo de colmillos y mandíbulas.

Los australopitecos no tuvieron que esperar a que la naturaleza seleccionara a lo largo de la evolución unos determinados rasgos anatómicos o fisiológicos. Hicieron trampa y convirtieron aquél hábitat para el que no estaban biológicamente adaptados en el escenario de una gran obra de teatro donde representar el papel de animales más grandes, más fuertes y mejor armados que lo que realmente eran. Usaron un órgano biológico, el encéfalo, para escapar de los dictados de la biología. Por eso, cuanto más poderoso fuera ese órgano, más eficazmente podrían escapar de las leyes de la evolución y **sobrevivir inadaptadamente al ecosistema.**

Mayor encéfalo, mayor inteligencia, mayor capacidad de simulación, mayor capacidad de sobrevivir inadaptadamente. La forma más rápida y sencilla de aumentar el encéfalo es incrementar el consumo de proteínas y grasas.

En el escenario en el que vivían los australopitecos, la sabana y los espacios abiertos entre zonas boscosas aisladas, las oportunidades para incrementar el consumo de proteínas y grasas se limitan a los alimentos de origen animal. Pero es que, además, una alimentación preponderantemente vegetariana necesita un sistema digestivo muy desarrollado que compite por

los recursos energéticos con el encéfalo, impidiendo que este se desarrolle de forma prominente.

Conseguir alimentos de origen animal tenía otro inconveniente para los australopitecos: carecían de instrumentos anatómicos y fisiológicos especializados en la obtención, consumo y asimilación de este tipo de alimento.

Una de las posibles estrategias que nuestros ancestros podían seguir para sobrevivir en la sabana era la adopción de rasgos anatomo-fisiológicos que les permitieran especializarse como herbívoros capaces de consumir el material vegetal duro y, por lo común, poco nutritivo de la sabana, incrementando la corpulencia y la capacidad para la carrera de cara todo ello a defenderse de los depredadores. La otra consistía en representar un papel teatral para actuar como "verdaderos" carroñeros o depredadores oportunistas de caza menor. Quienes tomasen la primera opción no necesitarían del consumo de carne. Es más, si su cuerpo se adaptaba a la asimilación de un tipo de material vegetal tan difícil de procesar como el que se produce en las áridas sabanas, estas adaptaciones anatómicas y fisiológicas le dificultarían aún más consumir, digerir y asimilar carne.

Pues bien, ambas cosas ocurrieron, pero no del simple modo que hemos descrito. Los que tomaron la opción carnívora, efectivamente, no tuvieron que esperar a que la evolución les dotase de las adaptaciones biológicas necesarias para convertirse en carnívoros. Y los que siguieron la senda biológicamente adaptativa como herbívoros también consumían proteínas y grasas animales, aunque contaban con la enorme dificultad de un sistema digestivo muy desarrollado, que consumía una gran cantidad de recursos.

Los parántropos tenían un cuerpo más apto para sobrevivir en espacios abiertos: gran envergadura corporal, piernas más largas y dentadura adaptada al consumo del duro material vegetal que abunda en la sabana. Los australopitecos, un diseño menos favorable para los espacios abiertos pero más versátil. Un “mosaicismo” que suponía una ventaja determinante a la hora de escenificar y escapar, así, al dictado de los genes.

Los parántropos incorporaron a su acerbo genético características anatómicas propias de un herbívoro de sabana. Concretamente una dentadura potenciada para masticar material vegetal duro inserta en unas potentes quijadas a las que movían poderosos músculos anclados en una enorme

cresta sagital. Los australopitecos, sin embargo, continuaron con su dieta omnívora, que incluía la carne obtenida no con adaptaciones anatómicas y fisiológicas, sino mediante rudimentarios pero endiabladamente eficaces instrumentos. Y fueron estos, los australopitecos, quienes finalmente entregaron el testigo en la carrera de la humanización.

En el periodo que media entre el *A. afarensis* y la aparición del *Homo erectus-ergaster*, la paleoantropología nos presenta un panorama tan variable como lo era el clima, y tan poco especializado como la anatomía y la fisiología de todos ellos. Porque, los llamados parántropos, a pesar de contar con especializaciones anatómicas y, presumiblemente, fisiológicas para la alimentación vegetariana propia de un ecosistema como la sabana, también se alimentaban de carne y usaban instrumentos de piedra para su consumo. Sin embargo, no parecen ser los ancestros del hombre actual porque, a pesar de contar con mejores condiciones físicas, carecían de algo muy importante en nuestra evolución: la motivación para dirigir sus pasos en la dirección del proceso de humanización, que es la farsa, la escenificación, la simulación. Y también contaban con el atrezzo, es decir, con las características anatomofisiológicas para representar esa escenificación con la mayor eficacia.

Los parántropos estaban mejor adaptados biológicamente que los australopitecos al ecosistema, pero esa ventaja biológica supuso una desventaja virtual. Y esto es algo crucial para entender la evolución de la “humanidad”.

**El incremento de la artificialidad virtual está directamente relacionado con la inadaptación biológica.**

La gran variabilidad que muestran los restos del *Homo habilis-rudolfensis* nos hace pensar que en ese intervalo de tiempo que va desde los 3,2 hasta los 1,8 millones de años existía un conjunto de diferentes variaciones de híbridos sometidos a distinto grado de presión para incrementar la virtualidad. Esa es la clave para entender el árbol genealógico humano. Pero la evolución humana no debemos buscarla en una serie de especies bien definidas que compiten directa o indirectamente entre sí hasta llegar a la única especie actual de homínido, el *Homo sapiens*, sino en un **conglomerado interespecífico** marcado por una **razón variable entre competencia e hibridación**. Razón que viene definida por la necesidad de sobrevivir inadaptadamente al medio.

Esta **razón de competencia/hibridación** mediante la que se seleccionan rasgos que favorecen la artificialidad constituye un escenario en el que resulta extremadamente complicado

dilucidar no sólo la demarcación que acota a cada especie biológica sino el orden de sucesión de las mismas hasta llegar al *Homo erectus*-*ergaster*. Pero un reciente descubrimiento ha venido a arrojar algo de luz al asunto.

Una mandíbula con unos pocos dientes encontrada en la región etíope de Afar y datada en 2.8 millones de años, anterior en 400.000 años a los primeros restos del linaje homo hasta ahora conocidos, se ha convertido en un candidato más que razonable de la transición entre australopitecos y el conglomerado habilis-rudolfensis.

La mandíbula en cuestión, por la época en que se ha datado, bien podría ser el fabricante de las primeras herramientas de piedra datadas en fecha anterior a la aparición del género *Homo*. Pero que el nuevo espécimen encontrado sea un buen candidato a fabricante de herramientas de piedra no excluye en absoluto que los australopitecos no hubieran fabricado también este tipo de artefactos o, cuando menos, y como queda patente en los restos de Dikika, los hubieran usado con fines asociados al carroñeo.

La mandíbula de Ledi-Geraru muestra un individuo con claros rasgos de mosaicismo entre australopiteco y homo, lo cual nos lleva a confirmar dos ideas. La primera es que provenimos de

los menos adaptados biológicamente para sobrevivir en el ecosistema de sabana. La segunda, que la evolución biológica humana no puede explicarse en términos estancos de especies claramente diferenciadas y aisladas que compiten entre sí.

Muy pocos eran los que estaban dispuestos a aceptar que el aporte genético de los neandertales al hombre actual sería, cuando mucho, anecdótico. Pues bien, hoy sabemos que la introgresión de material genético neandertal a nuestra especie puede llegar a alcanzar, en algunos casos, hasta el 4% de un individuo y, de forma acumulada, más del 20% de los genes de los humanos actuales con origen no africano. Y no sólo esto, sino que los estudios más recientes revelan que las especies que, por ahora, sabemos que convivieron en Eurasia, sapiens, neandertales, denisovanos y una cuarta que podrían ser los erectus, mezclaron sus genes y tuvieron descendencia común. Así pues, desde el origen de lo que podemos llamar "**grupo homo ampliado**" y durante toda la evolución del mismo hasta nuestros días, la idea de un linaje más o menos nítido es poco sostenible, aunque congenie en mayor medida con nuestra mentalidad genealógica de un árbol con ascendentes, descendentes y ramas colaterales, que la de un conglomerado o torrente genético expresado en diferentes subespecies y razas que interactúan entre sí a la vez compitiendo y mezclándose. Y

esta ratio entre competencia e hibridación es la clave para entender nuestro confuso patrón evolutivo, que viene marcado por la variabilidad cruzada y por el único rasgo genuinamente humano: la virtualización.

**La razón de competencia/hibridación responde a la necesidad de “confeccionar” el atuendo anatomofisiológico para escapar a la presión selectiva darwiniana.**

Cabe inferir, por tanto, que en todo momento ha habido una sola especie humana, el **Homo simulator**, compuesta por un conglomerado de subespecies y razas identificables mediante ese factor evolutivo guiado por la virtualización. De hecho, aunque a primera vista parezca contradecir esta tesis, la situación actual la corrobora. Porque, si bien es verdad que sólo queda una especie biológica humana, si contemplamos las cosas desde un punto de vista desprovisto de prejuicios morales y conveniencias políticas, descubriremos una enorme variabilidad en el actual Homo simulator que no responde tanto de las diferencias raciales genéticas sino a las variaciones culturales expresadas en un mosaico de “razas virtuales” que evolucionan mediante una matriz de competencia-hibridación.

Los saltos observados en el transcurso de la evolución se han explicado casi de forma exclusiva apelando al fenómeno de las mutaciones genéticas espontáneas. Sin embargo, este mecanismo es insuficiente para comprender la historia de la evolución humana.

La gran variabilidad presente en ese primer momento proveía de material genético capaz de recombinarse y producir rápidas y relativamente fiables variantes, generalmente plasmadas en individuos con rasgos en mosaico, como nuestro recién descubierto Hombre de Ledi-Geraru, que permitían la versatilidad que requieren los actores para no tener que esperar a sucesos casuales, como las mutaciones, las cuales se producen tras largos periodos de tiempo y que en muy pocos casos son ventajosas. Pero, independientemente del papel que jueguen las mutaciones en esos grandes saltos evolutivos humanos, el criterio evolutivo esencial y diferencial en nuestra especie consiste en desconectarse de los criterios de la evolución biológica regida por la selección natural.

De hecho, un tipo de pregunta clave en esta como en cualquier otra cuestión relacionada con la evolución del hombre podría ser: ¿Habrían sido suficientes las adaptaciones locomotoras del *Homo erectus*-*ergaster* para explicar su éxito en un medio como

la sabana si no hubiera utilizado virtualizaciones instrumentales y de comportamiento? Evidentemente, no.

El Homo ergaster era más eficaz para vivir en un medio desnudo como la sabana que sus antecesores porque fue capaz de alcanzar una mayor virtualización. Es verdad que su más eficiente locomoción constituía en sí misma una ventaja. Pero ese tipo de ventajas por sí solas no son suficientes para explicar por qué, por ejemplo, sobrevivieron y procrearon con más éxito los australopitecos y los Homo habilis-rudolfensis que los parántropos, más parecidos anatómicamente al Homo ergaster y mejor adaptados para sobrevivir en espacios abiertos.

Dentro de los parámetros de la evolución virtual humana el criterio de selección de cada experimento de hibridación o de cada mutación no residía directamente en su mayor adaptabilidad anatomofisiológica al ecosistema crecientemente árido y deforestado en el que habitaban, sino en su utilidad “teatral” para llevar a cabo una mejor representación o simulación. Y el único órgano directa y especialmente relacionado con la capacidad de simulación y engaño para sortear las durísimas leyes de la selección natural es el encéfalo.

Todo esto nos lleva a una conclusión, cuando menos, académicamente perturbadora. Las transformaciones

anatómicas y fisiológicas que sufre el Homo simulator en todas sus variantes son “seleccionadas” por la propia actividad simuladora y, por tanto, presentan un peculiar carácter lamarckiano. Incluso en el caso del órgano biológico en el que, hasta ahora, ha residido la capacidad de simulación, el encéfalo, deberíamos tener en cuenta este carácter lamarckiano para comprender su evolución.

Las adaptaciones anatomo-fisiológicas transmitidas genéticamente pasan a ser un rasgo secundario en la evolución humana equivalentes al atrezzo escénico que permite a los actores una mejor representación de su papel. Unas adaptaciones anatomo-fisiológicas que pasan a estar seleccionadas no por las leyes darwinianas sino por los propios actores en función de su éxito para no depender de esas leyes en la medida en que consiguen un tecnosistema más poderoso, es decir, una representación más eficaz para “engañosar al público darwiniano”.

Como ya hemos dicho, para incrementar el tamaño del encéfalo desde los 478cc como promedio del Australopithecus afarensis a los 610cc del Homo habilis-rudolfensis es imprescindible aumentar de forma notable la proporción de proteínas y grasas

en la dieta. Y esto sólo es posible mediante el consumo de alimentos de origen animal.

Podemos suponer que ese incremento de la capacidad craneal vino mediado por alguna variante como la de Ledi-Geraru, que fabricaba herramientas carroñeras con las que descarnar los restos de herbívoros y abrir sus huesos para comer el tuétano y el encéfalo. Pero lo que parece fuera de toda duda es que el conglomerado al que denominamos *Homo habilis-rudolfensis* era el profuso autor de industria lítica olduvayense, lo cual pone de manifiesto que el peso de la alimentación carnívora en la dieta de este homínido se había incrementado notablemente.

**La disponibilidad de alimentos ricos en proteínas y grasas permite ampliar el abanico de variaciones genéticas que incrementan el tamaño del encéfalo.**

Que la industria lítica dirija y potencie los cambios anatómicos y fisiológicos del género homo y no al revés, indica que nos encontramos, de alguna manera y en alguna medida, ante una selección artificial de rasgos biológicos, ya que la propia actuación o representación mediante la que simulamos ser carnívoros selecciona aquellos actores que poseen unas mejores características físicas como carnívoros.

Desde esta perspectiva, sería el propio hombre el que, mediante su comportamiento simulador, modula las variantes raciales más aptas para su supervivencia, la cual está basada en la capacidad para escapar de las leyes de la selección natural mediante la simulación. O, por decirlo de otra forma más aceptable biológicamente, la evolución humana se basa en potenciar artificialmente determinados rasgos biológicos que favorecen la desconexión entre los rasgos biológicos heredables y la selección natural.

No es, por tanto, el hecho en sí de la fabricación y uso de instrumentos lo que marca el inicio del proceso de humanización, pues, como hemos visto, antes que esto se había producido otro suceso intangible pero de igual importancia: la supervivencia por simulación de roles y comportamientos. Pero es que, además, la construcción y uso de instrumentos no era algo inédito entre nuestros antepasados arborícolas.

Un chimpancé puede construir instrumentos, aunque se trate de una actividad muy simple. La ramita con la que algunos grupos “pescan” termitas debe ser desprovista de hojas para que pueda introducirse por los agujeros del termitero. Son capaces de usar una piedra como yunque para, golpeando con una rama gruesa, partir nueces e, incluso, se ha podido observar cómo

confeccionan lanzas con ramas finas afilando su punta con los dientes para arponear monos que se esconden en los recovecos de los árboles.

Podemos rebuscar diferencias sutiles para diferenciar entre los chimpancés, capaces de crear y usar instrumentos, coordinarse en actividades tan complejas como la caza o mantener complicadas redes sociales, y los primeros homínidos o, incluso, los *Homo habilis-rudolfensis*. Pero ninguna de esas diferencias tiene suficiente entidad como para explicar la distinción radical que establece el proceso de virtualización en la historia evolutiva del género *Homo* con relación al resto de seres vivos. Una diferencia que no reside directamente en ningún rasgo anatómico o fisiológico, ni siquiera en el tamaño del encéfalo o la inteligencia, sino en el hecho de que, desde el primer momento, los homínidos utilizaron la simulación para escapar del destino que les tenía reservada la selección natural y los chimpancés no.

Un chimpancé sin instrumentos y sin necesidad de aparentar algo distinto a lo que es puede sobrevivir perfectamente en su ecosistema. Pero los homínidos, por muy inteligentes, bípedos y omnívoros que fuesen, jamás habrían sobrevivido en un

ecosistema mixto y, menos aún, en el de sabana, sin esas simulaciones conductuales e instrumentales.

**Lo que define a un humano es que no puede sobrevivir en ningún ecosistema sin usar trampas virtuales.**

Por muy bien adaptado que estuviera un Homo ergaster a la sabana, no podría sobrevivir sin lo que llamamos cultura y tecnología, es decir, sin órganos y comportamientos virtuales. Lo esencial no es, por tanto, usar las manos o ayudarse de instrumentos para construir nidos en los que dormir, cascanueces, armas, cuevas de madera o cohetes. Lo esencialmente humano es que ese incremento en el nivel de artificialidad traspasa una línea sin retorno en la que la supervivencia resulta ya imposible sin tales elementos. Lo que convierte este salto de la artificialidad en algo trascendental no es simplemente la complejidad de los comportamientos y los instrumentos, sino la desconexión que provocan con el ecosistema. Lo genuinamente humano es, por tanto, la capacidad de alterar (engañar) al medio vital y, en la misma o mayor medida, tomar las riendas de la evolución burlando las reglas de juego de la selección natural. No basta, por tanto, con simular, sino que **la simulación debe imponerse al ecosistema** para desconectarnos de él. No es la capacidad

mimética, por muy compleja que esta sea, la que logra la supervivencia del hombre escondido en un papel teatral que ya no puede dejar de representar, sino la capacidad que esta simulación tiene para controlar al ecosistema y suplantarla.

**Sobrevivimos en el ecosistema que debería habernos matado porque creamos una realidad paralela, el tecnosistema, y nos fuimos a vivir allí.**

El humano no sólo parece un carroñero o depredador, sino que realmente lo es porque se ha “trasladado” a un nuevo ámbito, el **tecosistema**, donde la leyes de la evolución biológica han perdido el control absoluto al que someten al resto de los seres vivos. Exactamente igual que hace la vida dando el salto desde el ámbito fisicoquímico hasta el ámbito biológico: El ecosistema.

A todos los efectos, el Australopithecus y el Homo hábilis eran animales carroñeros, aunque solo podríamos explicar por qué lo eran acudiendo al tecnosistema. Nos hicimos humanos cuando dejamos de sobrevivir en un ecosistema para vivir en un tecnosistema: en un mundo virtual. Ese es el verdadero “pecado original”. Ya no hay vuelta atrás. No podemos volver al Edén biológico controlado por las crueles leyes de la selección natural.

Los chimpancés son perfectamente capaces de sobrevivir sin necesidad de instrumentos con los que pescar termitas, abrir nueces golpeándolas, cazar gálagos mediante lanzas o defenderse de los depredadores con palos y piedras. Los australopitecos, por el contrario, no habrían podido sobrevivir sin instrumentos físicos y roles simulados. Esa es la clave de la humanización. Nuestra dependencia absoluta de la artificialidad. Pero para entender la Historia humana desde esta perspectiva debemos tener presente otro aspecto fundamental.

Que dependamos de la simulación para sobrevivir implica un proceso que se realimenta a sí mismo y que, además, necesita incrementar la artificialidad. A partir del “momento de hominización”, pasamos a vivir en un tecnosistema donde la presión evolutiva venía marcada por el incremento de la virtualidad total, lo cual explica la selección “lamarckiana” de la inteligencia como rasgo preponderante muy por encima del resto de los cambios anatómicos y fisiológicos.

Desde el instante en que la evolución pasó a estar controlada por el tecnosistema, la especie humana se convirtió en transgénica porque modificó artificial e irreversiblemente su propio genotipo. Fuimos y somos nuestros propios creadores. Nosotros somos los míticos ingenieros que crearon al hombre.

Un virus no puede entenderse sin la ingeniería fisicoquímica que llevan a cabo sus genes. Un humano no puede entenderse sin la ingeniería genética que llevan a cabo sus simulaciones.

En un ecosistema donde no fueran imprescindibles la simulación de roles o los instrumentos carroñeros, como en el bosque frondoso, serían otros rasgos diferentes a la encefalización los más adaptativos. Por ejemplo, la fuerza física, la capacidad para trepar y moverse por las ramas o los menores requerimientos alimenticios. Por tanto, si en el contexto de un tecnosistema un rasgo es adaptativo a pesar de no serlo en el ecosistema al que se solapa, esto quiere decir que la evolución ha pasado a estar controlada por algo distinto a los genes, de manera que, aun cuando la selección natural se materializa sobre rasgos genéticamente presentes, no lo hace sobre los rasgos genéticos que permitirían una mejor adaptación al ecosistema sino sobre aquellos que permiten una mejor adaptación al tecnosistema. Esa es la clave.

### **Los “tecnes” controlan la expresión genética de los rasgos biológicos humanos.**

El control de la selección lo ejercen los tecnes, aunque la expresión de los rasgos seleccionados la ejerzan los genes. De igual manera que en el caso de la biología el control de los

acontecimientos fisicoquímicos lo poseen los genes aunque la expresión de los sucesos biológicos la ejerzan las leyes y condiciones de la física y la química. Más aún. No es sólo que los criterios para seleccionar los rasgos genéticos adaptativos dependan del tecnosistema, sino que, de alguna manera, el propio tecnosistema induce el cambio de esos rasgos genéticos.

La fabricación de instrumentos es el factor directamente responsable de que se seleccione una mayor encefalización. Un rasgo que, a su vez, permite un incremento en el desarrollo del “órgano virtual” responsable de la “inducción” del rasgo genético: la fabricación de instrumentos. Un animal bien alimentado puede desempeñar las funciones cerebrales mejor que otro que, sin la fabricación de instrumentos, no obtiene aportes extraordinarios de proteínas y grasas animales.

La función hace al órgano porque el cerebro con potencial para desarrollarse lo hace *de hecho* gracias a que un individuo puede comer más carne que los demás, de manera que sobrevive y transmite a sus descendientes no un cerebro mayor sino, sea cual sea el tamaño del encéfalo de esos descendientes, una mayor *exigencia de encefalización* debido a que la complejidad tecnológica es, también, cada vez mayor. No transmite un código genético, sino un código técnico, un

conglomerado cultural o, si queremos llamarlo por un nombre con el que estamos más familiarizados, una consigna para incrementar la encefalización.

No sólo debe estar presente el gen de la encefalización, sino que el ejercicio de la artificialidad es determinante para alimentarse mejor y, de este modo, desarrollar toda la potencia intelectual virtualizadora. Si sólo actúasen criterios darwinianos, serían los más encefalizados los que sobrevivirían independientemente del ejercicio de su inteligencia. Pero esto no es así, sino que son los que más ejercitan el órgano, en este caso, el cerebro, los que sobreviven porque incrementan la artificialidad, la virtualidad... y, además, el tamaño de su encéfalo.

La epigenética se mueve en el terreno de intersección entre lo genético y lo ambiental. Pero todo apunta a que las cosas van más allá de ese mero control de la expresión del código genético que, en sí mismo, desempeña un papel muy superior en la selección natural al que se le ha otorgado. A este respecto, resulta especialmente interesante la perspectiva que abre un reciente trabajo de investigación de Luis Trejo et al, publicada en PNAS, "Transmisión intergeneracional de los efectos positivos del ejercicio físico sobre el cerebro y la cognición"

(<https://www.pnas.org/content/early/2019/04/17/1816781116>).

En el resumen de su trabajo dicen lo siguiente: “*Los análisis de secuencia de comportamiento, estereológicos y de genoma completo revelan que la mejora de la cognición paterna es heredada por la descendencia, junto con una mayor neurogénesis adulta, una mayor actividad de la citrato sintasa mitocondrial y la modulación del perfil de expresión del gen del hipocampo adulto. Estos resultados demuestran la herencia de la mejora cognitiva inducida por el ejercicio a través de la línea germinal...*”

Y, si esto sucede con el ejercicio físico, no hay razón alguna para que no suceda con el ejercicio de las actividades involucradas en la simulación.

Visto el asunto desde el punto de vista biológico da la impresión de que la herencia cultural por la que se transmiten unos determinados rasgos tecnológicos (físicos, simbólicos, biológicos o sociales) está regida por una mezcla darwiniana y lamarckiana. Pero lo cierto es que la evolución propiamente humana no está dominada por ningún tipo de herencia genética o biológica, sino por mecanismos tecnológicos o virtuales que, como es lógico, poseen correlatos biológicos y genéticos, exactamente igual que las leyes de la biología, incluida la de la evolución de las

especies, poseen correlatos físicos y químicos. Lo cual no implica que las leyes de la física y la química controlen a los sucesos biológicos. Como no es verdad que la selección natural controle la evolución virtual humana.

**Lo que controla la evolución humana no son los genes sino los tecnes.**

Es verdad que, desde un punto de vista darwiniano, la virtualización, que es un aspecto más de la inteligencia, proporciona de hecho ventajas evolutivas que podrían explicar por sí mismas la selección de unos determinados rasgos, en este caso, la encefalización. Pero también lo es que ninguna especie continúa incrementando un rasgo tan especializado y costoso si ya posee más que suficientes ventajas evolutivas para adaptarse al ecosistema. Y, menos aún, utiliza un rasgo biológico para sobrevivir de forma inadaptada a ese ecosistema. Sólo tiene sentido un incremento encefálico más allá de los requisitos del ecosistema si es para “adaptarse” a un medio diferente, el tecnosistema.

**Sólo se entiende la hipertrofia encefálica humana porque esta no es biológicamente adaptativa sino tecnológicamente evasiva.**

Si la clave de la evolución fuera un cambio alimenticio que permite el desarrollo del encéfalo, entonces, los animales que disfrutan del tipo de alimentación que más favorece el desarrollo encefálico deberían ser tan inteligentes como nosotros o incluso más, dado que comenzaron antes con esa alimentación. Sin embargo, esto no ha ocurrido. Los delfines, por poner un ejemplo poco manido, se han estancado en un nivel de desarrollo encefálico y, consiguientemente, de inteligencia, suficiente como para mantenerse perfectamente adaptados al ecosistema en el que viven.

¿Cuál es la diferencia determinante entre ellos y nosotros?

Nosotros, al contrario que el resto de animales, no usamos nuestra inteligencia para adaptarnos a un ecosistema sino para no necesitar hacerlo.

La primera especie biológica domesticada es la humana. Los humanos hemos sido domesticados por nosotros mismos. Somos nosotros, y no la selección natural darwiniana, quienes hemos seleccionado nuestros rasgos biológicos para que nos permitan una creciente independencia de esas implacables leyes biológicas.

## **La evolución humana es un proceso de ingeniería genética controlado por los ingenieros, no por los genes.**

El proceso inicial de la vida consistió en un rápido incremento de la artificialidad que fue imponiendo el peso de las leyes biológicas sobre las fisicoquímicas, aislando y protegiendo de esta manera a los organismos vivos del medio fisicoquímico original mediante la construcción de ecosistemas. El proceso inicial de la virtualidad consistió, también, en un rápido incremento de la artificialidad que ha ido imponiendo el peso de las leyes de la simulación sobre las biológicas, aislando y protegiendo de esta manera a los humanos de las condiciones del ecosistema gracias a la construcción del tecnosistema donde realmente vivimos.

La tecnoevolución está regida por unas leyes propias que explican de forma sencilla las claves de la supervivencia humana. Y esas leyes podemos resumirlas en un factor general:  
**Burlar las leyes de la evolución darwiniana.**

¿Para qué van a seguir incrementando los delfines su cerebro si ya están perfectamente adaptados al ecosistema en el que viven?

¿Para qué van a seguir incrementando el poder del tecnosistema los humanos que ya se encuentran en él perfectamente protegidos de la Naturaleza?

# La virtualidad

Antes de hablar del motor de la evolución humana conviene aclarar una cuestión que, a pesar de su apariencia académica, no es ni mucho menos irrelevante desde el punto de vista práctico.

¿Cuál es la esencia de lo virtual?

Si nos dejamos llevar en una respuesta apresurada diríamos que el realismo, es decir, lo mucho que se parezca la simulación al original. Pero, si lo pensamos un poco más despacio, esa es una respuesta absurda porque la simple semejanza no garantiza que podamos zafarnos nada menos que de las leyes de la evolución biológica.

**La virtualidad no consiste en la similitud sino en la simulación, en la capacidad para sustituir y, por tanto, independizarse del original.**

Es verdad que, en principio, cuanto más se parezca una simulación al original, más fácilmente podrá sustituirlo y controlarlo. Pero la relación entre parecido y sustitución no es

tan simple ni directa. El acento de la virtualidad humanizadora, aquello que nos convierte en algo radicalmente distinto al resto del género animal, hay que ponerlo en la sustitución y no en la similitud. Poco importa el parecido de un bifaces con una garra o colmillo si no consigue desgarrar eficazmente la carne o matar a una presa.

**La esencia de la virtualidad es la equivalencia, no la igualdad.**

Similitud y simulación no son sinónimos en el caso de la virtualidad humana. Lo cual nos indica que el factor determinante no es el grado de igualdad entre el símil y el original, sino su grado de equivalencia. La distinción entre igualdad y equivalencia es el aspecto que mejor expresa cuál es la diferencia entre el medio ambiente físico o biológico y el medio ambiente virtual. Algo es equivalente en la medida en que hace la función de la cosa a la que imita. Una hoguera no es igual que el sol, pero es equivalente al sol. La similitud entre ambas cosas es pequeña. Con la hoguera, un equivalente del sol, podemos vivir en condiciones frías como si estuviéramos en un ecosistema tropical. Pero lo importante del tecnosistema que creamos, entre otras cosas, con las hogueras, no es su parecido con un ecosistema cálido, sino su capacidad para imponerse

mediante una *superposición trascendente* a uno frío. O conseguir mediante la cocción un estómago extra que nos permita reducir aún más nuestro sistema digestivo.

**No vivimos en el mundo real. Por eso sobrevivimos al mundo real.**

Visto con la suficiente perspectiva, la vida es también una trampa para escapar de lo que para ella es el mundo real, en su caso el medio fisicoquímico. Esa escapada biológica la llamamos “supervivencia”. La virtual, propia de los humanos, deberíamos llamarla algo así como “trascendencia”. Pero ambas consisten esencialmente en un salto en la artificialidad que establece una nueva realidad con sus propias reglas de juego.

Sobrevivimos en un ecosistema imposible para nosotros porque nuestra simulación, con independencia de lo fielmente ajustada que esté o no a la realidad, hace intrascendente el parecido con esa la realidad. El teatro, la simulación humana, es independiente de la realidad porque la domina. No es la verdad, la correspondencia entre lo inventado y lo (biológicamente) real, lo que nos permite sobrevivir, sino el poder de nuestras mentiras para crear una realidad propia.

**La simulación humana es independiente de la realidad físico-química y biológica en la medida en que es equivalente a ella, no igual a ella.**

La incapacidad de un loco para sobrevivir no proviene de que su locura sea “mentira” en términos de realidad sino en que no logra imponerse. Desde el punto de vista de la igualdad sólo Napoleón *es* Napoleón. Desde el punto de vista de la equivalencia, Napoleón es todo aquel al que traten como a Napoleón. El éxito de un loco o un farsante no estriba en representar fielmente el papel del personaje que cree ser sino en convencer a los demás de que lo es. Una idea, una teoría o una locura es adaptativa y, por tanto, humanamente verídica cuando es equivalente. Una simulación es adaptativa si hace trampa para no tener que ser adaptativa.

**Lo equivalente es lo que no “es” y no necesitar “ser”.**

Lo eficaz desde el punto de vista de la vida es poder burlar las condiciones naturales que imponen las leyes físico-químicas. Esto se hace creando un ambiente propio: el ecosistema. Lo eficaz desde el punto de vista de la simulación es crear un ambiente propio, el tecnosistema, que nos permite sobrevivir en él. Un virus, una célula o un organismo multicelular hacen exactamente eso: burlan las leyes y las condiciones físico-

químicas del medio ambiente en el que se encuentran. Una simple membrana consigue burlar esas condiciones físico-químicas. Y esa simple membrana es algo más que átomos y moléculas. Un algo más que construye un mundo diferente con sus propias reglas de juego: el ecosistema. El hombre es un ser virtual aunque tenga un soporte biológico del mismo modo que un animal es un ser vivo aunque tenga un soporte fisicoquímico.

¿Pero qué hace biológicamente adaptativo algo tan absurdo, irreal e ineficaz como la simulación? La capacidad biológica de “inadaptarse” a las leyes biológicas. Porque una simulación tendrá mayor éxito evolutivo, incluso desde el punto de vista biológico, cuanto menos dependa de las condiciones que determina la evolución biológica.

**Una simulación tendrá mayor valor de supervivencia en la medida en que *permita* una mayor inadaptación biológica.**

En un ecosistema donde deberían haberse extinguido los australopitecos sólo se puede sobrevivir haciendo algo que no tiene nada que ver con las condiciones de ese ecosistema, independientemente de los parecidos formales y funcionales. Por decirlo de otro modo: La única fórmula para sobrevivir en un ecosistema en el que estamos condenados a desaparecer es

no tener nada que ver con las condiciones de ese ecosistema. Aun cuando para no tener que ver con las condiciones del ecosistema y escapar a las reglas del juego evolutivo sean útiles una serie de rasgos biológicos heredables: la bipedestación, una mano prensil y una de las capacidades englobadas en el conjunto al que llamamos inteligencia: la capacidad de simular, de virtualizar, de enajenarnos de la realidad. Pero esos rasgos anatomofuncionales heredables genéticamente sólo son adaptativos en la medida en que nos permitan no tener necesidad de adaptarnos biológicamente al ecosistema, a ningún ecosistema. Como disponer de átomos de carbono es biológicamente útil sólo en la medida en que sirven para no tener que estar sometidos estrictamente a las leyes físicoquímicas.

Enfrentado al problema del nudo gordiano, Alejandro Magno lo solucionó cortándolo, al tiempo que decía: "es lo mismo cortarlo que desatarlo" Consigues lo mismo cortándolo que desatándolo. Cortar es equivalente a desatar.

**El nudo gordiano simboliza la esencia humana: salirse de las reglas para conseguir el objetivo que, siguiendo las reglas, nunca alcanzarías.**

De algún modo, los rasgos anatomofuncionales de los humanos son adaptativos en la medida en que son innecesarios desde un

punto de vista estrictamente biológico. No hay necesidad de un encéfalo hipertrofiado para sobrevivir en ninguno de los ecosistemas terrestres, como no es necesaria una hiper acumulación de átomos de carbono para residir como meros objetos inertes en un medio ambiente fisicoquímico. Pero, aun así, hay encéfalos hipertrofiados e hiperacumulaciones “antinatura” de átomos de carbono.

El encéfalo humano se ha hipertrofiado no porque nos haya permitido sobrevivir en un ecosistema radical, sino porque nos permite sobrevivir *al margen de cualquier ecosistema*. Nuestro cerebro no es consecuencia de las leyes de la evolución sino la condición necesaria para no tener que sobrevivir sometidos a esas leyes. La prueba es que no es necesario un encéfalo enorme para poder sobrevivir a la inadaptación biológica. El pequeño encéfalo de los australopitecos o los Homo habilis los transportó desde un mundo, el ecosistema, hasta otro mundo: el tecnosistema

**La función, es decir, la equivalencia, y no la variable, es decir, la igualdad, crea al órgano.**

Buscar la esencia de lo virtual, de la simulación, lo simbólico, lo fantástico, lo irreal... requiere desechar a un lugar secundario el aspecto fielmente simulador y centrarnos en el aspecto cínico, enajenado y aislante de la virtualidad. Esto implica algo absolutamente herético para nuestro melancólico mundo del naturalismo simplista: que los juegos de ordenador, los sueños despiertos y las teorías científicas son tecnológicamente adaptativas no en tanto en cuanto se adecúen fielmente a la "realidad" biológica o fisicoquímica, sino, todo lo contrario, en la medida en que la dominen y modifiquen. Del mismo modo que el valor adaptativo de los genes no consiste en su fiel seguimiento de las leyes fisicoquímicas sino en la capacidad para dominarlas. Al fin y al cabo, una locura, una enajenación, una irrealdad. Pero, cuando la vida no consigue imponer esa irrealdad, desaparece, es decir, pasa a corresponderse fielmente con la realidad fisicoquímica. Muere. Vuelve a convertirse en una simple amalgama de átomos y moléculas "sin ninguna fantasía vital".

Lo trascendente en la evolución humana es un efecto colateral y paradójico de la capacidad de simulación: su poder de inadaptación biológica. De otro modo, la simulación en su aspecto adaptativo, biológicamente hablando, no habría sido más que un caso extravagante y complejo de mimetismo

batesiano. Y en ese caso, la evolución humana habría tenido unos límites tan pobres que de ningún modo nos habría traído hasta aquí, a las puertas de un tecnosistema en el que dentro de poco ni siquiera necesitaremos un cuerpo biológico en el que residir.

Parece ciencia ficción. Y lo es. Somos ciencia ficción. Somos un fantasma viviendo dentro de un primate zombi.

# Ley de la inadaptación más favorable

El mundo virtual se rige por la ley de la equivalencia. Una flecha es el equivalente a la velocidad y al colmillo de un guepardo capaz de atrapar y matar presas por muy rápidas que sean o muy lejos que se encuentren. La flecha nos permite seguir estando inadaptados al ecosistema. Pero no es sólo la flecha lo que nos permite sobrevivir. Aprendemos a cazar y transmitimos ese conocimiento que no viene preprogramado genéticamente en nuestro cerebro. Creamos un código cultural y mecanismos para que se transmita de generación en generación.

**Un tecnosistema es el conjunto de simulaciones conductuales e instrumentales que nos permiten sobrevivir allí donde carecemos de las necesarias adaptaciones biológicas para hacerlo.**

Vivimos en una constante farsa que logra engañar a las crueles leyes de la selección natural y desde el momento en que nos convertimos en humanos estamos condenados a simular. De alguna manera, el precio de sobrevivir mediante ese “pecado original biológico” consiste en tener que “trabajar”

constantemente en la creación de un tecnosistema. Sostener ese tecnosistema, esa farsa. Pero, también, incrementarla.

Si contemplamos la ley de la equivalencia desde el prisma de la biología tendríamos que buscar un nombre paradójico capaz de expresar en lenguaje biológico algo que escapa a su ámbito. Por ejemplo, "**Ley de la inadaptación más favorable**". Más favorable, claro está, para sostener virtualmente la inadaptación.

En realidad se trata de ver las cosas desde la perspectiva del mundo biológico que abandonamos como "ley de la inadaptación más favorable", o desde el mundo virtual al que llegamos como "ley de la equivalencia". Que residamos en un primate con encéfalo hipertrofiado que ya debería haberse extinguido significa, precisamente, que no somos ese primate sino una criatura de otro mundo.

**Sobreviven los que incrementan la artificialidad y no necesariamente los mejores desde el punto de vista darwiniano.**

Cuando las condiciones climáticas comenzaron a deforestar África, el antecesor de los chimpancés permaneció en las selvas a las que estaba adaptado, mientras que el nuestro se vio obligado a pasar buena parte de su vida en el suelo desnudo

sometido a fuertes oscilaciones climáticas estacionales, sin posibilidad de protegerse de los depredadores poniendo altura de por medio y con una gama de alimentos que apenas podía conseguir o digerir. Ellos se quedaron viviendo cómodamente en el bosque tropical, mientras nuestros abuelos fueron expulsados de ese Edén y tuvieron que “trabajar” para no sucumbir.

**Somos los nietos de los fracasados. Los chimpancés son los nietos de los triunfadores.**

Ya pasó en el caso de los Australopithecus afarensis y los parántropos. Estos últimos estaban mejor dotados para vivir en la sabana. Los afarensis deberían haberse extinguido. Pero no lo hicieron. Y no fue por tener un cerebro mayor, sino por dedicar su cerebro a incrementar la artificialidad, la invención, la tecnología. Finalmente, la mayor inteligencia adquirida mediante la tecnología resultó determinante para que los descendientes de los Australopithecus sobrevivieran a los parántropos... porque permitió una mayor tecnificación. Gracias a esa inteligencia y al motor de la evolución virtual que podemos definir como el principio de **cúspide de ecosistema** y que viene a decir algo así como que tienen más propensión a incrementar la artificialidad quienes no se encuentran en la

cúspide de su ecosistema y, por tanto, no disfrutan del máximo éxito biológico.

### **Hay un punto óptimo de inadaptación.**

La diferencia entre humanos y chimpancés en lo que respecta al tamaño del cerebro es enorme. El promedio en los chimpancés es de 400cc. El del humano actual, 1.450cc. Pero, por ejemplo, el *Australopithecus garhi* apenas tenía 50cc. más que los chimpancés. El coeficiente de encefalización, que es una medida utilizada para estimar la inteligencia de los animales, es de 7,4 en los humanos, entre 2,3 y 2,6 en los australopitecos y 2,1 en los chimpancés.

No es la inteligencia en sí misma el factor desencadenante del proceso de humanización. Porque, en ese caso, dicho proceso debería de haberse disparado, por ejemplo, en los delfines, que tienen el doble de cociente de encefalización que los chimpancés o los australopitecos. Tampoco la posibilidad de utilizar las manos prensiles fue el desencadenante de la construcción de colmillos, garras y poderosas mandíbulas trituradoras virtuales. Otros muchos animales que compartían el mismo ecosistema que nuestros ancestros poseían también manos prensiles y una inteligencia parecida. La mano prensil no es un factor imprescindible ni suficiente, aunque sí ventajoso,

para la humanización. Pero la inteligencia sí es un factor imprescindible, aunque no suficiente, para el proceso de humanización.

Con relación a los chimpancés, tenemos un hardware mucho más potente. Medido en coeficiente de encefalización, nada menos que tres veces y media más. Pero lo que marca la diferencia cualitativa y no cuantitativa entre humanos y chimpancés es el nivel de artificialidad plasmado en el tecnosistema en el que los humanos vivimos “aislados” del ecosistema. Si le quitamos todo el soporte tecnológico y los conocimientos culturales, un humano es incapaz de sobrevivir en el ecosistema tropical en el que habitan, con notable éxito, los chimpancés. Los humanos, desde nuestro inicio, tuvimos que abandonar el “paraíso natural”, el ecosistema, para irnos a vivir en uno artificial, el tecnosistema.

**Allí donde vamos, darwinianamente hablando, nunca tocamos el suelo biológico.**

La clave de la evolución humana tampoco debemos buscarla en una mayor sociabilidad. La sociabilidad tiene, al menos, la misma importancia en los chimpancés o en los bonobos, que en los humanos. Más bien al contrario, porque el hecho de vivir en un tecnosistema nos convierte en individuos más “autistas”,

atrapados dentro de un mundo interior simbólico. Es verdad que vivimos en grupo, pero los mecanismos “tradicionales” de la vida social van perdiendo peso a medida que el propio grupo como conjunto de individuos biológicos tiene cada vez menos importancia para la supervivencia. Pensamos que somos criaturas desvalidas porque dependemos mucho más que cualquier otra de nuestros semejantes, de la sociedad. Pero, en realidad, de lo que dependemos es del tecnosistema. De hecho, un chimpancé solitario tiene escasas probabilidades de sobrevivir incluso en su ecosistema original, mientras que cualquier humano que sea capaz de mantener el tecnosistema mediante las prácticas culturales (armas, fuego, construcción de refugios y vestimenta de abrigo) es capaz de sobrevivir completamente solo en los ecosistemas más adversos. Y al contrario, un grupo humano muy unido, compuesto por individuos extraordinariamente sociales y altruistas, pero sin el conocimiento ni los medios necesarios para la construcción y mantenimiento de un tecnosistema, tendría muchas dificultades para sobrevivir incluso en un ambiente tan benigno como el bosque tropical. La mayor sociabilidad humana es un mito. Lo social tampoco es el factor esencial de la humanización.

**La virtualidad tiene en sí misma un efecto autista.**

No nos engañemos a nosotros mismos. Independientemente de cuál sea la historia concreta de nuestro linaje, el desencadenante ambiental del proceso de humanización está ligado a la supervivencia en ecosistemas abiertos, fuertemente estacionales y secos. Si la respuesta hubiera consistido en una verdadera adaptación anatómica, fisiológica y comportamental genéticamente transmitida, no podríamos hablar de tecnoevolución sino de evolución biológica darwiniana. Pero nuestros antepasados no sobrevivieron en el nuevo ecosistema desarrollando rasgos biológicos adaptativos, pues no tenían colmillos, garras, potentes mandíbulas trituradora, afilados cuernos, letales patas coceadoras, cuerpos grandes y musculados o ligeros y rápidos. Tampoco eran mucho más inteligentes que el resto de mamíferos. Pero usaron la inteligencia y sus rasgos anatómicos, fisiológicos y comportamentales arborícolas de un modo diferente y con un “objetivo” distinto: no tener que adaptarse biológicamente a un ecosistema radicalmente distinto para el que habían sido “diseñados” por la evolución.

Desde un punto de vista darwiniano, la adaptación a un ecosistema para el que no estamos anatómica, fisiológica y conductualmente capacitados se logró mediante una *“inadaptación favorable”*. Se extinguieron con éxito, valga la

aparente contradicción, aquellos antecesores nuestros que encontraron la inadaptación más favorable. Los demás, se extinguieron sin éxito, es decir, sin *trascenderse* virtualmente. De entre todos los australopitecos, sólo aquéllos que encontraron la inadaptación más favorable sobrevivieron en sus descendientes desencadenando y controlando su propia extinción.

Nos “*mantuvimos*” desadaptados al ecosistema en el que vivíamos y, por tanto, nos extinguimos como animales, como australopitecos, *Homo habilis*, *Homo erectus...* *Homo neandertalensis*. Pero esas extinciones en el orden biológico fueron un éxito evolutivo en el nuevo orden de cosas que habían inaugurado: el tecnosistema, la virtualidad, la simulación. Todas las especies biológicas humanas, incluida la nuestra, están completamente desadaptadas en cualquier ecosistema terrestre. Ninguna podría sobrevivir sin trampas tecnológicas.

La ley de la inadaptación más favorable viene a decir que la mejor adaptación posible al ecosistema es, en términos virtuales, mantenernos a salvo en un tecnosistema. Y para lograrlo es necesaria la inadaptación biológica. O, dicho desde otro punto de vista: la supervivencia en el seno de un tecnosistema requiere “no dormirse en los laureles”.

**No se puede crear un tecnosistema si estamos adaptados al ecosistema.**

Mientras la “vida virtual” no alcance suficiente madurez, la ley de la inadaptación más favorable será el motor de la tecnoevolución. No fue el más inteligente, el más fuerte ni el mejor adaptado biológicamente para vivir en la sabana el que sigue hoy con vida, sino aquél que encontró el camino hacia una mayor virtualidad. Un camino que, una vez iniciado, nunca podremos abandonar porque, en ese caso, seremos arrastrados por una corriente invisible siempre dispuesta a cobrar la deuda que dejamos de pagar cuando engañamos por primera vez a la fría y cruel selección natural.

**Hay un arcángel con espada flameante a las puertas del Edén que nos impide regresar.**

Hemos formulado una ley paradójica para tratar de explicar el principio motor de la evolución humana. Y lo hemos hecho desde la perspectiva de la evolución natural. Sin embargo, deberíamos ser capaces de formular ese motor del cambio en términos estrictamente virtuales, de un modo parecido a como tratamos de explicarnos el origen de la vida desde la perspectiva de la vida y no desde la de la fisicoquímica. ¿Acaso las moléculas más “débiles” desde el punto de vista

fisicoquímico fueron las que se vieron impelidas a protegerse mediante el engaño biológico? Puede ser. Pero, en el caso del ámbito virtual humano parece cierto que es así y que, además, debemos redefinir la historia desde este planteamiento.

**¿Qué es la ingeniería genética sino una sublime expresión de la sentencia lamarckiana de “la función (en este caso la acción) crea al órgano (en este caso al ser)”.**

Y, sin embargo, la herencia virtual no es reducible de forma simplista y directa a estrictos términos lamarckianos.

Resulta extraordinariamente difícil describir con un lenguaje teórico completamente nuevo e independiente el orden virtual que apenas ha comenzado a abrirse paso con el nacimiento de los humanos. Incluso ahora que la informática nos está dotando de nuevos y potentes instrumentos tecnológicos y conceptuales, aún carecemos de suficiente perspectiva como para ir mucho más allá de analogías paradójicas con las que establecer equivalencias entre el origen de la vida y el de la simulación. La teoría de los memes ideada por Dawkins se encuentra inmersa en esa dificultad causada por la falta de perspectiva.

Resulta muy difícil establecer planteamientos y conceptos en términos virtuales porque, primero, conforman los mecanismos

desde los que pensamos y, segundo, el ámbito virtual se encuentra en un estadio muy elemental. Más complicado aún resulta estudiar la dinámica evolutiva de los memes sin tomar como referencia la evolución biológica. De manera que, inevitablemente, termina produciéndose un sesgo que nos impide ver la idiosincrasia de la virtualidad bien sea porque la observamos desde el prisma de la biología o desde la cultura. Si los memes se definen como unidades de transmisión cultural mediante mecanismos análogos a la evolución biológica darwiniana o lamarckiana es porque no estamos trazando unos ejes propios para estudiar la virtualidad o realidad simulada. Sólo podremos contemplar la virtualidad en sus propios y diferenciados términos si cambiamos las coordenadas cartesianas desde las que la estudiamos, que no son las de la biología/cultura, sino las de la independencia/dependencia del individuo. Visto así, los tecnes serían aquellos elementos virtuales que dependen del individuo, de su criterio. Y los memes serían los elementos virtuales que no dependen del individuo. Los tecnes buscan la supervivencia individual porque están a las órdenes del individuo (ni siquiera del grupo) y, los memes, su propia supervivencia, no importa lo que le ocurra al individuo o a los grupos. Los tecnes evolucionan lamarckianamente y los memes darwinianamente. Y algo más. La individualidad funciona como un meme, es decir, como algo

que busca su propia supervivencia. Cada uno de nosotros somos un meme al que sólo le interesa su propia supervivencia, es decir, la de sí mismo como individuo, que sólo podrá lograr en función de su capacidad para mutar, evitando la infección de otros memes, desechando los tecnes que no le sirven a él, a su individualidad, y manteniendo o incorporando los que sí lo hacen.

**Cada uno de nosotros somos un meme único.**

Carecemos de perspectiva porque seguimos buscando en una perspectiva que no existe en el mundo virtual. Debemos cambiar, por tanto, el planteamiento del problema para hacer una pregunta que tenga sentido en el “espaciotiempo virtual”. Un nuevo eje de coordenadas ortogonal distinto que nos coloca en un terreno desconcertante:

**No podemos “conocer” las leyes de la evolución virtual, sólo podemos “inventarlas”.**

Absurdo y, sin embargo, nada más consecuente con el mundo de la simulación. Porque, recordemos, el problema está en el planteamiento, no en el problema. Y el planteamiento, el axioma, es siempre algo subjetivo, inventado, insustentado.

La Ley de la inadaptación más favorable, aunque no es la única analogía paradójica con la que podemos “inventar”, es decir, conocer virtual o humanamente el tránsito entre lo biológico y lo tecnológico, sí es la que mejor puede darnos una imagen del “motor” y el “mecanismo básico” de ese salto.

Nos dice que hay un punto óptimo de inadaptación al ecosistema en el que se produce la máxima presión para incrementar la artificialidad. Y predice que sobrevivirán aquellas variantes biológicas que consigan la máxima independencia con relación al ecosistema utilizando la mínima evolución biológica. Es decir, mediante la mejor relación entre independencia del ecosistema y lo que podríamos llamar “ahorro biológico” en el sentido de requerir los mínimos cambios anatomofisiológicos. ¿Cómo se consigue esto? Incrementando el tamaño del encéfalo, que es el órgano de la virtualización.

Aunque los paleoantropólogos vean revolucionarios cambios evolutivos en el esqueleto postcraneal humano, seguimos teniendo el mismo diseño multifuncional de navaja suiza de nuestros antepasados australopitecos, apenas afinado en algunos aspectos como son: la mejora de la locomoción bípeda, de la función de pinza de precisión de nuestras manos, del diseño de nuestro hombro para lanzar objetos a mayor distancia

y con mejor precisión o la reducción del tamaño del sistema digestivo a fin de liberar recursos para mantener un hipertrofiado cerebro. Excepto por esa supercomputadora orgánica, en todo lo demás, aunque más esbeltos, más carnívoros y mejor refrigerados, seguimos siendo australopitecos.

Una vez que hemos dejado claro el concepto de "inadaptación más favorable" para describir el motor del origen de la virtualidad podemos cambiarlo por el más sencillo de **"adaptación virtual"**.

¿Y no es esto, la adaptación virtual, lo que hacemos en nuestro día a día: fingir, imitar simular... mentir a los demás y a nosotros mismos? ¿No nos sirve eso para ganar allí donde, en caso contrario, lo tendríamos muy difícil? ¿Qué es el autoengaño sino adaptación virtual? ¿Hay algo más peligroso desde el punto de vista de la adaptación biológica que ver una realidad diferente, modificada, simulada o, incluso, no verla? Y, sin embargo, inventar cosas como un amigo imaginario nos sirven para soportar situaciones que nos llevarían a la depresión, a la locura o, simplemente, al sufrimiento. La realidad inventada, simulada, virtual consigue que seamos más fuertes, más listos, más seductores... o, también, peores. Nos cura y nos enferma. Nos

da alas y nos ata con cadenas al fracaso. ¿Y qué hace la Ciencia, descendiente del realismo mágico cromañón, sino crear constructos teóricos, es decir, simulaciones a las que llamamos hipótesis y teorías, que ponemos a competir en un juego virtual para ver cuál se ajusta mejor a la realidad fisicoquímica y biológica, es decir, cuál tiene más poder para controlar esa realidad y escapar a sus designios? Porque de eso se trata, de que una virtualidad “funcione” en la realidad, aunque no se le parezca. ¿Acaso la física cuántica se parece a la “realidad”? Y, sin embargo, la energía nuclear puede arrasar el Mundo. La Ciencia no nos muestra la Verdad. Nos muestra el poder de la invención, la simulación, la virtualidad. Nos muestra equivalencias ensalzadas como igualdades que terminan convirtiéndose en verdades poco antes de ser refutadas por una nueva teoría (invención) que logramos hacer equivalente con lo que realmente sí funciona: la tecnología.

### **La ciencia encuentra equivalencias entre las teorías y los procesos técnicos.**

Todo esto es simulación, adaptación virtual. Todo eso forma parte de lo único que nos hace diferentes. Es la artificialidad, la simulación, la adaptación virtual lo que constituye la esencia humana. Y sí, no hay una línea clara, un Rubicón del “todo o

nada” que diferencie quienes son humanos y quienes no a menos que usemos un criterio puramente virtual:

**Son humanos los que sin trucos virtuales no podrían sobrevivir en su ecosistema.**

Por eso decimos que los australopitecos lo son y, sin embargo, los chimpancés no, aunque ellos también utilicen la simulación. Pero ¿qué ocurre con esa otra especie que ya convive con nosotros desde hace mucho tiempo y que antes o después está llamada a sustituirnos o hibridarnos: las máquinas? ¿Hay algo más artificial que una máquina, un ordenador o, llegado el momento, un androide con capacidad de autoaprendizaje? ¿Hay algo más dependiente de sus trucos virtuales que los seres puramente virtuales?

La ecología contemporánea defiende el punto de vista y los intereses de uno de los contendientes: el ámbito biológico, lo cual no parece nada extraño dado que, al fin y al cabo, somos organismos biológicos. Pero el problema es que sin nuestros trucos, simulaciones y artificios no existiríamos porque el ámbito biológico, lo que llamamos Naturaleza, nos habría eliminado. Aún puede hacerlo.

# Paleolítico

Si algo funciona, no lo arregles. Cuando las cosas van bien, la ley de la inadaptación más favorable está tranquila y los humanos continúan con su modo de vida sin apenas realizar cambios de importancia. Nadie se ve presionado para innovar, incrementar el poder del tecnosistema y aislarlos aún más del ecosistema. La estabilidad enlentece el tiempo humano y los años se convierten en siglos, los siglos en milenios y los milenios en inmensas planicies de quietud.

El ritmo de la evolución humana se desacelera hasta acercarse al de la evolución biológica cuando la estabilidad preside las condiciones ambientales. Los cambios tecnológicos se desarrollan, entonces, de forma tan lenta que casi parecen sincronizarse con los cambios anatómicos sobre cuyos restos "construimos" las distintas especies biológicas humanas: *Homo habilis*, *Homo erectus*, *Homo heidelbergensis*, *Homo neandertalensis*, *Homo sapiens*. Y, aunque es verdad que sobre todo a partir del *Homo erectus* deberíamos hablar más de razas y no propiamente de especies, lo cierto es que durante todo el

Paleolítico los cambios culturales y biológicos son tan modestos que da la sensación de que los humanos volvieron a estar controlados por la selección natural. Pero esa sensación es completamente errónea. Los humanos nunca podremos volver a estar sujetos a las leyes de la selección natural darwiniana porque, en ese preciso instante, nos extinguiremos.

La estabilidad en las condiciones ambientales no implica que los rasgos de la cultura humana pasen a formar parte del ecosistema. Las trampas para evadir las reglas de la selección natural no se convierten en algo natural regido por esas mismas leyes aunque una raza humana y su modo de vida apenas cambie durante cientos de miles de años. Sencillamente, el tecnosistema en el que viven esos humanos es suficientemente poderoso como para mantenerlos a salvo.

Los cambios ambientales conllevan una ruptura de la estabilidad que provoca en los animales biológicos una serie de modificaciones anatómicas y fisiológicas sobre las que las nuevas condiciones seleccionarán a los supervivientes. Pero estos mismos cambios ambientales y la ruptura de la estabilidad

que traen aparejada inducen a los animales virtuales a realizar un cambio en el tecnosistema que a largo plazo implica siempre una mayor virtualidad.

Los humanos, cuando se rompe la estabilidad, necesitan modificar su tecnología de simulación. Y estas modificaciones siempre conllevan un incremento general del nivel de simulación. Cada ruptura de la estabilidad lleva a que los supervivientes sean más humanos en el sentido de que se vuelven más dependientes de la tecnología. La ruptura de la estabilidad ambiental impulsa una mayor sofisticación de la cultura humana y, por tanto, una mayor dependencia de nuestro tecnosistema.

**Somos más humanos cuanto más dependemos de nuestras simulaciones.**

La sincronía que vemos entre los mínimos cambios anatómicos y fisiológicos y la tecnología de las "distintas especies humanas" está regida por la ley de la inadaptación más favorable y no porque los rasgos culturales y tecnológicos hayan adquirido un carácter darwiniano. Tanto las diferencias anatómicas entre los

*Homo hábilis* y los *Homo erectus-ergaster* como las que encontramos en su industria lítica están mediadas por saltos virtuales que llevan hacia una mayor preponderancia del rol depredador sobre el rol carroñero. Y es la mayor sofisticación del tecnosistema, y no los cambios anatómicos o, incluso, los tecnológicos en sí mismos, lo que determina quién sobrevive y quién no.

El modo de sobrevivir ante una ruptura de la estabilidad es radicalmente distinto entre seres biológicos y virtuales. Unos lo hacen incrementando su adaptabilidad biológica a las nuevas condiciones ambientales, otros, incrementando su inadaptabilidad y, por tanto, su dependencia de los trucos antinaturales.

No existirá ruptura de estabilidad en el ecosistema, es decir, en el ámbito biológico, mientras no se produzca un cambio en el ambiente fisicoquímico. Y no se producirá una ruptura de la estabilidad en el tecnosistema sin un cambio en el ambiente biológico. Los cambios se suceden en cadena desde lo más natural, el ámbito fisicoquímico, hasta el más artificial, el ámbito

virtual. Y la principal expresión de esta cadena de cambios es el clima. Pero no es la única. Porque también se produce una cascada de cambios en sentido inverso, desde el tecnosistema hasta el ambiente fisicoquímico.

Un cambio climático se encuentra en el inicio del proceso de humanización. Un cambio climático preside, también, las grandes migraciones humanas. Los cambios de tecnosistema, asociados o no con modificaciones anatómicas y fisiológicas, están determinados por rupturas de la estabilidad causadas por cambios climáticos propiamente dichos o por equivalentes funcionales de los mismos. Pero no todos esos cambios climáticos tienen la misma capacidad para inducir cadenas de inestabilidad. En la medida en que sean capaces de producir alteraciones dramáticas, que llevan a una ruptura de la estabilidad, hablaremos de crisis climáticas Y estas crisis son las que principalmente ponen en juego los mecanismos de adaptación virtual. No es lo mismo, desde luego, un cambio climático débil y localizado que otro más intenso y que afecte a

un área más amplia. Pero lo que verdaderamente determina una crisis climática es el signo de esos cambios.

Cuando los cambios climáticos crean un ecosistema más benigno para las condiciones biológicas humanas, disminuye su inadaptación y, por tanto, su necesidad de cambiar el tecnosistema para hacerlo más potente. Un clima cálido será más húmedo y aumentará los niveles de CO<sub>2</sub>, lo que favorece el desarrollo vegetal y, por tanto, incrementa la cantidad y diversidad de fauna, aumenta los recursos disponibles y se acerca más a las condiciones ambientales para las que estamos biológicamente diseñados. Pero cuando los cambios climáticos van en la dirección opuesta, más frío y menos humedad, es cuando aparecen los problemas.

**Todos los grandes saltos en la evolución humana han estado regidos por crisis climáticas. Y estas, siempre, han consistido en un mayor enfriamiento, sequedad, disminución de los niveles de CO<sub>2</sub> y de la masa vegetal.**

Los equivalentes de las crisis climáticas debemos definirlos en términos de sus efectos sobre la presión virtualizadora. Un equivalente de crisis climática será aquella situación que provoque una ruptura de la estabilidad de la que se sigue una mayor presión para incrementar el poder del tecnosistema. Una plaga, una guerra... o la excesiva densidad demográfica.

**El desequilibrio entre población y recursos disponibles es el principal nexo común de todas las rupturas de estabilidad que conducen a una mayor virtualización.**

Las crisis climáticas, las migraciones, las invasiones, las burbujas demográficas... todos estos eventos conllevan un factor común que los hace equivalentes: alteran la relación entre población humana y recursos disponibles. Un desequilibrio que encontramos en el origen del proceso de humanización y en cada salto evolutivo humano.

Hay evidencia de una salida de homínidos fuera de África en épocas muy tempranas, tal y como atestiguan los fósiles de Dmanisi, en cuyo yacimiento se han encontrado restos que

pertenecen a un individuo con características anatómicas que mezclan rasgos primitivos y derivados. Si a esto añadimos que en ese mismo yacimiento y en la misma estratigrafía se encuentra una gran diversidad anatómica, el panorama que se nos presenta es muy parecido al de África, donde en un mismo ecosistema coexistían homínidos, australopitecos y parántropos relacionándose entre sí mediante una razón de hibridación/competencia sustentada por una compatibilidad reproductora mayor de lo que sus diferencias anatómicas y fisiológicas podrían hacernos suponer.

En Dmanisi y, presumiblemente, en otros lugares de Eurasia con características similares, existía al menos hace 1,8 millones de años un caldo de cultivo tecnobiológico similar al de la cuna africana de la Humanidad. Y, como en aquella, bastaría el chispazo de una crisis climática para desencadenar un nuevo salto en la evolución humana.

Con anterioridad a la aparición del grado erectus-ergaster, las variedades de homínidos poseían unas características anatomofisiológicas suficientemente adecuadas para la

recolección del variado repertorio de alimento vegetal, la caza de pequeños vertebrados, insectos y animales acuáticos (moluscos, y crustáceos fundamentalmente), así como para el carroñeo. El diseño multiusos y, especialmente, la capacidad simuladora tanto de los australopitecos como de los *Homo habilis-rudolfensis* les permitía adaptarse virtualmente a un rango muy variado de amenazas y oportunidades. Pero algo vino a complicar las cosas, acelerando así el motor de la evolución humana. Tanto en África como Eurasia las distintas variedades del grado *habilis-rudolfensis* se vieron afectadas por un profundo cambio climático que redujo la vegetación y, consecuentemente, la población de grandes herbívoros, lo que hizo que el complemento calórico que proporcionaba el carroñeo se viera restringido. Los homínidos que permanecieron atrapados en estos ecosistemas empobrecidos, donde no abundaban alimentos vegetales blandos ni acuáticos, se vieron forzados a cambiar radicalmente su tecnosistema a fin de sobrevivir bajo unas nuevas condiciones para las que estaban aún más inadaptados biológicamente.

Las características anatómicas del *Homo georgicus* lo hacían muy parecido a los parántropos. Era más corpulento que sus congéneres *habilis-rudolfensis* y su aparato masticador estaba mejor adaptado al consumo de material vegetal duro y abrasivo. También como los parántropos, con los que se ha asociado tecnología lítica carnícera, su dieta se complementaba mediante el carroñeo. Y su mayor envergadura corporal le permitía una mejor defensa “cuerpo a cuerpo” frente a grandes depredadores como las hienas gigantes, con las que sin duda debería competir por los restos de carroña. Unas características que le otorgaban claras ventajas para lograr un salto evolutivo hacia una mayor artificialidad con la que defenderse en el nuevo y hostil ecosistema. Su mayor corpulencia y una mejor adaptación a espacios abiertos en cuanto al aparato locomotor se refiere le predisponía para una aptitud que, hasta entonces, había tenido un papel secundario entre los homínidos: la caza.

Si en la primera fase de la construcción del tecnosistema los australopitecos desarrollaron simulaciones esenciales como la defensa de grupo en campo abierto y la construcción de garras

y colmillos artificiales, con la disminución de gran parte de los recursos de proteínas y grasas, se hizo imprescindible el desarrollo de aptitudes de caza mayor para las que son elementos esenciales una cierta corpulencia así como una capacidad mejorada para la carrera y el lanzamiento de proyectiles.

A diferencia de los parántropos, el *Homo georgicus* muestra adaptaciones morfológicas muy modernas junto a otras más primitivas. Y entre las modernas figuran, precisamente, las apropiadas para la caza: unas piernas largas, mejor adaptadas a la carrera que a la deambulación, así como cambios en la morfología del hombro que lo hacían más efectivo para el lanzamiento de proyectiles. Y esta es la gran diferencia entre los parántropos y el nuevo tipo humano que empezaba a configurarse. El papel simulador clave para adaptarse virtualmente no era el ramoneo, la recolección vegetal o animal (insectos, moluscos, crustáceos...) o el carroñeo, sino la caza. Lograr ese aporte extra de proteínas y grasas era esencial para sobrevivir porque permitía un mayor desarrollo encefálico y, al

aumentar la inteligencia, mejorar las propias técnicas de caza. Es decir, incrementar el poder del tecnosistema.

En el *Homo georgicus* encontramos dos aspectos decisivos para el desarrollo de este nuevo rol depredador que nos ha distinguido hasta nuestros días. Por un lado, rasgos en mosaico que indican una fuerte hibridación entre distintas variedades de homínidos que estaban simultáneamente presentes en el área de Dmanisi. Por otro, el hecho de que entre los rasgos “modernos” no se encuentre uno tan fundamental como es un encéfalo muy desarrollado, nos recuerda que no es la inteligencia como tal, asociada a un gran encéfalo, la clave desencadenante de la hominización, sino el uso que se dé a ese constructo teórico al que llamamos “inteligencia” para construir y ejercitarse en simulaciones.

La caza requiere inteligencia. Pero esta no se puede conseguir sin un incremento en el aporte de proteínas y grasas, las cuales, dada la menor disponibilidad de carroña, no se podían conseguir sino mediante la caza. Y esta, requiere de un atrezzo anatómico como el que disponía el *Homo georgicus*. Pero

disponer de este repertorio anatómico no garantiza el éxito en la evolución humana, en este caso, gracias a la caza. Por ahora no hay evidencia clara de que el *Homo georgicus* diera origen a un linaje humano que se inadaptara con éxito al nuevo ecosistema crítico, caracterizado por frío, sequía, disminución de CO<sub>2</sub>, de la masa vegetal y de las grandes presas herbívoras. Pero esto no quiere decir que no sucediera.

Los fósiles de Ledi-Geraru, en la región etíope de Afar, presentan una gran similitud con el *Homo georgicus*. Muestran una combinación de rasgos arcaicos que recuerdan a los de *Australopithecus afarensis* junto a otros más parecidos a los del género *Homo*. Estaríamos, por tanto, ante una especie de transición entre los australopitecos y los homo. Y no sería en absoluto sorprendente que el *Homo georgicus* o un análogo suyo, bien en Eurasia, bien en África o en ambos continentes, hubiera desempeñado un papel similar de transición hacia el conglomerado *Homo erectus-ergaster*.

Si el *Homo georgicus* fue capaz de cazar con cierta eficacia ayudado por esos modernos rasgos anatómicos que le permitían

correr y lanzar objetos, y pudo protegerse mejor de los grandes depredadores para robarles sus presas, esto no sólo habría derivado en unas altas tasas de supervivencia sino, también, en el incremento de la ingesta proteica y grasa animal necesaria para el desarrollo de un encéfalo, una computadora orgánica, capaz de llevar a cabo los complejos comportamientos que requieren una conducta tan sofisticada como la caza, bien sea en solitario o, más aún, en grupo.

**La caza se vio impulsada por unas condiciones ambientales derivadas de una crisis climática y permitida por unas adecuadas características anatómicas.**

El rol depredador impulsa y necesita, las dos cosas a la vez, el desarrollo del encéfalo, porque nuestra conducta cazadora debe estar sostenida íntegramente por simulaciones que requieren de un órgano computacional mucho más complejo que el del resto de depredadores adaptados biológicamente a la depredación. El progreso de la conducta depredadora esculpe los cambios anatómicos y fisiológicos que conducen hasta el Homo sapiens,

desde los Homo georgicus euroasiáticos y/o africanos hasta el primer modelo de la genuina serie de “humanos depredadores”: El Homo erectus-ergaster.

**El hombre actual proviene de un modelo global: El Homo erectus-ergaster. El primero de la serie “Homo predator”.**

Las características anatomofisiológicas de esta nueva serie de humanos a la que podemos denominar “Homo predator” han permanecido invariables en líneas generales desde el Homo erectus-ergaster hasta nuestros días: Incremento del tamaño corporal, hipertrofia encefálica, mayor longitud de las extremidades inferiores con relación a las superiores y las aparentemente sutiles pero trascendentales modificaciones anatómicas producidas en la cadera y en los hombros. Ese es el diseño básico de la serie humana a la que pertenecemos. Vivimos en ese hardware. Pero somos software. **Somos**, desde hace al menos 1,8 millones de años, **depredadores**. Y no deberíamos olvidarlo.

## **La invasión sapiens**

El Homo sapiens invadió los territorios neandertales de Europa y Asia central coincidiendo con un periodo extremadamente frío y seco, Würm II, que impuso en una parte importante de estos territorios un ecosistema estepario con poco arbolado y donde proliferaban grandes herbívoros como el mamut y el rinoceronte lanudo. Aparentemente, tanto las condiciones climáticas como el tipo de fauna no resultaban favorables para las características anatómicas del Homo sapiens y su tecnología de caza. Sin embargo, lograron expandirse por el continente, mientras los mejor adaptados anatómica y conductualmente neandertales caían en un declive cuyo final coincidió con otro periodo de frío y sequedad extrema: Würm III. La explicación a este aparente sinsentido debemos buscarla en el mismo principio fundamental de la hominización que llevó a los australopitecos a sobrevivir en un ecosistema donde no deberían haberlo hecho.

Ahora sabemos que el Homo sapiens no africano es el fruto de una mezcla de, al menos, tres razas: el propio sapiens, el neandertal y el denisovano. Esta hibridación facilitó su supervivencia en los terribles parajes de Europa y norte de Asia, aunque, en contraste con la anatomía neandertal, los sapiens somos radiadores andantes diseñados para perder calor. Las adaptaciones anatómicas y conductuales de los neandertales para resistir el frío y para la caza, que era su alimento preponderante, les permitía llegar a un nivel de simulación como cazadores extremadamente alto. Tan alto que se encontraban en la cúspide de su ecosistema. Y ese tremendo éxito nos da ya una primera idea de por dónde pudo venir su fracaso.

El reciente descubrimiento en el ártico siberiano de un mamut que fue despiezado con instrumentos humanos hace 45.000 años, cuando se pensaba que nuestra especie había llegado por primera vez a esa remota e inhóspita zona unos 10.000 años después, pone de relieve la extraordinaria capacidad de los homo sapiens para crear potentes tecnosistemas con los que

adaptarse virtualmente a las terribles condiciones que asolaban el centro y norte de Eurasia.

Los primeros humanos modernos que invadieron Europa tenían unos rasgos morfológicos más arcaicos que los que les siguieron en posteriores oleadas, fruto, muy probablemente, de una fuerte hibridación con los neandertales y denisovanos. Sin embargo, no alcanzaban el grado de adaptación anatómica y fisiológica de los neandertales, los cuales poseían una morfología adaptada a dos condiciones básicas del ecosistema europeo. Una era la climatología, mucho más fría y seca que en la actualidad, con puntas glaciales verdaderamente cruentas. La otra, los recursos alimenticios, caracterizados por la escasez de productos vegetales y, en el caso de los animales, la preponderancia de grandes herbívoros como renos, ciervos, bisontes, caballos, mamuts y rinocerontes. Su complexión más robusta, con extremidades cortas, huesos más anchos y musculatura más poderosa que los homo sapiens les confería, además de una mejor disposición para retener el calor corporal, unas condiciones óptimas para cazar grandes presas mediante

el contacto directo. Estrategia de caza puesta de manifiesto por las profusas heridas que presentan sus fósiles, además de por la tecnología de sus armas, diseñadas para el combate cuerpo a cuerpo pero no para ser lanzadas a distancia con precisión y velocidad.

Por contra, los neandertales no estaban bien dotados para la carrera de medio y largo fondo, por lo que su táctica de caza era más parecida a la de los leones que a la de los lobos. Podían andar grandes distancias y la potencia muscular les permitía una potente aceleración en distancias cortas. Pero estas características resultaban poco útiles en espacios abiertos donde era difícil camuflarse y sorprender a las presas que, además, gozaban de una gran libertad de movimientos para huir.

Sus campos de caza eran los bosques, las zonas escarpadas o los lugares angostos en los que las presas encontraban dificultades para escapar o revolverse. Cazaban al acecho y en manada como los leones, rodeando a la presa y exponiéndose, también como ellos, a ser heridos por aquellos formidables herbívoros. Una alta especialización que tenía aparejada una

contrapartida igualmente importante: las condiciones esteparias que los momentos más crudos de la glaciación imponían en buena parte del territorio europeo, desprovisto de arboledas y con una orografía que no facilitaba el acecho o el acorralamiento de las presas, suponían para los neandertales un hábitat desfavorable.

En los momentos más duros de la glaciación, los neandertales se refugiaban en las zonas más cálidas y húmedas, con mayor presencia de árboles y matorrales, así como en las proximidades de los sistemas montañosos, donde los valles ofrecían un microclima más benigno y presentaban una orografía idónea para su modo de caza. Y es en el transcurso de una de estas épocas e mayor crudeza climática cuando los Homo sapiens hicieron acto de presencia.

En esos momentos más duros de la climatología glacial, cuando la disponibilidad de grandes presas disminuía, los neandertales reducían su población. Algo que no tuvo especiales consecuencias mientras no existió otra especie o raza competitora que pudiera ocupar los parajes que ellos

abandonaban y a los que esperaban regresar cuando el clima se tornara más templado. Sin embargo, al terminar el pico de glaciación en el que los cromañones invadieron Europa, los neandertales, con una población disminuida, se vieron incapaces de recuperar los espacios que, con el regreso de las condiciones climatológicas más benignas, volvían a convertirse en grandes caladeros de caza. No pudieron recuperarse demográficamente y la presión competitiva de los sapiens terminó por llevarlos a la extinción.

Debemos pensar en los neandertales como "leones". Pero unos leones sometidos a fuertes reducciones y expansiones de población al unísono de las grandes oscilaciones climáticas que limitaban o expandían sus territorios de caza y al disponibilidad de presas. Una alta especialización depredadora que terminó volviéndose en su contra cuando se vieron sometidos a un equivalente de crisis climática, la invasión sapiens, justo en uno de los periodos de reducción de población y pérdida de los mejores territorios de caza.

Pero, para que los cromañones lograran ocupar esos territorios convertidos en desnudas e inhóspitas planicies abandonadas por los neandertales tuvieron, que sufrir una asombrosa metamorfosis virtual: Se convirtieron en licántropos. Porque sólo unos “hombres lobo” podían sobrevivir en las estepas y tundras del centro y norte de Eurasia en las que, ni siquiera los poderosos reyes del frío, los neandertales, eran capaces de habitar cuando la glaciación alcanzaba sus más elevadas cotas.

**Los sapiens invadieron la Europa glacial mediante el Tecnosistema Licántropo.**

A pesar de unas mínimas adaptaciones biológicas al clima frío y seco conseguidas mediante su hibridación con los neandertales en el suroeste asiático y con estos y los denisovanos en el centro y norte del continente, los Homo sapiens seguían teniendo un diseño anatómico adecuado para evacuar el calor corporal, no para retenerlo. Sin embargo, esta limitación biológica no fue, por sí misma, un obstáculo insalvable para adaptarse a climas tan adversos como el ártico. El tecnosistema humano es capaz de crear, mediante la ropa de abrigo, el fuego

y células de supervivencia como las cuevas, las tiendas y las cabañas (cuevas artificiales) un "microclima virtual" lo suficientemente cálido como para soportar los rigores de la glaciación. De hecho, los iglús son literalmente cuevas artificiales fabricadas con piedras de hielo. Lo que, en cambio, sí les permitía su "anatomía de sabana" era, una vez protegidos contra el frío, "inadaptarse favorablemente" a las condiciones esteparias que dominaban el centro de Asia y Europa en las épocas más duras de la glaciación, logrando hacer lo que estaba vedado a los neandertales: cazar en espacios abiertos.

Los primeros *Homo sapiens* que invadieron Europa eran individuos más robustos que los actuales europeos, pero carecían de la fortaleza y, quizás, de la ferocidad neandertal para la lucha directa con las enormes bestias de las que debían alimentarse. A cambio, se encontraban mejor dotados para la carrera de medio y largo fondo, y sus armas, más gráciles, estaban diseñadas como proyectiles certeros con los que abatir presas a distancia. Pero esa ventaja no era suficiente en los inmensos espacios abiertos de la estepa, donde necesitaban

alcanzar, acorralar e inmovilizar a sus presas para luego abatirlas con sus armas ligeras o, en el caso de que lograran escapar, seguir su rastro durante una larga persecución hasta que cayeran agotadas por el cansancio y las heridas.

Los neandertales cazaban como los leones. Los cromañones, especialmente en los espacios abiertos de las estepas glaciales y en los grandes valles deforestados, como los lobos. Y esa fue la clave para la conquista del mundo neandertal: el lobo, luego convertido en perro.

**Los cromañones eran hombres lobo. Por eso fueron capaces de convivir con los lobos.**

La incorporación del lobo al grupo humano, que no su domesticación, es fundamental para entender la conquista de Europa y Asia Central en los momentos en los que los neandertales se encontraban recluidos en espacios más reducidos, donde su diseño anatomofisiológico y su tecnosistema seguían siendo efectivos. Cuando hace 35.000 años quisieron volver a esas planicies de nuevo cálidas y fértiles,

las encontraron ocupadas por los cromañones. Manadas de licántropos acompañados por lobos.

## Licántropos

Nos ha sorprendido mucho descubrir que los neandertales tenían un comportamiento altruista que les llevaba a cuidar de los incapacitados a pesar de las terribles condiciones en las que frecuentemente se desarrollaba su existencia. Y ello porque nos vemos a nosotros mismos en la cúspide de lo que genéricamente llamamos "cualidades humanas". Pero si evaluamos la conducta humanitaria de nuestras sociedades modernas, teniendo en cuenta las confortables condiciones de vida del primer mundo, tendremos que reconocer que hoy en día es mucho más fácil ser "buena persona" que en el terrible mundo glacial europeo. Así que, para ser justos, deberíamos reconocer que los cromañones y, más aún los neandertales, eran igual de buenas personas que nosotros, cuando no mejores.

La mayor parte de la existencia de una manada de lobos transcurre en paz. Son animales bastante más tolerantes y,

también, más leales y solidarios entre ellos de lo que suponemos. Igual que ocurre entre los leones, las hienas y, en mayor o menor medida, en todas las especies de mamíferos depredadores en grupo. Los lobos ayudan a los miembros de su manada más desvalidos. Cuando se trasladan (no cuando realizan una batida de caza) el orden refleja no una jerarquía de mando sino de “solidaridad eficiente”. Marchan en cabeza los individuos más viejos o enfermos, marcando el paso a los demás para no quedarse rezagados y porque su experiencia les da un mejor conocimiento de las rutas y los parajes a los que dirigirse. A continuación se colocan los más fuertes, como unidad de protección, luego, en el centro de la marcha, el grueso del grupo compuesto fundamentalmente por las hembras y las crías, otro grupo de individuos fuertes y, al final y en solitario, el macho alfa, que controla desde esa posición a toda la manada. Un orden muy alejado de la imagen despiadada, tiránica y egoísta que tenemos de los lobos. Y es precisamente la solidaridad, perfectamente compatible con una fuerte estructura jerárquica, lo que permitió el acercamiento a unos humanos que, a su vez, habían tenido que modificar su

comportamiento en esa misma dirección de **solidaridad eficiente** para poder sobrevivir en las condiciones climáticas glaciales del centro y norte de Eurasia.

La dieta de un neandertal era, incluso en hábitat y climas benignos donde existía una gran diversidad de alimentos animales y vegetales, mucho menos variada y más dependiente de la caza que la de los cromañones. Si hay una especie humana que podemos entronizar como el carnívoro por excelencia, con permiso de sus ancestros, los homo Heidelbergensis, son los neandertales. Pero está claro que, por muy fornidos que fuesen, les resultaba poco menos que imposible abatir a los rinocerontes lanudos, los mamuts o, incluso, a presas más ligeras, como los bisontes, de forma individual. Debían cazarlas en grupo, acorralándolas después de emboscarlas e impedirles la huida bien mediante el cerco o ayudándose de la orografía, tal y como hacen las leonas para suplir su menor velocidad comparada con la de sus presas. Los neandertales acorralaban a estas grandes bestias en lugares donde su movilidad y, por tanto, su capacidad de huida y

defensa era mínima para, a continuación, abatirlas mediante un ataque cuerpo a cuerpo estratégicamente combinado para evitar en lo posible ser heridos. Algo que solía ocurrir, sin embargo, con frecuencia. Una fortaleza física que debía necesariamente ir complementada por al menos otros dos rasgos: una agresividad explosiva y un alto umbral de sensibilidad al dolor.

Para enfrentarse a un rinoceronte lanudo que está acorralado en un angosto paso hace falta inhibir el miedo y desencadenar una súbita “enajenación agresiva”. Los neandertales debían ser muy tranquilos y pacíficos en condiciones normales, minimizando los conflictos dentro de su grupo y, por tanto, con un buen control de la agresividad. Pero también extraordinariamente propensos a los raptos de ira en situaciones límite como la caza y la defensa frente al ataque de grandes depredadores o de otros grupos humanos.

Sin embargo, todo esto sigue siendo insuficiente para cazar un mamut o un rinoceronte lanudo, bestias protegidas por su descomunal envergadura, una gruesa capa de piel que los hace

inmunes a ligeros proyectiles y unas defensas capaces de matar, no ya a un neandertal, sino al más poderoso de los depredadores de la época. A un **robusto diseño**, una **agresividad explosiva** y una **baja sensibilidad al dolor** los neandertales debían añadir aquellos rasgos de comportamiento que favorecen la caza en grupo, como la **comunicación**, imprescindible para coordinarse, y una fuerte **cohesión social** imprescindible para mantenerse unidos durante el ataque o la defensa.

En el transcurso de la caza, tanto para acechar a las presas como, especialmente, en el momento del cerco y muerte de las mismas, se requiere de un tipo de comunicación precisa y rápida, que no necesita ser verbal o, al menos, no con la profusión del lenguaje destinado a transmitir información compleja de tipo tecnológico, simbólico o emocional. Es necesaria una comunicación precisa y fácil de interpretar, dado que en fragor de la lucha no hay mucho tiempo para explicaciones y, además, cualquier error informativo que

provoque la descoordinación de las actuaciones individuales resultará fatal.

El lenguaje neandertal, según podemos inferir de la impronta craneal de las áreas asociadas al mismo y la anatomía fonadora capaz de articular el habla, era menos rico y complejo que el de los sapiens porque ni su modo de vida ni su posición en la cúspide del ecosistema requerían una mayor complejidad. Los neandertales no necesitaban para coordinarse en las tareas esenciales para la supervivencia, como la caza o la defensa, un lenguaje articulado especialmente rico y profuso, pero sí requerían, como todos los depredadores en grupo, potentes mecanismos de cohesión social basados fundamentalmente en la relación personal. Vivían en grupos más pequeños que los cromañones, en los que el valor de los individuos es superior al que tiene en grupos más numerosos, lo que implica una sociabilidad enfocada hacia la camaradería y la lealtad, mientras en grupos mayores, como era el caso de los sapiens, esa sociabilidad tenía un mayor componente de “ cortesía”. Los neandertales vivían en grupos más pequeños en los que no sólo

la relación personal, afectiva y táctil es importante sino que, dada su técnica de caza, que involucraba a todos los miembros útiles, mujeres jóvenes incluidas, la lealtad grupal tenía un papel fundamental.

Frente a la sociabilidad cortés, propia de nuestra especie, más formalista y, en ese sentido, más distante y desapegada de la relación afectiva y personal con el resto de miembros del grupo, los neandertales poseían una sociabilidad más empática, personal y afectiva que los sapiens. Todo lo contrario de lo que imaginábamos según el viejo cliché del neandertal bruto, duro y arisco. Nuestra sociabilidad está diseñada para convivir en grupos mayores, donde el factor personal y el contacto físico tienen un menor peso y, además, necesitamos en menor medida que ellos ese otro rasgo de sociabilidad que, junto al del apego físico como muestra fundamental de cariño, conforma la psicosociología del cazador en grupo: la camaradería, la lealtad, la solidaridad.

Los grupos sapiens eran más numerosos y estaban menos especializados, lo cual implica la necesidad de un lenguaje más

elaborado capaz de transmitir información sobre un espectro más amplio de recursos, peligros, nuevas situaciones y oportunidades. Pero también es necesario ese lenguaje para mantener relaciones personalizadas con individuos que no forman parte del núcleo íntimo. El tamaño de los grupos neandertales apenas superaba los límites de la intimidad. El de los sapiens sí lo hacía. Por eso, para mantener la cohesión de grupos compuestos por individuos ajenos al núcleo personal, el lenguaje y la sociabilidad cortés asociada primordialmente con él, resultan imprescindibles.

Por otra parte, y al contrario que los neandertales, cuya supervivencia dependía casi en exclusiva de la actividad conjunta, coordinada y leal de todos sus miembros, los cromañones desarrollaban una mayor actividad individual, dado que no es necesario un grupo numeroso para cazar animales pequeños, pescar o recolectar alimentos vegetales o moluscos. Podían y debían, por tanto, permitirse el lujo de ir cada uno por su lado a fin de explorar el territorio en busca de una mayor

diversidad de recursos, lo que les confería un carácter más individualista que los neandertales.

En términos generales somos menos sociables en el sentido de afecto físico, solidaridad y lealtad que los neandertales, más cosmopolitas y corteses y, también, más egoístas e hipócritas. Nuestro complejo lenguaje, que se ha convertido en elemento central de la sociedad sapiens, nos relaciona sin necesidad de existir una relación íntima, afectiva, táctil. Podemos establecer relaciones personalizadas, aunque no necesariamente personales, gran rapidez y con muchas personas, lo que facilita la existencia de grupos numerosos y el contacto entre diferentes sociedades. Una sociabilidad ampliada en la que se mantiene a salvo la individualidad, pero a costa de aislarnos dentro de clichés elementales y rápidos de nosotros mismos que ofrecemos a los demás como identidad y, finalmente, como "persona". Lo que hace que en numerosas ocasiones nos sintamos solos a pesar de estar rodeados y relacionados con muchas personas.

La primera oleada de cromañones que entró en Europa procedente de Asia Central se produjo alrededor de hace 45.000 años en un momento en que el clima era extraordinariamente frío y seco, predominando los parajes de tundra habitada por una fauna compuesta principalmente por mamuts y rinocerontes lanudos. Eran individuos con una fuerte hibridación neandertal. Pero ese mosaicismo por sí solo no era suficiente para subsistir en parajes abiertos y helados si no se completaba con una hibridación psicosocial. Podían perseguir a las grandes presas en espacios abiertos mejor que los neandertales y eran más fuertes que el resto de sapiens. Pero en un medio tan hostil como los espacios desnudos y helados de la Europa glacial, hacía falta algo más que ese compromiso entre fuerza física y capacidad de marcha.

En espacios abiertos, un depredador rápido puede cazar a sus presas a condición de correr más que ellas, como el guepardo. A cambio, esas presas no pueden ser muy grandes porque no tendría fuerza suficiente para darles muerte. Los leones viven en el mismo entorno abierto y desnudo que los guepardos. Pero

pueden matar animales mucho más grandes que ellos. ¿Por qué? Pues porque quien realmente caza es un depredador plurianimal llamado “manada”, que aúna la ligereza y capacidad de marcha de sus individuos y la fuerza del conjunto de todos ellos. Tal es la eficacia de ese compromiso que los licaones son los mejores cazadores del mundo, con una tasa de éxito superior al 80 por ciento. Algo sencillamente asombroso. Los neandertales eran fuertes y no especialmente dotados para recorrer grandes distancias persiguiendo a sus presas, aunque tenían, como los leones, una velocidad punta suficiente como para darles alcance en espacios cerrados y donde pudieran emboscarlos. Los cromañones fueron un paso más allá, logrando un compromiso mucho más difícil. Eran capaces de cazar grandes presas en terreno abierto y desnudo.

El coste metabólico de un cromaño adulto era inferior al de un neandertal. Necesitaban comer menos, por lo que, a igualdad de recursos alimenticios, los cromañones podían mantener a un grupo más numeroso. Pero no sólo disfrutaban de las ventajas propias de los licaones o los lobos frente a los “leones”

neandertales, sino que eran capaces de explorar y explotar una gama superior de alimentos. Y algo aún más importante. Cuanto mayor es una población más difícil es que se extinga. La mala suerte y la baja diversidad genética tienen una incidencia menor en los grupos numerosos, especialmente si no viven aislados de otros grupos.

Los grandes periodos de enfriamiento ocasionaban cuellos de botella demográficos en los neandertales que los cromañones aprovecharon para ocupar las zonas que habían sido abandonadas por sus competidores. Y en este sentido, la explosión volcánica de los Campos Flegreos en el centro de la península Itálica hace aproximadamente 39.000 años, vino a complicar aún más las cosas justo en el momento en que se producía un cuello de botella neandertal agravado por la invasión de los *Homo sapiens*. La sombra de impacto ecológica de dicha explosión volcánica cubría una extensa área situada en el sudeste europeo, la zona por donde penetraron los *sapiens* procedentes del medio oriente, anatómica y fisiológicamente

mejor adaptados a climas no tan extremos como los de quienes lo hicieron por del centro y norte del continente.

La rápida expansión cromañona por esa zona sin duda se vio favorecida por la baja presencia de neandertales, diezmados por los efectos de la explosión flegrea. Un evento catastrófico que funcionó como equivalente de las llanuras heladas de las que huían los neandertales en los momentos más crudos de la glaciación. Por lo que la penetración sapiens en las tierras asoladas del sureste europeo se encontró con un escenario parecido en la práctica al que se encontraron algunos milenios antes los pobladores cromañones de las llanuras del centro y norte de Eurasia.

Los cromañones gozaban de un grupo más numeroso pero con las mismas necesidades calóricas, compuesto por individuos mejor adaptados a la marcha en espacios abiertos y desnudos que sumaban fuerza suficiente para abatir grandes presas, menos vulnerable a eventos críticos, con mayor diversidad genética y, además, mayor diversidad técnica.

En un grupo numeroso hay más mentes pensando. Y eso, cuando se trata de inventar y mantener un tecnosistema complejo, resulta decisivo. Si se fomenta la individualidad, la libertad de pensamiento, la disidencia, la iniciativa propia y la autosuficiencia, el potencial creativo y simulador se multiplica a condición de que todo el torrente individual no se disperse y disgregue sino que se sume, generando el mínimo de conflictos internos. La alta individualidad cromañona, por tanto, debía armonizarse mediante una alta lealtad grupal que hiciera compatible la libertad individual y la cohesión grupal. Para lograrlo, la sociabilidad cromañona debió conjugarse con los rasgos presentes en la sociabilidad neandertal de manera que estos no limitaran la iniciativa y la creatividad individual generando fuertes dependencias emocionales. Y es en ese mosaicismo psicosocial, más que en la hibridación genética, donde reside la peculiaridad cromañona frente al resto de *Homo sapiens*.

La exposición a un ecosistema donde la supervivencia dependía de forma casi exclusiva de la caza mayor, necesariamente

obligaba a un mosaicismo psicológico y social a mitad de camino entre los homo sapiens clásicos y los neandertales. La lealtad, la camaradería, el apego físico pasó a formar parte de la personalidad cromañona en mayor proporción de lo que les era propio. Pero, al mismo tiempo, se incrementó la individualidad en todos los aspectos.

### **Libertad individual y lealtad al grupo. Un binomio mágico: disidencia-lealtad.**

Los individualidad era para los cromañones, si cabe, más importante que para cualquier otro grupo sapiens, porque solo implementándola al máximo sin que se rompiera el grupo sería posible adaptarse virtualmente en la Europa glacial. Y uno de los aspectos más característicos derivados de este binomio entre libertad individual y cohesión social es el extraordinario papel que jugó el **componente simbólico**.

La tecnología instrumental con la que los cromañones penetraron en Europa no tiene ninguna peculiaridad especial ni supone un avance sustancial con relación a la que presentaba el

resto de homo sapiens. En concreto, la industria lítica, que constituye el grueso de las evidencias que han sobrevivido hasta nuestros días, no resulta un elemento decisivo en la adaptación cromañona a su entorno, aunque es posible que otro tipo de tecnología instrumental perecedera (madera, hueso o piel) se hubiera desarrollado con mayor intensidad que en otros ecosistemas más benignos. Sin embargo, la tecnología cultural, los instrumentos simbólicos, lo que entendemos por "pensamiento", siendo en apariencia algo mucho más etéreo y sensible al paso del tiempo, fue determinante para el éxito de los sapiens europeos.

## **El sentido del deber**

Dentro de la tecnología comportamental, cognitiva y emocional desarrollada por los cromañones, y cuyos restos vivos podemos encontrar hoy en sus descendientes europeos y culturas europeizadas, se encuentran rasgos psicosociales que constituyen un remedo virtual de la lealtad neandertal de los individuos hacia el grupo o, mejor dicho, hacia el resto de los individuos de su grupo.

La cohesión en los grupos de homo sapiens se construye con fuertes componentes simbólicos que no están asociados a personas concretas sino a la "identidad personalizada" del grupo como si se tratara de un individuo colectivo. El grupo es un bien a proteger en tanto todos los intereses de sus miembros se encuentran asociados a él. La identidad grupal, especialmente relacionada con los símbolos, es el componente dominante de la identidad de los grupos sapiens. El problema es que este tipo de identidad conlleva un alto grado de

colectivización, haciendo que los intereses individuales se supediten en buena medida a los colectivos. De hecho, la identidad de los grupos sapiens se construye en base a lo que no es interés personal, sino colectivo. En base a concesiones en la libertad individual.

La cohesión social cromañona se basa en la lealtad neandertal virtualizada y, por tanto, en unos fuertes componentes personales y afectivos de los individuos, con los que se construye una red virtual, a la que podríamos denominar “sentido del deber”, con la cual se evita la dependencia emocional propia de los neandertales y, también, el sentido de obediencia propio de los grupos sapiens. De esta manera, la cohesión social neandertal depurada como lealtad cromañona, permite compatibilizar los intereses individuales y los grupales, **pero sólo en la medida en que ese grupo sea la mejor garantía posible para la mayor libertad personal.**

**El binomio disidencia-lealtad cromañona implica el mejor compromiso entre intereses individuales y**

**colectivos tanto desde el punto de vista de la libertad y seguridad individual como el de la eficacia grupal.**

Mientras que el sentido del deber sapiens es directamente proporcional a la renuncia de los propios intereses a favor de los del grupo y el sentido del deber neandertal no existe porque lo que hay es un deber puramente emocional y afectivo de persona a persona, el sentido del deber cromañón es directamente proporcional a la capacidad del grupo para garantizar la máxima seguridad y libertad individual, es decir, el máximo cumplimiento de los intereses y deseos personales.

En ningún lugar vas a estar más seguro y libre que siendo miembro de este grupo. Así que, defendiéndolo te defiendes directamente a ti mismo porque, si desaparece, serás menos libre y menos feliz. Por tanto, sólo si este grupo deja de ser la mejor opción para garantizar tus intereses, dejarás de deberle leal.

Lo colectivo, lo común, lo no personal, conforma el eje de la cohesión social de la mayoría de los grupos sapiens,

especialmente de los neolíticos civilizados. Sobre esa cohesión se construyen sus símbolos identitarios. Los intereses personales no están directamente vinculados al grupo. Sin embargo, entre los cromañones, son esos intereses personales los que constituyen la cohesión social en la medida en que vienen incorporados como parte esencial de la identidad grupal. El grupo cromañón es “nosotros”. Y sobre esa comunidad de individualidades se construye la identidad, mientras que en el resto de los sapiens de grupos numerosos la identidad reside en el terreno de nadie que constituye el interés común, del que normalmente se apropián los miembros más poderosos.

El espacio interindividual conforma la identidad sapiens. La suma de las individualidades intactas, la cromañona. Si queremos entender esta aparentemente sutil diferencia entre la cohesión social de los cromañones y otros grupos humanos basta con un ejemplo relativamente reciente. El enfrentamiento entre griegos y persas en el que los primeros “iban” a la guerra, mientras los segundos “eran llevados” a la guerra. Una diferencia que en absoluto es anecdótica si tenemos en cuenta

que los griegos, mucho menos numerosos que los persas, obtuvieron la victoria. Sobre la máxima libertad individual se construye la máxima cohesión social medida en términos de eficacia grupal.

## **La disidencia-lealtad**

El sentido del deber como pegamento fundamental de los grupos cromañones opuesto a la "obediencia debida" es lo que permite otro de los rasgos decisivos para la supervivencia de los sapiens en la Europa glacial: La disidencia. Un grupo donde la jerarquía adquiere un valor secundario, cohesionado en base a las relaciones afectivas sublimadas (virtualizadas) en forma de sentido del deber, permite un compromiso óptimo entre cohesión grupal y libertad individual.

**El cromañón se debe obediencia a sí mismo. Y esta obediencia se convierte en lealtad sólo cuando está en juego la existencia, el bienestar y la seguridad del grupo. Pero solo cuando ese grupo es la mejor garantía para su máxima libertad.**

El grupo cromañón no está conformado alrededor de una mente colectiva que ordena las voluntades individuales, sino de un **conjunto de voluntades libres que se armonizan en**

**torno a una idea de lealtad voluntaria.** Y esta armonización, donde se preserva al máximo la iniciativa personal, es la clave de supervivencia de los cromañones allí donde los neandertales, mejor adaptados, no lograron hacerlo. Porque el elevado grado de libertad de los cromañones no sólo les permitía una gran autonomía para actuar por su cuenta y en solitario a la hora de buscar el sustento, sino también **para cuestionar las tradiciones, es decir, para innovar.**

**Se espera de un cromañón que sea leal con los suyos, que sea capaz de valerse por sí mismo y, además, que disienta de forma productiva.**

El primer deber de un cromañón es no ser una carga para los demás. La lealtad, antes que ayudar, implica no tener que ser ayudado. La personalidad psicosocial cromañona presenta contrastes extremos que conjugan un sentido de pertenencia al grupo construido por los correlatos virtuales de la afectividad personal y, al mismo tiempo, un feroz y orgulloso sentido de la libertad y la autosuficiencia individual.

Esta convivencia de extremos podemos verla en una sociedad actual, la finlandesa, donde la lealtad cromañona plasmada en un estado del bienestar profundamente solidario no impide la exigencia social para que los individuos sean autónomos y no supongan una carga para los demás. Finlandia sufre unas elevadas tasas de suicidio asociadas a situaciones en las que los individuos no son capaces de valerse por sí mismos. Los jóvenes, tanto varones como mujeres, que no son capaces de ganarse la vida por sí mismos, tienen unas altas tasas de suicidio, especialmente en los momentos de bonanza en los que no encuentran justificación para fracasar laboralmente. El pärjäämisen eetos, la capacidad para resolver los problemas por uno mismo sin molestar a los demás, es una reminiscencia del carácter europeo ancestral que se manifiesta de forma especialmente intensa en la sociedad finlandesa, pero que también está presente en el resto de sociedades europeas y europeizadas.

¿Cuál es la utilidad de este rasgo extremo?

La época glacial estuvo caracterizada por una variabilidad climática mayor de lo suponíamos. Periodos de relativa bonanza eran abruptamente sucedidos por otros de gran crudeza en los que el clima se tornaba más frío y seco y los recursos alimenticios eran más escasos y difíciles de conseguir. En esos períodos extremos, los neandertales sufrían una fuerte disminución de la población debido a su gran dependencia de la caza y a un tecnosistema muy especializado en los grandes herbívoros. Al igual que los leones, su población crecía o disminuía al unísono con el de sus presas. Y en momentos fríos y secos, donde estas grandes presas escaseaban o se encontraban lejos del alcance de la anatomía y tecnología neandertal, sufrían cuellos de botella poblacionales que dejaban atrás en cuanto las condiciones climáticas volvían a suavizarse.

¿Por qué los cromañones tenían ventaja en estos momentos de recrudecimiento climático?

En las zonas de tundra, con grandes espacios abiertos, su mejor adaptación a la marcha, menores necesidades energéticas individuales y un mayor número de cazadores se veía

complementado por una alta y eficiente colaboración. Pero también en las zonas más benignas, donde los neandertales se refugiaban en los periodos más crudos de la glaciación, los cromañones tenían ventaja al no verse obligados a reducir la densidad de población y el tamaño de sus grupos en la misma proporción que los neandertales gracias, en este caso, a la individualidad de sus miembros, puesto que, en estos escenarios de orografía más accidentada, con clima más benigno y gran diversidad de fauna y flora, los cromañones eran capaces de acceder a una mayor variedad de recursos alimenticios gracias a una tecnología instrumental más ligera y eficaz para la caza de presas menos pesadas y acorazadas y, además, lograban llevar a cabo partidas de caza de tan solo uno o dos miembros con las que lograban diseminarse por un área mayor para explorar y explotar una amplia gama de complementos alimenticios vegetales y animales. Especialmente si las mujeres y los jóvenes se incorporaban a esta exploración intensiva de recolección y caza menor.

La autosuficiencia y la iniciativa personal eran imprescindibles tanto para los hombres como para las mujeres cromañones. Pero había una característica decisiva a la hora de explotar un ecosistema con la máxima intensidad y extensión: la disidencia.

La experiencia acumulada por el grupo y trasmitida de generación en generación no debía convertirse en un freno para la “investigación personal” que impidiera nuevas perspectivas con las que ver el mundo y descubrir, por ejemplo, nuevas fuentes de alimentación junto con las tecnologías adecuadas para acceder a ellas, porque, de este modo, incluso en el peor escenario posible, allí donde un grupo de cazadores neandertales deambulando juntos apenas encontraría recursos alimenticios capaces de sostenerlos, los cromañones, diseminados por el territorio y acostumbrados a pensar por su cuenta, a ponerlo todo en cuestión y a usar la creatividad, lograrían “ver” recursos alimenticios que pasaban completamente desapercibidos para los neandertales... y para la sabiduría tradicional sapiens oficialmente establecida.

Los cromañones tuvieron más éxito no por disponer de una mayor inteligencia, sino por multiplicar la inteligencia grupal diseminada en cerebros individuales que carecían de restricciones mentales y podían enfocar el mundo de forma heterodoxa. Una combinación perfecta entre lealtad sin dependencia emocional, lo que les permitía funcionar autónomamente, y disidencia, que les permitía adaptar la tecnología comportamental e instrumental a la situación. Inteligencia situacional y multiperspectiva. Los cromañones, sencillamente, descubrían nuevos mundos sin salir de su mundo. Y en eso exactamente consistiría, miles de años después, la revolución cultural y tecnológica que surgió en la Europa del Renacimiento.

## El arte

La disidencia, la creatividad, la capacidad para enfocar el mundo desde distintas perspectivas y encontrar “nuevas cosas” que siempre habían estado ahí. La potencia de la libertad individual se muestra en el sorprendente éxito de los cromañones sobre los mejor adaptados neandertales. Pero no debemos olvidar que en este éxito hay un decisivo componente de hibridación física y, también, un fuerte mosaicismo cultural. Los cromañones potencian su libre iniciativa gracias a incorporar una potente lealtad personal con el grupo despojada de la dependencia emocionalidad que merma la autosuficiencia. Una disidencia que les permitía descubrir recursos que para la eficaz tradición depredadora neandertal pasaban desapercibidos, y crear nuevos instrumentos y procedimiento que hicieran accesibles esos recursos atípicos.

Una ligera ventaja es suficiente para decidir quién gana y quién pierde. Un poco más de suerte acumulada a lo largo del tiempo

decanta la balanza a un lado o al otro. La mayoría de las veces, tanto en la historia de la evolución humana como en las biografías personales, el triunfo o el fracaso no se dirimen en una ocasión trágica y solemne, ni gracias a la ventaja inicial de ser más fuerte, más inteligente, más rico...

**Un poco más de suerte en el promedio de los intentos.  
Eso es suficiente. Acumular pequeñas porciones de éxito.**

Las primeras conchas perforadas y teñidas con pigmentos rojos y amarillos encontradas en la Cueva de los Aviones (Cartagena) son de origen neandertal y datan de hace unos 115.000 años. Pero hace unos 500.000 años el Homo erectus ya tallaba conchas de moluscos en Java. El arte y, con él, el pensamiento simbólico como expresión de la pura virtualidad, comenzó con el primer humano netamente cazador.

El arte forma parte inherente del complejo salto evolutivo virtual que supone el tecnosistema cazador-recolector. Un tecnosistema que debe incorporar elementos propios de la “mentalidad depredadora” para construir con ellos el

pensamiento simbólico. Porque los depredadores deben planificar, imaginar los sucesos, las reacciones de las presas, sus movimientos sobre el terreno ... deben soñar despiertos. **Y en eso, en soñar despiertos, consiste básicamente lo que llamamos pensamiento.**

El arte es consustancial a la mente paleolítica al menos desde hace unos 500.000 años. Pero podemos sospechar que un animal como los humanos, caracterizado por la virtualización, por la simulación, debió desde su inicio, mucho antes del Homo erectus, reorganizar determinadas funciones mentales para utilizarlas en un contexto diferente, simulando lo que ocurre en el encéfalo de un carroñero/depredador.

Pensábamos que el arte rupestre fue un invento de los sapiens. Pero los últimos datos que nos llegan indican que los primeros artistas europeos fueron neandertales. Las dataciones de las pinturas de cuevas españolas de Cantabria, Málaga y Cáceres arrojan una antigüedad de 65.000 años. Y esto, sencillamente, quiere decir que los autores de figuras de manos humanas y formas geométricas fueron neandertales.

Hace unos 44.000 años, los Homo sapiens dibujaron en una cueva de las islas Célebes lo que parece ser una escena de caza con pinturas figurativas en las que aparecen animales y hombres. Es un hallazgo extraordinariamente importante por tres motivos. Primero, porque sitúa el inicio del arte rupestre figurativo antes de lo que hasta ahora se conocía. Segundo, porque este arte se encuentra fuera de Europa. Y tercero, porque, si las figuras humanas son contemporáneas de las de animales, queda claro que se está representando una secuencia, un suceso, una historia de caza.

Los neandertales tienen una menor producción simbólica y también una peor disposición anatómica para el lenguaje complejo y profuso, así como una sociabilidad más íntima, familiar y, por tanto, menos abierta a los extraños, a los cambios y las innovaciones. Sentían un mayor apego a la tradición y lo conocido determinado por el tremendo éxito de su tecnosistema. Estaban muy bien tal y como eran: superdepredadores altamente especializados. Y, cuando algo funciona, no lo cambies. Los cambios en la cúspide siempre son

para bajar. Allí arriba hay que ser conservadores y en eso, exactamente, consiste una de las principales características de la personalidad psicosocial de los neandertales: **el realismo simplista.**

**Todo fue bien hasta que llegaron los sapiens y, de repente, la sencillez ventajosa se convirtió en la desventaja del simplismo.**

La potencia de su tecnosistema, de su visión del mundo y su construcción de la realidad, llevó a los neandertales a un inmovilismo eficacísimo. La realidad, lo tangible, apenas venía cuestionado porque, incluso las producciones simbólicas y etéreas, como las leyendas, los mitos o el arte, formaban parte de lo contrastado en la práctica como realidad evidente. Lo etéreo sólo era admisible en la medida en que estaba perfectamente contrastado con la realidad, con los sucesos, con el éxito o el fracaso. El arte, la magia, las fabulaciones, eran admisibles como parte de la “sensatez realista” sólo en la medida en que fueran útiles desde el punto de vista práctico si de verdad ayudaban a conseguir más comida, más seguridad,

más calor. Y todo ello formando parte de la misma monotonía de los acontecimientos, de las estaciones, del modo de hacer las cosas perfectamente contrastado y pulido a lo largo de decenas de miles de años.

**El problema de este realismo simplista es que solo se sustenta en una evidencia directa e inmediata de la relación lineal causa-efecto a la hora de evaluar la eficacia.**

El realismo neandertal es simplista en la medida en que cierra la realidad e impide ir más allá de la evidencia inmediata, incluso en lo intangible. Es limitante y conservador, como lo es su intensa sociabilidad familiar. Rito, ritual, método y procedimiento son lo mismo para el realismo simplista. Todo lo que sucede pertenece a un único rango de realidad no importa su apariencia.

Instalados en la cúspide del ecosistema, en el pináculo del poder y el triunfo, las cosas dejan de ser "equivalentes" y pasan a "ser". Esa es la esencia del simplismo neandertal en el que la

máxima abstracción que podemos intuir en sus dibujos parece reflejar esa esencia última del ser que aletea en todas las cosas.

Algo "es", tiene entidad, cuando es igual, cuando tiene una relación directa e inmediata con otra cosa. Así es como las "cosas" se convierten en "entes".

El realismo sapiens, sin embargo, es pragmático pero no simplista porque no busca igualdades sino equivalencias. Descubren a través de la magia una realidad paralela que se relaciona con la realidad común de forma no siempre directa e inmediata.

**La magia es un factor de conversión de los espaciotiempos de las dos dimensiones de la realidad.**

Mediante el arte rupestre, los sapiens puede conectar esas dos dimensiones de la misma manera que el ordenador y sus teclas conectan la realidad informática, virtual, con la realidad tangible de los sucesos, lo que supone un salto en la utilización de la capacidad simbólica, abstracta y fabulativa que conduce a una nueva visión del mundo en la que la sencillez no deviene en

simplismo sino en “evocación holística” mediante la que contemplar directamente el nexo entre tecno y ecosistema, entre simulación y realidad.

La magia paleolítica se diferencia de la neolítica en que esa “otra realidad” no pertenece al ámbito sobrenatural, sino que concurre en el mismo mundo natural en el que suceden las cosas “evidentes”. La magia cromañona, como la del resto de paleolíticos, está más cerca de la Ciencia que de la religión. No deviene, como sucede con los neolíticos, en “creencias” mediante las que comprender y aceptar la relación entre el orden sobrenatural y los acontecimientos mundanos. No trata el cromañón con espíritus ni, mucho menos, con divinidades. No son potencias o instancias extramundanas accesibles sólo desde la fe, sino fuerzas plenamente naturales, aunque oscuras en el sentido de que no se manifiestan ni se puede acceder a ellas de forma lineal, dado que se encuentran en una parte del mundo donde el tiempo y las apariencias causales son distintos. No están en el más allá y, por tanto, pueden ser magia entendida como alta y sutil tecnología, pero no religión.

Un biólogo “neandertal” considerará la virtualidad desde el prisma del realismo simplista como algo que forma parte de lo biológico y cae dentro del dominio de la evolución darwiniana sin que de ninguna manera nos permita escapar a la selección natural. Un biólogo neolítico entenderá esa virtualidad como algo sobrenatural y, por tanto, irreal en todos los sentidos porque participa del planteamiento de dos mundos paralelos que no comparten una misma “naturaleza” sino que las cosas inventadas, las simulaciones, no tienen otra relación con el mundo en que vivimos que no sea la autosugestión, el efecto placebo, la alucinación. Un biólogo paleolítico considerará la virtualidad como realidad paralela de un mismo mundo.

Los neolíticos dicen: nosotros no controlamos la relación entre el mundo natural y el sobrenatural porque no hay una misma realidad que los relacione o, si la hay, no podemos tener acceso a ella. Por eso entienden la creencia paleolítica de que lo simbólico, lo virtual, lo simulado, lo inventado, tiene un efecto sobre el mundo, sobre los sucesos, como una superstición. Que llevemos a cabo con éxito una cacería imaginaria inspirándonos

en las imágenes realistas dibujadas en la pared de una cueva no conlleva para los neolíticos que la cacería real sea exitosa, porque no controlamos el nexo entre los dos mundos: el natural y el sobrenatural.

Desde el punto de vista del realismo simplista, la cacería simulada, imaginada, tampoco tiene relación directa con la cacería real sino que el arte, los rituales, la magia son beneficiosos para cazar en la medida en que incrementan la seguridad en uno mismo, la cohesión social, la autosugestión, el efecto placebo... Pero cuidado, porque todo eso de cohesión social, autosugestión y efecto placebo son también constructos teóricos, invenciones, simulaciones. El pensamiento es una realidad paralela, virtual. Todo el pensamiento.

Y desde el punto de vista del realismo mágico, existen dos realidades, dimensiones o ejes de coordenadas de un mismo mundo, que se relacionan no por la analogía y la repetición sino por la equivalencia.

Toda la magia basada en la analogía forma parte de la concepción protoreligiosa que lleva a la concepción neolítica de lo sobrenatural. Una concepción contra la que reacciona la Ciencia cayendo en el realismo simplista neandertal para, finalmente, construir otra religión en la que las teorías, los constructos, la leyes controlan al mundo de la misma manera que lo sobrenatural y por la misma razón de autoridad, es decir, de fe. Una ciencia convertida en religión donde el rito como procedimiento mágico-tecnológico se convierte en ritual que, al llamarlo “método”, lo suponemos a salvo de la religiosidad.

Por eso la ciencia del realismo simplista neandertal no se enfrenta a la concepción religiosa neolítica sino al realismo mágico cromañón. Para huir de la sacralización neolítica se transforma en realismo simplista, pensando que la teoría y la realidad son la misma cosa. Por tanto, sólo hay que “descubrir” qué teoría se corresponde naturalmente con qué suceder. Mientras la ciencia del realismo mágico entiende que teoría y realidad son distintos ámbitos que se relacionan por

equivalencia y, por tanto, el objetivo consiste en “construir” teorías, virtualidades que nos permitan controlar los sucesos.

Llevado al extremo, el realismo simplista neandertal considera que sólo hay un mundo y una realidad y que todo lo extraño que detectamos pero no comprendemos tiene como causa nuestra ignorancia. Sin embargo, el pensamiento abstracto, la invención, la simulación o la equivalencia están ahí. Y para que algo sea equivalente a otra cosa no puede ser igual a esa cosa, porque, entonces, sería esa misma cosa.

Una hoguera no es el Sol, ni un sistema digestivo en el que procesar los alimentos, pero es equivalente a ambas cosas. Esa es la diferencia. La cuestión que debemos dirimir es si algo es equivalente a otra cosa, si la simulación nos da acceso a otra realidad de un mismo mundo natural porque tiene poder para hacerlo. Si una cacería imaginaria puede conseguir más suerte y no simplemente otras cosas igualmente imaginarias, abstractas y virtuales como la autoestima, la cohesión social...

El arte paleolítico sapiens está especialmente relacionado con la sensorialidad paranormal, que no sobrenatural, y con el control de los mecanismos ocultos que rigen los sucesos concretos. Forma parte de una suerte de magia sin ánimas y sin divinidades. La misma clase de "magia" que podemos encontrar en la ciencia teórica, donde también se presupone un nexo de unión entre los sucesos virtuales representados en el arte conceptual (las teorías, las ideas, las leyes físicas...) y los sucesos reales. Nadie en nuestro racional e ilustrado mundo piensa que no existe relación entre el arte conceptual de la Ciencia y los sucesos del mundo real. Y que esa relación, puesto que se da en el mismo mundo, puede ser conocida y controlada.

Nosotros, como los cromañones, no perdemos el tiempo en ciencia o tecnología si no es con un objetivo práctico basado en el convencimiento de que con esos juegos teóricos podemos controlar al mundo, a los sucesos, sin necesidad de mediadores espirituales o divinos. Exactamente igual que pensaban ellos cuando hacían magia inspirándose en los dibujos de las cavernas.

Pero, si conviertes esa parte del mundo en sobrenatural, escapa a tu control y te transformas en un sujeto pasivo, como los herbívoros. Ese es, como veremos, el objetivo del tecnosistema neolítico: crear indefensión, establecer verdades e igualdades por el principio de autoridad. Por eso el arte neolítico pasa a ser fundamentalmente estético, decorativo, propagandístico. Despojado de su magia, deja de ser tecnología. Alta tecnología que llamamos "Magia" como sinónimo de "Ciencia".

El sentido exacto del arte y la magia asociada a él solo es posible entenderlo de forma fidedigna con la perspectiva de nuestro tiempo. Una pantalla (la pared de piedra) unas imágenes (las pinturas) una programación (la imaginación)... Funciona porque la naturaleza del mundo virtual, simbólico, teórico, está relacionada con la del mundo de los sucesos siguiendo el mismo principio del proceso de humanización: la simulación, la virtualidad.

¿Si la simulación, la imaginación, la fantasía no tienen incidencia en el mundo de los sucesos, cómo es que no nos hemos extinguido? Otra cosa es que haya simulaciones, imágenes y

fantasías con más o menos **poder virtual** para conocer y conformar la realidad. O **conocer conformando la realidad**.

El arte cromañón es una representación virtual del mundo que expresa nuestra profunda esencia humana y nos hace entrar en contacto directo con el propio origen de la simulación. Alberga una teoría plástica del suceder ceñida a términos completamente realistas, ausente de cualquier atisbo sobrenatural. Por eso lo teórico, lo virtual, lo inventado, lo pensado, sólo tiene sentido en la medida en que se acople o no a la realidad y sea contrastado con esta para verificar su “verdad” mediante la eficacia, el poder, de los procedimientos virtuales, mágicos, teóricos. Para el realismo mágico la contrastación de la “verdad” de una idea depende del criterio de éxito para lograr que en la “vida real” ocurra lo que deseamos, lo que “desea” esa idea. La realidad de una idea, de una fantasía, de una simulación reside en su poder de equivalencia.

**Para el realismo mágico algo es real si es equivalente.**

Sin embargo, para el realismo dualista neolítico algo es real si es igual, si “tiene entidad”. Si algo es igual, es verdadero. Pura tautología. La igualdad muestra el ser en el mundo natural mediante la experiencia de esa igualdad, y en el mundo sobrenatural mediante la fe. Pero cuidado: buena parte de la Ciencia descansa en la fe tras convertir la opinión en autoridad. De ahí el abismo entre arte y artesanía, ciencia y tecnología que encontramos en la ciencia neolitizada.

El arte cromañón debemos entenderlo como una alta tecnología que conlleva implícita una teoría sobre los sucesos del mundo, pero no sobre la totalidad del mundo, pues eso es una pérdida de tiempo como lo son los enfoques del espiritismo, el animismo o el divinismo. Una tecnología que busca el nexo sutil, oscuro y esquivo entre lo virtual y lo real, entre el tecnosistema y el ecosistema. Una tecnología no para conseguir energía, salud o alimento, sino para todo eso a la vez: conseguir suerte. Esa casualidad favorable que determina el éxito, el triunfo, la supervivencia... la verdad útil. Lo que permite escapar al ecosistema mediante un tecnosistema. O de cómo la simulación

domina a la realidad. Pero ningún caso es el "hallazgo de la Verdad".

El arte pictórico realista va cediendo paso a los trazos esquemáticos cuando entramos en el fin de la glaciación. Lo que indica que la magia que ese arte inspiraba, creando acontecimientos mentales conectados con el mundo "real" mediante la misma naturaleza que une al tecnosistema con el ecosistema, era más potente y, por tanto, necesitaba menos sugestión visual. Porque la esencia de la virtualidad, como ya hemos visto, no consiste en la similitud sino en la equivalencia. Un arte abstracto del mismo tipo y con el mismo poder que los símbolos matemáticos y las fórmulas que describen la equivalencia de ellas mismas con los sucesos.

**El arte rupestre esquemático es un precedente directo de las matemáticas aplicadas a la descripción y el control de los sucesos.**

Poco después, cuando Europa fue invadida por el tecnosistema neolítico, la concepción de dos mundos paralelos, el natural y el

sobrenatural, casi apagó por completo el fuego de la cosmovisión cromañona, cuyos rescoldos lograron pervivir hasta que prendieron la hoguera de la ciencia del realismo mágico. Esa ciencia que se sustenta en la suposición, la disidencia y la autorefutación.

Ciencia y tecnología son lo mismo cuando el método coincide con el procedimiento. Todo lo demás es religión.

La concepción religiosa hizo que se perdiera el sentido original del arte europeo. Pero el arte siguió siendo un aspecto esencial y profuso, porque nunca hemos dejado de buscar esa piedra filosofal que está en el origen de la humanidad. Ahora, mediante el arte conceptual, predominantemente verbal, predominantemente informático: **El nexo virtual**.

Quizá ese nexo surgió al unísono de la humanidad. Quizá los australopitecos, además de sus simulaciones, crearon una realidad paralela. O quizás, gracias a que esa realidad paralela ya existía, pudieron y podemos escapar hasta ella para sobrevivir completamente inadaptados al entorno biológico y físico.



## El lobo

Los humanos que se adentraron en las llanuras heladas de Eurasia tuvieron que imitar a los lobos. La manada sapiens fue capaz de ocupar aquellas gélidas extensiones y cazar a las formidables bestias que las habitaban gracias a convertirse en licántropos... y a que los lobos se humanizaron. Ambas especies confluyeron en una asociación sin parangón cuya iniciativa sorprendentemente no provino de los humanos, sino de los propios lobos.

El lobo nunca fue domesticado por el hombre. Los lobos se humanizaron. Y, luego, ya como perros, es decir, como lobos humanizados, los hombres los domesticaron exactamente igual que hicieron con otros hombres.

No es ninguna sorpresa que el relato de los Homo sapiens que colonizaron el centro de Asia y Europa se encuentre íntimamente asociado primero al lobo y, luego, al perro. De hecho, la afinidad entre el lobo o el perro y los hombres ha sido

tan fuerte que aún persiste entre los descendientes de los europeos ancestrales.

El lobo humanizado era el mejor amigo del hombre y, sólo cuando las condiciones glaciares desaparecieron y los perros ocuparon su lugar, el lobo pasó a ser el enemigo del hombre. Pero aún así, los sentimientos que los descendientes de aquellos colonizadores asiáticos y europeos dispensamos al perro, el heredero de aquél lobo “bueno” del Paleolítico, no tienen parangón con ningún otro animal. Sin embargo, hay algo extraño en todo esto. Si tan importantes eran los perros para los cromañones, ¿por qué no aparecen reflejados en sus pinturas? La respuesta es tan obvia como reveladora: por el mismo motivo que no aparecen humanos en las pinturas cromañas.

### **Los lobos-perros son humanos de cuatro patas.**

Pocas veces encontraremos una evidencia antropológica inmaterial tan clara como la que nos ha dejado la especialísima y familiar relación de los descendientes de los cromañones con

los descendientes de los lobos humanizados. Una relación que no fue inicialmente la causa de la lupinización del hombre ni de la hominización del lobo, pero que impulsó ambos procesos.

Está claro que el modo de actuar y, consecuentemente, el de pensar de los cromañones tuvo que asemejarse al de los lobos para poder sobrevivir en los espacios abiertos durante los episodios más duros de la glaciación. Los humanos somos, como los lobos, grandes corredores de fondo, lo que nos faculta para una estrategia de caza parecida a la de ellos y, de alguna manera, nos lleva a construir una estructura social y hasta una cosmovisión parecida. ¿Pero cuáles fueron los factores que incentivarón y permitieron la humanización de los lobos y su posterior evolución biológica hasta los perros? La situación más probable para entender esa relación “amistosa” entre los hombres y los lobos que derivó en la intensa relación familiar con sus descendientes, los perros, no se produjo por iniciativa humana.

El escenario más plausible para esta relación debemos buscarlo entre los lobos que fueron capaces de acercarse hasta los

asentamientos humanos para aprovechar sus desechos de comida. Unos lobos que debían poseer una característica que nos resultará familiar: No eran los individuos más fuertes de la manada ni ninguno de los miembros de una manada poderosa, sino todo lo contrario. Eran, los individuos expulsados de sus manadas o miembros de las manadas más débiles. En cualquier caso, perdedores sometidos a una situación muy parecida a la de nuestros antepasados australopitecos. Lobos inadaptados, con un comportamiento predominantemente carroñero y que, dadas las características del depredador de cuyos despojos se alimentaban, los hombres, debían perfeccionar un comportamiento que, por muy sorprendente que nos resulte, sólo podemos calificar como simulado. Porque para poder aprovechar al máximo el recurso alimentario de los desechos humanos, tenían que mantenerse lo más cerca posible de estos sin ser agredidos. Y eso sólo se consigue potenciando los rasgos de comportamiento menos inquietantes para nosotros, aquellos que favorecieran que los humanos los tolerasen y, más tarde, los integraran en su grupo.

Los lobos con menos miedo hacia los humanos y que, además, potenciaran aquellos rasgos de su comportamiento que favorecían una mayor tolerancia por parte de aquellos, contaría con una gran probabilidad de sobrevivir a pesar de ser los menos aptos para hacerlo. ¿Nos recuerda esto algo? Un proceso análogo al de los australopitecos que utilizaron rasgos de su comportamiento natural para engañar al ecosistema creando simulaciones. Y eso exactamente es lo que hicieron los lobos: adaptarse virtualmente. ¿Pero qué hicieron en concreto? ¿Cuáles fueron los rasgos que utilizaron para crear simulaciones “humanas”?

Algunos de esos rasgos no dependen de la voluntad de los lobos. Por ejemplo, el aspecto físico infantil y, por tanto, más inofensivo, que ha guiado el grueso de su evolución anatómica hasta la apariencia de cachorro de lobo que tienen los perros. O los elementos anatómicos relacionados con la fuerza y profundidad de la mordida, dientes, mandíbula, musculatura y anclajes craneales de la misma. La mandíbula y la dentadura del perro, más pequeñas que las de los lobos, son primordialmente

consecuencia de una menor necesidad de cazar, primeramente porque consumen carroña, en especial despojos como piel, intestinos y huesos finos difícilmente aprovechables por los humanos y, además, porque cuando acompañaban al hombre en las cacerías su trabajo quedaba reducido al que aún persiste en nuestros perros: rastreo de presas, persecución y acorralamiento, quedando relegada su participación en la muerte del animal a un papel secundario, dado que los humanos, con su armas, eran capaces de matar con menor riesgo y mayor eficacia a la presa una vez acorralada.

Con este tipo de rasgos anatomofuncionales ha sucedido con los lobos convertidos en perros algo parecido a la evolución biológica de los humanos, fuertemente condicionada por su evolución virtual. Existe una relación indirecta o, si se quiere, lamarckianodarwiniana (perdón por la palabreja) entre "humanización" del lobo y evolución anatómica, aunque no tanto fisiológica. Pero hay otro tipo de rasgos que estaban más al alcance de su voluntad: el comportamiento.

Los lobos que comenzaron a vivir cerca de los campamentos cromañones debieron aceptar a los humanos como sus líderes. De otro modo, nunca hubieran podido integrarse en la manada humana, sino que habrían permaneciendo, en el mejor de los casos, como una especie simbiótica del mismo estilo que, por ejemplo, los gatos. Tanto es así que la aceptación e inclusión en la jerarquía humana sigue siendo un rasgo esencial de los perros.

Un perro que no acepte la jerarquía y se revuelva contra sus superiores humanos es tratado exactamente igual que lo serían aquellos lobos paleolíticos que no aceptasen la dominancia humana: expulsión o muerte. Todo encaja a la perfección si recordamos que los lobos que trataron de acercarse a los humanos para sobrevivir debieron ser manadas poco numerosas y débiles o individuos solitarios. Y que los que lograron una mayor integración fueron los que poseían un carácter más sumiso y confiable. Pero los lobos que iniciaron el sendero de la humanización hasta los perros actuales debieron potenciar otro

rasgo ya presente en su carácter y que nos resulta muy familiar:  
La lealtad.

Del mismo modo que no lo permitían en el caso de congéneres no leales y, por tanto, poco fiables, ningún humano permitiría que animales no fiables tuvieran a su alcance a niños o a otros miembros indefensos del grupo. Humanos y lobos desleales eran expulsados o exterminados. Pero la lealtad no sólo consiste en ser fiable, sino que, tanto en los grupos humanos como de lobos, la empatía y el afecto tienen una importancia decisiva.

Lobos, perros y humanos comparten la habilidad para reconocer el estado anímico de sus congéneres y adivinar sus intenciones. Pero, especialmente en el caso de los perros, esta empatía es interespecífica. Los perros reconocen el estado anímico de los humanos, lo cual favorece una comunicación afectiva entre ambas especies tan intensa como la que podemos observar en las sociedades modernas, donde el perro no es ya tan necesario para la defensa o la caza pero sí para la "simple" compañía. Hasta tal punto se ha cimentado una recíproca relación afectiva que la mirada entre perros y humanos incrementa mutuamente

los niveles de la llamada hormona del amor, la oxitocina, igual que cuando esa mirada se da entre humanos en un entorno emocional positivo, como es el caso de padres e hijos o parejas de enamorados. Algo que, sin embargo, no ocurre entre los lobos y sus cuidadores.

Otro rasgo que los lobos pusieron en juego para desarrollar el proceso de humanización que les ha llevado hasta la construcción del tecnosistema en el que viven como perros, es decir, lobos humanizados, es la comunicación. Los perros, al igual que los lobos, son capaces de entender la comunicación no verbal de una simple mirada. Algo perfecto para coordinarse durante la caza de forma rápida, silenciosa y sin errores. El mismo tipo de comunicación no verbal, predominantemente visual, de los neandertales. Pero los lobos, luego perros, también aprendieron a comunicarse con los humanos mediante la comunicación verbal. Los perros son capaces de discernir no sólo palabras sino frases con sentido sin necesidad de un contexto físico. No necesitan para comprender el lenguaje humano que venga adecuadamente acompañado con gestos o

entonaciones sino que entienden el lenguaje humano en sí mismo.

**Los perros son, a todos los efectos, una raza humana. O, si se quiere, la segunda especie del universo virtual: Canis simulator.**

La humanización de los lobos vino sostenida por una inteligencia muy desarrollada. Sin embargo, en el transcurso de la evolución del lobo hasta el perro se produjo una paradoja: El encéfalo de los lobos es mayor que el de los perros. Aunque no debería extrañarnos demasiado ya que se trata de un proceso similar al que hemos seguidos los humanos desde el inicio del Neolítico.

Los primeros perros sólo tenían que preocuparse de permanecer dentro del poderoso tecnosistema humano y tan sólo necesitaban un encéfalo capaz de mantener ese mínimo nivel de virtualización que les permitiera sobrevivir protegidos dentro de él. Un encéfalo especializado en conectarse con los humanos y poco más. Pero la inteligencia de los perros no sólo

ha disminuido de forma absoluta con relación a sus antepasados, sino que, y esto es lo determinante, tiene un modo de funcionamiento diseñado para mantener anclado su tecnosistema al nuestro.

La inteligencia de los perros está especializada en aprender pautas y seguirlas, en contraprestación a la inteligencia de los lobos, más abierta y enfocada a detectar cambios en el medio y adaptarse creativamente a ellos. Y esta peculiaridad de aprender pautas y seguirlas es lo que permitió más tarde la domesticación del perro que, como tal, nunca se produjo en el Paleolítico.

**El perro paleolítico convivía con el hombre no como un animal doméstico sino como una animal “familiar”.**

La forma de adquirir información y de utilizarla para adaptarse a los cambios del entorno es muy diferente en ambas especies. Los lobos tienen una mayor capacidad de aprender por imitación y observación, así como por descubrimientos espontáneos. Desarrollan estrategias y soluciones que requieren

de una cierta comprensión del problema y, en general, son más rápidos y adaptables a los cambios del entorno que los perros. Por otra parte, su condición netamente depredadora, además de otorgarles una mayor inteligencia, les hace ser mucho más persistentes que los perros. En suma, tienen una inteligencia menos rígida, más autónoma y, en cierto sentido, razonadora. Se trata de una inteligencia que podríamos caracterizar como "situacional", muy útil para valerse por sí mismos pero con el inconveniente de hacerlos menos adiestrables.

Los perros han adaptado su inteligencia a las necesidades del tecnosistema en el que viven y son, por tanto, más aptos para el adiestramiento, es decir, para acoplarse a las necesidades y gustos de los humanos, por lo que poseen una mayor predisposición para adquirir información mediante técnicas de aprendizaje operante y condicionamiento clásico. Aprenden pautas de comportamiento que ejecutan automáticamente sin prestar tanta atención al entorno o a las novedades, tal y como hacen los lobos. Su mente es más estereotipada y menos

perspicaz que la de los lobos, lo que implica una actitud mental que les hace ser muy fácilmente manipulables.

En términos absolutos, los chimpancés y los bonobos son más inteligentes que los perros y más semejantes biológicamente a nosotros, incluso desde el punto de vista del comportamiento preprogramado filogenéticamente. Sin embargo, a día de hoy, los perros están más humanizados. Tienen un encéfalo menor que el de los lobos... porque se aprovechan de las computadoras humanas, esos encéfalos hipertrofiados, para mantenerse a salvo en un tecnosistema propio gracias a una inteligencia especializada en esa función simuladora: parecer humanos de cuatro patas.

Los perros son el resultado de un proceso de evolución guiado no por cambios anatómicos y fisiológicos sino por un verdadero proceso de virtualización mediante el que los lobos pasaron a comportarse como humanos virtuales, haciendo un uso descontextualizado, es decir, simulado, de rasgos que estaban presentes en su propio repertorio de comportamiento, siendo los cambios anatómicos y fisiológicos guiados por ese proceso

de virtualización. Igual que los australopitecos escenificaron una farsa para parecer leones o búfalos virtuales y, de ese modo, sobrevivir mediante una adaptación virtual en un tecnosistema que se impuso al ecosistema, los lobos escenificaron una farsa para parecer humanos virtuales y sobrevivir a salvo de un ecosistema para el que paulatinamente se volvieron más inadaptados. Y lo hicieron mediante la construcción de un verdadero tecnosistema: El tecnosistema “perro”.

# **La homosexualidad**

Si las sociedades fuertemente civilizadas, con pocas pero notables excepciones como el antiguo Egipto o Sumeria, en el mejor de los casos limitaban la homosexualidad a un papel de divertimento tolerado sólo en determinadas situaciones y ámbitos, las sociedades paleolíticas europeas no sólo toleraban la homosexualidad sino que la incorporaron a su acervo cultural de forma mucho más profunda de lo que, tras la invasión de la moral neolítica que sufrió Europa, estamos dispuestos a reconocer.

En el análisis del papel que la homosexualidad jugó en las sociedades cromañas y la herencia que ha persistido hasta nuestros días debemos distinguir, por un simple interés didáctico, tres aspectos fundamentales: La función de defensa del grupo, la puramente sexual y la lealtad guerrera.

El modo de vida cazador-recolector conlleva la separación del grupo durante los prolongados períodos en los que los hombres

están ocupados en sus expediciones de caza y las mujeres, los niños y los miembros desvalidos deben permanecer “solos” en el campamento.

He entrecorbillado lo de “solos” porque las mujeres cromañas, sin llegar a los límites de las neandertales, tenían un rol mucho más activo de lo que hoy podemos imaginar en la defensa del grupo y la búsqueda de sustento. Pero no podemos abstraernos al hecho de que, aún siendo muy capaces, existían dos inconvenientes que las convertían, a ellas y al resto del grupo que había quedado a su cargo, en potencialmente vulnerables frente al ataque de los depredadores y, especialmente, de otros grupos humanos. La primera desventaja era que, contrariamente a las partidas de cazadores, ellas cargaban con el lastre de los miembros más desvalidos del grupo. La segunda, obviamente, es su menor corpulencia física, algo que no debemos magnificar, pero tampoco menosciciar.

Los hombres no tenían que cuidar de nadie durante sus largas jornadas de caza sino que, además, contaban con la ayuda de los perros. Podemos pensar que también dejarían perros

ayudando en la defensa del campamento pero, primero, eran un recurso muy caro de mantener que sólo se rentabilizaba si, además de otras funciones, ayudaban a conseguir comida y, segundo, podrían ser eficaces para repeler a los depredadores pero no valdrían de mucho en el caso de un ataque protagonizado por humanos. Y no solo eso, sino que, ahondando en la humanización de los perros, los ejemplares que permanecerían en el campamento base serían los menos aptos para la caza: ejemplares, viejos y hembras con sus crías. Exactamente igual que los humanos.

Los homosexuales en el mundo cromañón no sólo estaban tolerados sino que eran respetados por el resto del grupo, incluidos los varones heterosexuales. No suponían un peligro para la paternidad de estos, tenían la corpulencia de los hombres, no sufrían psicológicamente por “quedar relegados a la función de féminas” permaneciendo en el campamento, eran capaces de mantener la convivencia gracias a una sensibilidad más cercana a la de las mujeres, así como de cuidar de niños y

discapacitados y ayudar en las tareas de recolección y caza menor.

Pero hay otro aspecto de la homosexualidad que subyace de forma muy profunda en el carácter europeo ancestral y que ha sido estúpidamente minusvalorado. Las prolongadas expediciones de caza forjaban una estrecha camaradería entre los varones cromañones. Un intenso vínculo emocional que, unido a la necesidad sexual, llevaba a que los grupos de cazadores incorporaran cierto grado de homosexualidad más o menos velada o sublimada. Y, lo que es más importante, no se trataba sólo o predominantemente de actividad sexual física sino de lazos afectivos muy profundos. Algo que en un medio tan duro y estresante resulta decisivo para mantener la cohesión del grupo y su capacidad para sobrevivir con éxito. De alguna manera, se trataba de un equivalente de la sociabilidad emocional neandertal en un contexto muy semejante: grupos más reducidos al limitarse sólo a los varones adultos, sometidos a unas condiciones muy duras y peligrosas como la caza.

De hecho, la homosexualidad en todos sus grados físicos, así como la sublimada y restringida al ámbito emocional, es un rasgo que acompaña a los descendientes de los cromañones en el ámbito castrense, que es el más parecido a lo que suponían aquellas expediciones de caza. La eficacia combativa, ejemplificada de forma extraordinaria por el batallón sagrado de Tebas, compuesto por parejas de amantes masculinos, se encuentra presente de forma sublimada en la camaradería militar que fomentan todos los ejércitos europeos hasta nuestros días.

# **La mujer**

La lealtad-disidencia, la alianza lobo-humano, el arte, la homosexualidad... La mujer libre y leal como los hombres.

Entre los neandertales, la división del trabajo por sexos era muy limitada, reduciéndose prácticamente a ciertas tareas instrumentales o tecnológicas. Ello se observa en los patrones diferenciales de desgaste dentario entre hombres y mujeres. Algo muy esclarecedor, dado que la boca funcionaba como una tercera mano para los neandertales.

El reducido tamaño de los grupos neandertales y su modo de vida llevaba a que las diferencias en roles debidas al sexo o la edad fueran mínimas y, así, tanto las mujeres como los jóvenes de ambos性os tenían una participación activa en tareas que, entre los sapiens, quedaban reservadas casi por completo a los hombres. La principal de ellas era la caza, aunque también debía extenderse este igualitarismo de las mujeres y los individuos jóvenes de ambos性os a la defensa del grupo

frente a los depredadores o al ataque de otros humanos. Una igualdad que, aunque en menor medida, también encontramos en las sociedades cromañonas.

Una mujer fuerte y capaz no se convierte en una carga para el grupo sino que incrementa la competitividad del mismo. Los grupos paleolíticos, especialmente si viven en las duras condiciones como las que se daban en la Europa glacial, no se pueden permitir el lujo de tener mujeres sumisas y dóciles, a las órdenes y bajo la protección de los varones. Primero porque todas las manos son pocas y, segundo, porque van a permanecer largas temporadas solas. Por tanto, deben gozar de un estatus social, cuando menos, cercano al de los hombres.

Pero hay otra razón para esa alta igualdad entre sexos del mundo paleolítico en general y del cromañón en especial La mujer paleolítica goza de más tiempo de ocio que la laboriosa mujer neolítica, por lo que puede dedicar ese tiempo a lo que hacen los depredadores: satisfacer su curiosidad, explorando el entorno inmediato, descubriendo nuevos recursos y estrategias de aprovechamiento. En suma, innovando. Y para eso, de nuevo,

es necesario que se respete su libertad individual, algo imposible sin una mínima igualdad social, porque no hay innovación si no hay derecho a la disidencia. Y no hay derecho a la disidencia si no hay igualdad social. Si en las tareas que requieren más fuerza física y violencia los hombres tienen cierta ventaja, en lo referente a la innovación, la mujer está, cuando menos, al mismo nivel que los varones.

A este respecto resulta extraordinariamente revelador que las hembras de chimpancés son más innovadoras que los machos. En lugares como Fongoli, son ellas las que mejor dominan la técnica de caza con lanzas mediante las que matan gálagos escondidos en agujeros de los árboles, mientras los machos siguen usando la técnica común de caza con las manos. No sólo eso, sino que son capaces de enseñar activamente a sus crías las técnicas apropiadas para fabricar lanzas y cazar con ellas. Se da la circunstancia de que el lugar donde viven estas hembras, Fongoli, es más seco y deforestado que el hábitat natural de los chimpancés. Una circunstancia común con las mujeres cromañonas de la Europa glacial que, por el hecho de vivir en

un medio más duro que otras mujeres sapiens, tenían la necesidad de ser más autosuficientes, innovadoras y libres que el resto de mujeres sapiens paleolíticas y, por supuesto, mucho más que las neolíticas. Y ese es, precisamente, el mejor criterio para saber en qué medida nos encontramos ante una sociedad de “europeos ancestrales”: **Que haya europeas ancestrales.**

# Epipaleolítico

El Hombre, desde su inicio, sea o no en los australopitecos, se convierte en un ser virtual distinto a su rol como animal biológico, pudiendo transformarse en el equivalente a un herbívoro que se defiende en manada, un animal acuático, un carroñero o un depredador. Construye garras, colmillos, potentes extremidades (palos)... o pieles virtuales que lo protegen del frío. Diseña comportamientos simulados, roles o papeles teatrales que tienen un efecto definitivo no tanto para adaptarse a ecosistemas hostiles para su anatomía, fisiología y etología, sino para no tener que hacerlo y escapar a las condiciones de supervivencia que impone el ecosistema. El hombre engaña al medio biológico disfrazándose de forma efectiva como aquello que no es biológicamente hablando. Una simulación que actúa sobre el actor, sobre él mismo, pero apenas sobre el escenario.

Cuando los hombres se refugian en cuevas o en el agua, no están alterando el escenario biológico para convertirlo en uno tecnológico. Simplemente, que no es poco, se transforman en osos o hipopótamos. Pero cuando construyen una vivienda, por elemental que esta sea, sí están modificando ese escenario.

Hay un momento en el que su papel virtual como depredador desencadena cambios en el ecosistema capaces de causar desde simples disminuciones en el número de individuos de las especies presentes hasta extinciones más o menos intensas y extensas. Pero se trata de una influencia indirecta, un efecto colateral del cambio de los humanos transformados en grandes depredadores. Una transformación del ecosistema causada por la acción del ser humano sobre sí mismo. Y esto es así hasta el Neolítico. Porque, en ese momento, la transformación virtual se realiza directamente sobre el entorno, sobre el propio escenario, y no sólo sobre los actores.

El hombre neolítico vive en una "fértil sabana sin periodos secos y de escasez" creada virtualmente por medio de la agricultura de regadío. Una pradera siempre frondosa donde pacen

herbívoros torpes, incapaces de escapar o defenderse y en la que ya no necesita la corpulencia del gran depredador que fue. Y esto supone ya una acción directa sobre el propio escenario, que sólo será posible gracias a la construcción virtual de una nueva especie humana, sin la que no se podría modificar el ecosistema mediante la creación de condiciones climáticas artificiales.

**El cambio climático antropogénico se inventó con la agricultura de regadío, y consiste en reproducir un equivalente de calentamiento, con mayor humedad y CO2.**

Pero lo que entendemos como revolución neolítica no comenzó en el Neolítico, ni es consecuencia del descubrimiento y desarrollo de la agricultura. El verdadero motor que inicia la era en la que aún nos encontramos es la superpoblación o, más propiamente dicho, el desequilibrio entre población humana y capacidad del ecosistema para mantenerla. Un desequilibrio que se inicia mucho antes de lo que hemos venido suponiendo,

causado por un mecanismo también diferente al que pensábamos: **el pastoreo de rebaños salvajes**.

Una cada vez más abundante evidencia antropológica y genética nos indica que el incremento de la población humana fue anterior y, por lo que se sabe, causa y no efecto de la agricultura y la ganadería. Los aumentos de la población preceden al establecimiento del pastoreo convencional y la agricultura, siendo los grupos que más incrementaban la población los que terminaron derivando hacia la agricultura y la ganadería convencional y no al revés. Por tanto, debemos averiguar qué hicieron esos grupos antes de disponer del modo neolítico de alimentación para aumentar su población. Y para responder a esa cuestión tenemos dos posibilidades. Una es que, sencillamente, tuvieron la suerte de habitar territorios en los que se produjo un especial enriquecimiento de los recursos gracias al calentamiento del fin de la glaciación. La otra, que comenzaron a hacer algo que les permitía incrementar la población incluso por encima de lo que el nuevo y fértil ecosistema era capaz de soportar. En otras palabras, **crearon**

**un tecnosistema sobreexplotador.** Y esto último es lo que parece que ocurrió.

Lo que indican los estudios sobre incremento de población es que ya en el Paleolítico hubo un comportamiento diferencial que llevó a unos grupos humanos a construir tecnosistemas que permitían el incremento de la población más allá de lo que el modo cazador-recolector era capaz de soportar. Debemos, por tanto, indagar sobre esos patrones de “tecnificación” que marcaron la diferencia.

La simple disposición de unos territorios ricos en recursos o que se hubieran visto favorecidos por cambios climáticos no es, por sí misma, suficiente razón para que los afortunados grupos humanos que los habitaban convirtieran el incremento de población en una tendencia que derivaría, con el tiempo, en la aparición de la agricultura y la ganadería. Porque para que esto sucediera debía darse una fuerte presión para incrementar de forma sostenida la población y crear una ruptura de la estabilidad que empujara a una mayor virtualización. La posesión de territorios ricos en recursos debe venir acompañada

por una pérdida de la estabilidad que coloque a los humanos ante la necesidad de incrementar la artificialidad. Y eso, como hemos visto, hasta el fin del Paleolítico, era competencia exclusiva de las crisis climáticas.

El Epipaleolítico, desde el punto de vista que nos interesa, comienza cuando surge la burbuja poblacional en los grupos humanos que les llevaría a la adopción de la ganadería convencional y la agricultura. Y es ahí, en ese matiz de ganadería **convencional**, donde debemos buscar la esencia del Epipaleolítico y del inicio de la gran revolución que luego dio lugar al Neolítico y, finalmente, a lo que llamamos "Civilización".

## Cazadores-pastores

Como no podría ser de otra manera, la población de depredadores viene estrechamente relacionada con los recursos alimenticios de los que disponen. En los mejores territorios de caza, los grupos de cazadores son más numerosos, saludables y fuertes, lo cual redunda en su capacidad para ocupar y mantener dichos territorios y, eventualmente, ocupar los vecinos.

Los grupos de cazadores humanos, como todo depredador, ocupan y defienden los mejores territorios que pueden conseguir con el objetivo de proteger sus recursos alimenticios, algo que, en mayor medida de lo que imaginamos, requiere de repertorio de comportamientos muy similar al pastoreo. Pero es a partir del fin de la glaciación cuando estos primitivos comportamientos de pastoreo de especies salvajes, que eran análogos, a su vez, a gran parte del repertorio de habilidades necesarias para la caza de esas mismas especies, toma un

protagonismo que llegaría a ser decisivo para la construcción del actual tecnosistema en el que aún vivimos: el Neolítico.

**Los humanos protegían a sus presas igual que los pastores cuidan de sus rebaños. En todo cazador existe ya un pastor en potencia. Y, también, un ecologista.**

La protección de los recursos de caza como protaganadería responde a un modelo repetido en nuestra Historia: Crisis climáticas que alteran profundamente el medio provocando una inadaptación biológica que se supera gracias a la construcción de un tecnosistema mediante la utilización “fuera de contexto” de comportamientos y habilidades presentes en el repertorio humano. Tal fue el caso de los australopitecos o sus antecesores, el de los *Homo habilis-rudolfensis*, los *ergaster-erectus* y, también, los primeros cromañones que invadieron las zonas más inhóspitas de la Eurasia glaciar. Sin embargo, sorprendentemente, el cambio climático que precipitó la creación de este nuevo tecnosistema cazador-pastor no fue provocado por un empeoramiento de las condiciones hacia un enfriamiento y una mayor sequedad, sino todo lo contrario.

La gran revolución que conduciría al Neolítico estuvo originada por lo que podríamos llamar la paradoja holocénica, en el sentido de que no fue un empeoramiento de las condiciones ambientales lo que obligó a la creación de un tecnosistema más potente y complejo sino que, con el final de la era glacial, algunos grupos humanos debieron innovar para adaptarse virtualmente a un medio más cálido, frondoso y rico para el que su tecnosistema “glacial” resultaba inservible.

**Cuando todo mejoró gracias a más calor, más humedad, más CO<sub>2</sub> y más desarrollo vegetal, el prodigioso tecnosistema cromañón quedó "anticuado".**

¿Anticuado? Esto es nuevo.

Se viene considerando el inicio del Holoceno a partir del final del Younger Dryas, un evento que duró unos 1300 años y que interrumpió el proceso de deshielo iniciado hace alrededor de 14.500 años. Al terminar el Younger Dryas, las temperaturas iniciaron una subida abrupta que culminó en el Óptimo Climático Holoceno, un periodo que va desde el 9000 AP hasta

el 5000 AP y en el que las temperaturas globales medias eran superiores a las actuales. Sin embargo, es hace unos 15.000 años cuando se inicia el deshielo, comienza el aumento en el nivel de los océanos y la megafauna glacial inicia su migración hacia el norte, mientras una fauna más ligera comienza a poblar los parajes que iban quedando salpicados de bosques y pastizales.

Algunos grupos humanos se desplazaron tras las manadas de grandes herbívoros en su viaje hacia el Norte. Pero otros quedaron “atrapados” en los nuevos ecosistemas poblados por una fauna en la que dominaban cápridos, ovinos y bóvidos. Y es en ese nuevo escenario donde los cazadores-recolectores paleolíticos debieron modificar sus pautas predadoras con el fin de explotar al máximo los nuevos y exuberantes recursos. ¿Cómo? Mediante lo que hoy en día llamaríamos **caza sostenible**: controlar, cuidar y defender las manadas de herbívoros.

Un nuevo tecnosistema, el cazador-pastor, que requiere circunscribirse al territorio de las manadas, abandonando el

nomadismo estacional y adoptando un nomadismo localizado que permite vigilarlas y controlar su deambular por los bosques y pastizales del territorio grupal, ahora definido por el espacio natural de estas manadas a las que debían proteger de predadores y de otros grupos humanos. Y aquí es donde el perro adquiere un nuevo papel perfectamente coordinado con los cambios en el tecnosistema humano. Porque sin el perro no habría sido posible la construcción del tecnosistema cazador-pastor. Y este hecho nos pone sobre la pista de en qué momento se produjo el cambio.

Los dos períodos en los que más restos fósiles de perros se han encontrado son el último máximo glacial, hace entre 28.500 y 21.000 años y, especialmente, el “Holoceno temprano”, entre hace 16.000 y 11.00 años. El primer periodo es representativo de todo lo que hemos dicho acerca de la asociación entre el perro-lobo y el cazador paleolítico enfrentado a los grandes espacios abiertos en los que debía dar caza a presas como los renos o los mamuts. En el segundo periodo, coincidente con un cambio climático que alejaba la megafauna glacial hacia el

Norte, sólo puede entenderse la presencia masiva de perros por su utilización en el pastoreo de manadas salvajes.

Otro dato para establecer como fecha clave en la construcción del tecnosistema cazador-pastor el 15.000 AP es que hacia esa época el ratón doméstico estableció una sólida relación de comensalismo con los seres humanos, desplazando al ratón salvaje. Como quiera que existe una alta correlación entre sedentarismo humano y sustitución del ratón salvaje por el doméstico, y que la proliferación de este último está en consonancia con la de humanos, los datos indican que los grupos humanos comenzaron a reducir su nomadismo e incrementar su población hace unos 15.000 años.

Pero este pastoreo incipiente debía observar una precaución añadida. Los individuos más fáciles de cazar son, precisamente, los más importantes para la procreación y el mantenimiento de la población de presas pastoreadas: las crías. Era crucial, si se quería mantener constante esa fuente de alimentación, evitar la muerte de las crías y de las hembras fértiles. Algo que tendrá una trascendencia decisiva en la medida en que los rasgos

infantiles de los animales los protegerán de una muerte temprana, permitiendo que se reproduzcan con mayor éxito que aquellos que parecían prematuramente maduros o viejos. La neotenia inducida en las manadas-rebaño por los criterios de caza sostenible está en la base de la domesticación, dado que los rasgos físicos infantiles son transmitidos en el mismo paquete genético que los rasgos de comportamiento infantil, el cual podemos resumir, a efectos prácticos, como una mayor docilidad y apego ante las figuras protectoras, en este caso los humanos.

Los grupos que adoptaron el tecnosistema cazador-pastor pudieron mantener a lo largo del tiempo, independientemente de los avatares climáticos, una densidad de población mayor que aquellos otros que continuaron con el tecnosistema clásico de cazador-recolector. A cambio, debieron abandonar su nomadismo estacional de amplio rango y reducirlo a un nomadismo localizado en el territorio de las manadas que eran capaces de pastorear, lo cual acarreó un efecto colateral.

Todo indica que el sedentarismo es el principal factor con el que se correlaciona el incremento de la población que, más tarde, derivará en un modo de vida neolítico. Un incremento de población que fue posible gracias al protopastoreo y que se convirtió en un factor decisivo a la hora de defender los territorios y las manadas en ellos asentadas frente a otros grupos humanos.

El tecnosistema cazador-pastor permitía y primaba un “exceso” de población con relación al modelo tradicional de cazador-recolector gracias a explotar el medio por encima de sus posibilidades “naturales”. Una explotación directa del medio que se basaba en convertir a las manadas de herbívoros en protorebaños. Pero para lograr esa sobreexplotación era imprescindible generar ese exceso de población capaz de proteger los territorios asociados a las manadas animales ... y vegetales. Un círculo vicioso que actuó como un equivalente de crisis climática sobrepuerta a la bonanza climática del Holoceno temprano, anterior al Younger Dryas.

## **El hombre fue pastor antes que agricultor. Pastor de animales y de plantas.**

Los buenos terrenos para las manadas de los cazadores-pastores debían ser también buenos terrenos para el desarrollo de las plantas de las que los herbívoros se alimentaban. Por tanto, Los asentamientos preferidos en el nomadismo localizado no serían las zonas ricas en los alimentos vegetales más aptos para el consumo humano, sino aquellas donde abundara el alimento de sus manadas-rebaños, plantas herbáceas y arbustivas menos digeribles y más difíciles de procesar.

La alimentación tradicional de productos vegetales en el Paleolítico estaba dominada por frutos estacionales, tubérculos, raíces, setas, verduras y, en menor medida, legumbres y semillas. Al quedar confinados en territorios favorables para la alimentación de herbívoros no migrantes, esta alimentación tuvo que adaptarse al nuevo hábitat, lo que también actuó como un equivalente de cambio climático al que debieron adaptarse virtualmente mediante nuevos elementos en el

tecosistema que les permitieran aprovechar al máximo los recursos alimenticios de esas zonas “caprinas, ovinas y bovinas”.

Los territorios de los cazadores-pastores, delimitados por los movimientos de sus rebaños protegidos, eran también el espacio natural de las nuevas “manadas vegetales”, para cuyo aprovechamiento debían crear una tecnología similar a la del pastoreo animal. Con una peculiaridad: ellos mismos no podían convertirse en competidores de sus manadas-rebaño. ¿Solución? Consumir sólo aquellas partes de las plantas que eran capaces de asimilar: las semillas.

### **La protoagricultura comenzó como ganadería vegetal.**

El consumo de semillas cereales tenía ventajas análogas y complementarias al pastoreo. Aportaban una estabilidad alimenticia capaz de mantener altas densidades de población relativamente a salvo de las épocas de escasez gracias a la fácil conservación y almacenamiento de los granos y, además, el consumo selectivo de las semillas permitía dejar a disposición de las manadas la parte indigerible para los humanos, la paja,

que servía como "cebo" para mantener a esas manadas cerca de ellos, especialmente a los ejemplares más dóciles.

Para aprovechar al máximo los nuevos recursos vegetales se hizo necesario cuidar, proteger y propiciar la reproducción de las manadas herbáceas de forma análoga a como lo hacían con las manadas animales. Los humanos, especialmente las mujeres, se reciclaron como recolectores-pastores que cuidaban de las especies vegetales de su interés y las defendían de otros humanos y de los depredadores vegetales: las malas hierbas.

Esta actividad de "pastoreo vegetal" fue, en su inicio, complementaria de la fuente principal de aporte calórico, la caza. Pero a medida que las circunstancias incrementaron la ruptura de la estabilidad, fueron incorporando a su incipiente tecnosistema recolector-pastor métodos para favorecer la fertilidad y, por tanto, el incremento de sus manadas vegetales, exactamente igual que hacían con sus manadas animales.

Cuantas más personas, mayores manadas animales y vegetales y mejor protegido el territorio. El exceso de población significó

la diferencia entre adaptarse virtualmente o no. Un exceso que, a su vez, requería ser alimentado por un incremento constante de la población y que se constituyó como el equivalente de crisis climática que nos ha acompañado hasta nuestros días: la **burbuja poblacional**.

# La explosión demográfica

Hace unos 14.700 años se produjo en cuestión de décadas un incremento de las temperaturas de entre 10 y 15 grados. Más tarde, al inicio Younger Dryas, hace unos 12.800 años, sobrevino, también en cuestión de décadas, un enfriamiento de entre 5 y 9 grados. El final de este periodo de enfriamiento hace unos 11.600 años elevó las temperaturas entre unos 8 y 11 grados, dando comienzo al periodo Holoceno en el que aún nos encontramos caracterizado por un clima cálido y húmedo y, consecuentemente, altos niveles de CO<sub>2</sub>, todo lo cual revirtió en un gran desarrollo de los recursos vegetales y animales. Nada alarmante si lo comparamos con la prolongada etapa glacial con clima frío y seco y la consecuente reducción de CO<sub>2</sub> y del desarrollo vegetal.

La súbita abundancia de recursos y los cambios en el ecosistema de amplias zonas de Europa y Asia supuso una ruptura de la estabilidad que conllevó, a su vez, cambios en el

tecosistema cazador-recolector, que determinaron el escenario de la revolución epipaleolítica. Pero estos cambios trajeron asociado un efecto secundario que se constituyó en equivalente de crisis climática: la bomba **demográfica humana**.

Para entender cómo se genera el círculo vicioso de retroalimentación en el que el crecimiento demográfico es, a la vez, el problema y la solución debemos analizar de la forma más sencilla posible el mecanismo de burbuja poblacional que se inicia en el Epipaleolítico y tiene su cúspide en el Neolítico.

La razón predador/presa no es fija, sino que depende de una serie de circunstancias relacionadas principalmente con la corpulencia de los individuos, el tamaño de los grupos y su estilo de caza. Un grupo de leones es mucho más sensible a la escasez de presas a la hora de sobrevivir porque necesitan un gran aporte calórico individual. Sin embargo, los lobos o, más aún, los licaones, son menos sensibles a la escasez porque necesitan menos calorías individuales.

Los lobos pueden mantener un grupo funcional, capaz de cazar, reproducirse eficazmente y proteger su territorio en condiciones de mayor escasez de presas que los leones. Donde pueden sobrevivir, por ejemplo, 7 lobos sólo lo harán 3 leones, con la diferencia de que estos ya no serán capaces de sostener un grupo viable.

Los grupos depredadores más numerosos tienen ventaja competitiva sobre los menos numerosos para una misma razón predador/presa. Y en igualdad de todas las demás condiciones, aquellos que consigan una mejor relación entre número de individuos y necesidades totales de recursos del grupo, también tendrán ventaja.

Incrementar la población sin incrementar las necesidades totales de recursos alimentarios es una estrategia de éxito que ya funcionó en el proceso de hibridación-competencia entre neandertales y sapiens.

Un exceso de población es ventajoso si sirve para conquistar nuevos territorios y/o ampliar e intensificar la extracción de

recursos. Pero para lograr esto se deben gestionar adecuadamente los efectos secundarios indeseables que conlleva todo exceso.

Si restringimos las necesidades calóricas totales del grupo podemos aumentar aún más el número de individuos y, por tanto, explotar y defender un territorio mayor, lo que, a su vez, permite seguir aumentando el tamaño del grupo. Y si esa restricción calórica se aplica a individuos que no son decisivos para la competencia territorial, tendremos aún más ventaja. Estas son las dos claves de la bomba demográfica epipaleolítica que nos llevará hasta el Neolítico: el mayor peso del tamaño de los grupos para la supervivencia en unas condiciones de alta densidad demográfica y conflictividad territorial y el truco el incrementar la población mediante la restricción selectiva de las necesidades calóricas totales del grupo aplicada sólo a los individuos menos determinantes.

La sostenibilidad ganadera busca la sobreexplotación del medio, es decir, que haya más cabras que las que existirían en condiciones normales. Una sobreexplotación que hasta hace

poco se consideraba como algo "natural", pero que, sin embargo, provocó desde un principio unos cambios en el ecosistema ajenos a la dinámica biológica, que tuvieron (y tienen) un costo en forma de efectos secundarios que sólo pueden ser gestionados (aplazados, no resueltos) incrementando la artificialidad del tecnosistema.

La sobreexplotación permite un exceso que se convierte en ventaja pero, a la vez, conlleva un efecto secundario que hay que neutralizar o, si queremos expresarlo con mayor precisión, aplazar. Un exceso que, en el caso de la revolución epipaleolítica, no consiste en modificar el medio para optimizarlo mediante "suerte artificial" como en el Neolítico, sino en tener más gente de lo que el medio puede sostener. Algo sólo posible "simulando" que parte de esa gente no son en realidad completamente humanos. Porque sólo si esa plusvalía poblacional la conviertes en no humana, entonces, no sobran humanos. ¿Pero en qué se puede convertir a los humanos sobrantes en un tecnosistema cazador-pastor? Solo hay una posibilidad: Ganado. Ganado humano.

**En un tecnosistema cazador-pastor solo puede haber pastores (humanos) o ganado (humano).**

Grupos más grandes sin el costo en términos de razón predador/presa superiores a lo soportable gracias a que conviertes una parte del exceso de humanos en recursos ganaderos. De ese modo, un mismo territorio puede sostener a más humanos verdaderos que conformen un grupo de depredadores más numeroso que el de sus vecinos que no han sido capaces de incrementar los recursos de su territorio fabricando ganado virtual humano.

Con este truco se logra un exceso con el que se obtiene ventaja en términos de competitividad territorial dentro del escenario de creciente densidad de población que ese mismo exceso genera. Pero, en tales condiciones, el exceso sólo será ventajoso si no deja de incrementarse. Y ese es el motor de la burbuja poblacional. Una espiral de éxito para exceder la población que lleva a una mayor densidad de población y, por tanto, a necesitar incrementar de nuevo ese exceso para no dejar de ser competitivos. Un éxito sólo posible si la burbuja poblacional no

explota gracias a mantener la razón predador/presa mediante la conversión de humanos en otra especie virtual que se comporte y consuma recursos propios de las manadas protegidas.

Es así como la sobreexplotación del medio y la explotación humana se unieron inexorable y exitosamente hasta nuestros días. Pero este ingenioso procedimiento simulador presenta un problema añadido: la ganadería humana no es sostenible. Lo cual genera y mantiene un equivalente de crisis climática. Generamos un exceso de población ante el que sólo es posible responder con más población. Y eso encadenó hasta nuestros días a un esquema ponzi que podemos ver ejemplificado de forma extraordinariamente clara, por ejemplo, en el sistema público de pensiones.

El tecnosistema cazador-pastor inició una burbuja poblacional que aplazaba su estallido mediante la conversión de humanos depredadores en una especie virtual de humanos no depredadores: Los “Homo ceres”.

Y esta burbuja, que está a punto de explotar, este esquema ponzi, esta estafa piramidal, es la esencia de lo que llamamos "Civilización", que no es sino la fase final del Neolítico.

# Neolítico

El cazador-pastor de animales y plantas se convirtió en agricultor intensivo, dando así plenitud al gran cambio gestado durante largos milenios: los cereales se humanizan y los humanos se cerealizan.

El hombre es pastoreado por el hombre, de manera que surgen no dos clases sociales, sino dos especies culturales, virtuales. Una, los depredadores pastores. La otra, los humanos domesticados. Solución aparentemente perfecta que permite burlar los mecanismos de control de población a la que como predadores habíamos estado sometidos, pero que conlleva un alto precio: los humanos domesticados se convierten en una plaga promovida por la codicia de los granjeros para incrementar sus rebaños.

Nuestro mundo, nuestro modo de vida, nuestro sistema económico se basa en una burbuja poblacional que está a punto de estallar poniendo fin a 12.000 años de vida neolítica. La

revolución epipaleolítica basada en un equivalente de crisis climática que se retroalimenta a sí misma no puede sostenerse indefinidamente y, al final, las consecuencias de la sobreexplotación del ecosistema global a causa del exceso de población humana la pagaremos los humanos, especialmente el ganado humano, en forma de una reducción de la población que será más o menos brutal dependiendo de que entendamos que nuestro problema no son los efectos secundarios de una alta calidad de vida, sino la superpoblación.

## **Aldeanismo**

Quizá la diferencia más determinante del Neolítico con los otros dos grandes tecnosistemas, el Paleolítico (carroñero-recolector y, luego, cazador-recolector) y el Epipaleolítico (cazador-pastor) sea el brutal incremento de la burbuja poblacional asociada a la vida sedentaria y a una sobreexplotación caracterizada por la modificación del propio ecosistema y no simplemente de los humanos.

La sedentarización se produjo como respuesta a una ruptura clásica de la estabilidad provocada por una típica crisis climática y no por el incremento en la temperatura y la humedad, como ocurrió en el Epipaleolítico. Hace entre 12900 y 11000 años, el Younger Dryas se caracterizó por un brusco descenso global de la temperatura que llevó a extensas zonas del Sudoeste de Asia, especialmente en lo que denominamos Creciente Fértil, a una fuerte desecación, obligando a los grupos humanos altamente dependientes de la protoagricultura extensiva y la caza-pastoreo

a refugiarse en zonas de oasis donde la disponibilidad de agua permitía la agricultura intensiva de regadío que, a su vez, obligaba a una vida sedentaria en aldeas o refugios permanentes.

La aldea, y con ella el Neolítico, supone la construcción de una topografía artificial que remodela todo el paisaje, estableciendo no sólo accidentes geográficos como son las propias edificaciones, que podríamos entender desde la concepción paleolítica como un conglomerado de cuevas alrededor del cual se alzaba una barrera rocosa de piedras o palos, sino paisajes artificiales de fértiles praderas abundantes en alimento vegetal, mantenidas por un microclima también artificial mediante el regadío y potenciada su productividad gracias a la reproducción asistida de las "manadas vegetales". La aldea no era sólo un conjunto de edificaciones permanentes, sino un territorio artificial en el que se alteraba la topografía, el clima y las especies animales, incluyendo al ser humano. Un territorio artificial que no haría sino expandirse de forma proporcionada al

incremento de la propia aldea, siendo esta proporcionalidad una de las características de la evolución del Neolítico.

No es la agricultura como tal, sino la versión sedentaria de esta, intensiva y de regadío, la que marca el inicio del Neolítico.

El origen de la agricultura hay que buscarlo mucho antes de lo comúnmente aceptado. Pero no sólo debemos modificar esta idea sino también la relación de causalidad que se establece entre el desarrollo de la agricultura y el incremento de la población, pues, si bien una mayor producción de alimentos es capaz de soportar una mayor densidad demográfica, el inicio del aumento de la población, como hemos visto, es anterior al desarrollo de la agricultura.

Recientes estudios genéticos han venido a mostrar que las primeras sociedades en desarrollar la agricultura fueron aquellas que habían experimentado un potente incremento de la población en época paleolítica y mesolítica. Y que ese incremento fue mayor en las sociedades luego predominantemente agrícolas que en las que se mantuvieron

dedicadas al pastoreo o, más aún, permanecieron en una economía de caza-recolección.

El incremento de la población es anterior y forma parte nuclear de las causas que llevan al desarrollo de la agricultura y no al revés. Algo que reviste una importancia trascendental por cuanto la esencia del Neolítico no es un sistema económico basado en la agricultura y ganadería, ni siquiera en el desarrollo de lo que hoy llamamos civilización, sino en la burbuja demográfica que dispara la densidad de población en condiciones sedentarias.

El Neolítico surge cuando el tecnosistema cazador-pastor, enfrentado a una crisis climática de frío y sequedad, tiene que adaptarse virtualmente a su intrínseco y artificial equivalente de crisis climática, la burbuja poblacional, potenciando un desarrollo tecnológico que permitiera el incremento acelerado de esa burbuja mediante una mayor sobreexplotación del ecosistema.

El Neolítico responde al incremento insostenible de la población creando una sobreexplotación insostenible del ecosistema gracias a un desarrollo tecnológico enfocado específicamente para esa sobreexplotación. De algún modo, podemos entender esa sobreexplotación insostenible como un equivalente en el plano ambiental e la Ley de la inadaptación más favorable.

La ruptura de la estabilidad causada por el exceso de población sólo se puede resolver incrementando la transformación de la población humana en una especie virtual que se comporte, se controle y se alimente como verdaderos animales domesticados. Humanos herbívoros como las ovejas u omnívoros como los cerdos. Y para lograrlo es imprescindible construir artificialmente fértiles campos de pasto con los que alimentar al ganado humano.

El problema es que la ruptura de la estabilidad generada por la sobreexplotación del ecosistema no se puede aplazar indefinidamente. Y no solo porque el espacio físico tiene unos límites infranqueables, sino por el deterioro global que genera la sobreexplotación de los ecosistemas y, especialmente,

como veremos más adelante, por el propio desarrollo tecnológico que permite esa sobreexplotación e, incluso, minimiza el deterioro ambiental. La tecnología desarrollada para sostener la burbuja poblacional y el tecnosistema neolítico en su conjunto se convertirá, en sí misma, en la gran ruptura de la estabilidad que precipite la transición, en la que ahora mismo nos encontramos, hacia un nuevo tecnosistema: el Ciberlítico.

El pastoreo-cosecha epipaleolítico se limitaba al cuidado de las plantaciones silvestres como si fueran rebaños de vegetales, de modo que el principal o prácticamente único trabajo consistía en liberar las plantas comestibles, principalmente los cereales, de sus competidores, las malas hierbas. Pero, a medida que el clima se hizo más seco, se crearon explotaciones hortícolas para intensificar la producción mediante la reproducción asistida, la siembra artificial de semillas y la construcción de microclimas artificiales, cuyo factor principal era el riego.

La agricultura intensiva, bien sea de regadío (condiciones de oasis artificial) o de secano (monocultivo en condiciones de oasis natural), da origen al Neolítico. Pero tanto la una como la

otra comenzaron en el Epipaleolítico gracias al enorme salto en la simulación que supuso crear una especie humana nueva: el *Homo ceres*.

## **Femina ceres**

Hasta la llegada del Neolítico temprano, la especie “familiarizada” del perro, que posee rasgos complejos de interacción con los humanos tanto desde el punto de vista de la comunicación para la acción coordinada en la caza, el pastoreo y la defensa, como para la vinculación afectiva, se diferenciaba claramente de los animales domésticos.

El proceso seguido por los perros para “domesticar” al hombre comportándose como “humanos virtuales cuadrúpedos” es distinto al que, con posterioridad, utilizaron los humanos para domesticar al “perro familiar” hasta convertirlo en la nueva especie virtual de “perro doméstico”. En el proceso original, los perros crearon un tecnosistema muy rudimentario pero que les permitió adaptarse virtualmente simulando un rol humanizado. Sin embargo, el posterior proceso de domesticación del perro siguió las mismas pautas que la domesticación de las especies ganaderas. Con algunas características que lo asemejan a la

domesticación de los humanos, como es el caso de la inteligencia de “adiestramiento”, que es un símil o equivalente de la inteligencia reactiva herbívora.

En el proceso de su propia domesticación, los humanos se vieron sometidos a los mismos cambios anatomofisiológicos y de comportamiento que los perros. Su inteligencia se tornó más adiestrable, de forma que pudieran ser controlados por medio de ideologías, creencias y automatismos mentales insertados de forma parecida a los virus informáticos. Se primó la obediencia y el sometimiento en detrimento de la disidencia y la individualidad y, exactamente igual que en el caso de los perros, los humanos domésticos sufrieron una reducción del peso corporal, la masa muscular, la densidad ósea y la capacidad craneal.

El modo de vida paleolítico cazador-recolector, especialmente en zonas abiertas con baja densidad de recursos o poblada por megafauna migratoria, obligaba a largos períodos de caza en los que los hombres se encontraban lejos del campamento y las mujeres debían organizar la existencia cotidiana, proteger al

grupo y complementar el aporte de alimentos con la recolección, la pesca y, eventualmente, la caza menor, lo que les permitía una amplia libertad al mismo tiempo que les exigía una gran autonomía.

En el Epipaleolítico, cuando el territorio de caza se redujo, los hombres permanecían más tiempo en el campamento, de manera que disminuyeron tanto el papel activo de las mujeres como su consideración social. Un cambio de rol que alcanzaría tintes dramáticos con el inicio de la vida sedentaria, porque la permanencia casi constante del hombre en la aldea neolítica anuló por completo el papel prominente de las mujeres, dado que los hombres apenas tenían que alejarse del nuevo hábitat artificial y en miniatura que suponía la aldea y su territorio agrícola.

Y otro tanto ocurrió con los perros, convertidos en simples animales domésticos a medida que la ganadería perdía peso en favor de la agricultura y viendo reducida su función a la de simples alarmas vivientes.

## **El proceso de domesticación humana se inicia con la mujer... y con el perro.**

Modificaciones anatomofisiológicas hasta cierto punto ligeras, si exceptuamos el desarrollo del encéfalo, han acompañado nuestra evolución virtual hacia un modelo cada vez más carnívoro y depredador. La cadera, el hombro, la mayor longitud relativa de los miembros inferiores, un sistema digestivo reducido... y poco más.

Hay diferencias anatómicas y funcionales entre hombres y mujeres mediadas por las hormonas, que determinan una serie de factores decisivos para el ejercicio de la fuerza física, el uso de la violencia y la competitividad agresiva. Pero no olvidemos que una mujer “motivada” y entrenada en el uso de la fuerza y la violencia se convierte en un equivalente de hombre. Si una mujer no se considera a sí misma como un ser desvalido y dependiente, sino como un animal de 65 kilos en lugar de los 75 promedio de los varones, la cosa cambia. Y mucho. Porque una mujer así te puede matar exactamente igual que puede hacerlo un contrincante varón de 65 kilos.

Las mujeres neandertales se defendían, atacaban y cazaba como hombres un poco menos fuertes. Había cierta división del trabajo, pero los esqueletos de mujeres adultas y adolescentes presentan señales de traumas violentos parecidos a los de los varones. La distribución por edades de traumas violentos muestra que los neandertales se veían implicados en actividades peligrosas antes que los cromañones, lo que resulta lógico dado que sus grupos eran menos numerosos y necesitaban recurrir a la mayor parte de sus miembros. Pero la distribución de esos traumas según el sexo es muy parecida entre los neandertales y los cromañones, lo que indica que el papel de la mujer también era parecido entre los dos grupos y, en cualquier caso, mucho más activo que el de las mujeres neolíticas.

La mujer cromañona, a pesar de no disponer de una constitución tan robusta como la neandertal, poseía una actitud y unas aptitudes que le permitían cuidar de la prole y los miembros menos válidos del grupo y valerse por sí mismas en tareas como la recolección en territorios abiertos y repletos de

peligros, la caza menor o la pesca. Con una diferencia que debemos tener muy en cuenta. Durante las largas temporadas de caza en las que los hombres se encontraban ausentes, los grupos cromañones quedaban reducidos a un tamaño muy similar al de los neandertales con el agravante de que estaba compuesto sólo por mujeres, niños y ancianos.

Las mujeres cromañonas no podían permitirse el lujo de ser débiles porque las circunstancias las obligaban a sentirse y comportarse como hombres. Pero, de repente, cuando esas circunstancias cambiaron, coincidiendo con un fuerte incremento de la población, una menor tasa de mortalidad infantil y, por tanto, con más niños a los que cuidar y con los hombres casi constantemente presentes en el campamento, la mujer perdió su antigua actitud y aptitudes y asumió un nuevo rol social que la llevaría a convertirse en Fémina ceres, un equivalente de animal doméstico dedicado a la procreación, a tareas monótonas como la recolección, especialmente de cereales y legumbres, y a la preparación de alimentos,

comportándose como un herbívoro, comiendo como un herbívoro, convertida en una simulación de herbívoro.

**Las mujeres comenzaron a sentir y pensar como herbívoros y no como las depredadoras que eran... y que "realmente" son.**

Con todo, fue la reproducción la tarea que en mayor medida despojó a la mujer de un "tiempo propio", sin el cual es imposible crear una autosuficiencia semejante a la de los hombres. Los intervalos entre nacimientos en las poblaciones nómadas, tanto de cazadores como de pastores, son más largos que en las sedentarias de agricultores y ganaderos, lo cual afecta al incremento de la población, pero también al papel de la mujer, que se convierte en una minusválida funcional, perdiendo su papel como miembro activo del grupo en todo aquello que no sean tareas rutinarias como el cuidado de la prole o las labores domésticas limitadas al ámbito de la aldea/ciudad, cuando no al de la casa y su inmediata vecindad.

La mujer paleolítica, con una baja carga maternal, dado que no era posible criar a muchos hijos a la vez, disponía no sólo de tiempo libre sin varones sino, también, de más tiempo libre sin las obligaciones del cuidado infantil, y eso les permitía ejercer otras tareas especializadas que no sólo requerían experiencia, habilidad y fuerza sino que eran determinantes para la supervivencia del grupo así como para cimentar una alta seguridad en sí mismas.

Si contemplamos una aldea neolítica podremos ver que el comportamiento, la actitud o las reacciones de las mujeres son muy parecidas a las de los animales domésticos y el ganado, mientras que los hombres se comportan como pastores. Es muy difícil ver a una mujer ociosa. Todo lo contrario que los varones. Tanto la domesticación de la mujer como la burbuja poblacional se inician con el tecnosistema cazador-pastor en las aldeas-campamento epipaleolíticas debido a las limitaciones de tiempo propio y a la mayor presencia de los varones. Pero es en el Neolítico aldeano cuando esta domesticación se lleva a la plenitud.

La mujer neolítica, sometida a una carga maternal alta y a las tareas herbívoras de forrajeo y predigestión (cocina) vio desaparecer su tiempo de ocio predador transformado en tiempo de descanso herbívoro. Una diferencia aparentemente nimia pero que resulta trascendental. El depredador puede permitirse largos periodos de inactividad dado que su comida tiene un gran poder calorífico. Un herbívoro debe dedicar mucho tiempo a la comida dado el bajo poder calórico de esta. La inactividad genera ansiedad en los herbívoros. El ocio depredador genera tranquilidad. La mujer neolítica debe ser laboriosa, discreta, sumisa... y fértil. Las mismas cualidades que se buscan en los animales domésticos y que se inculcan mediante el amaestramiento desde la infancia.

Los signos de predomesticación de la mujer los encontramos en las poblaciones epipaleolíticas en la forma de una pérdida de estatus debido a la presencia más continuada de los varones en el asentamiento, el mayor índice de natalidad y de tiempo dedicado a la crianza, la peor alimentación y una mayor dedicación a tareas repetitivas relacionadas con el cuidado de

las manadas vegetales, la recolección y las tareas domésticas. Pero el gran salto en la domesticación femenina se dio con el sedentarismo de regadío o de oasis, un "sedentarismo de confinamiento" en el que no hay un territorio adyacente abierto o habitable. Un territorio cerrado por accidentes físicos como montañas, la inhabitabilidad de los hielos permanentes o el desierto, donde las caravanas y los campamentos son equivalentes virtuales de oasis móviles.

El sedentarismo de confinamiento supone, junto a la alimentación herbívora y el encadenamiento a tareas repetitivas y prolongadas, una condición fundamental para la conversión de los humanos en animales domésticos virtuales. ¿Nos resulta familiar?

El Epipaleolítico sentó las bases de la domesticación humana en la medida en que se superaron los límites de la relación predador/presa mediante el truco de disminuir el factor predador insertando parcial o completamente comportamientos no depredadores en una parte de la población, inicialmente las mujeres. Pero es en el Neolítico aldeano cuando esta conversión

racial femenina se llevó a cabo intensa y masivamente gracias, sobre todo, al sedentarismo de confinamiento.

**Las mujeres epipaleolíticas aún conservaban parte de su “dignidad predadora”. Las mujeres neolíticas la perdieron casi por completo.**

Convertir a la mujer en un animal doméstico fue relativamente fácil bajo las condiciones del sedentarismo y la burbuja poblacional. Pero hacerlo con los hombres requería diseñar un sofisticado procedimiento de lavado de cerebro al que llamamos “civilización” y que dio paso al Neolítico urbano en el que aún vivimos.

# **Urbanismo**

La Humanidad, desde el inicio del Neolítico hasta nuestros días, se alimenta predominantemente de la agricultura. Pero esto no quiere decir en absoluto que el origen y la estructura de nuestra sociedad sean agrícolas. Al contrario. Vivimos en una sociedad ganadera en la que unos pocos pastores controlan, cuidan y viven de sus rebaños humanos dedicados fundamentalmente a la producción de alimentos vegetales. La sociedad neolítica es ganadera, aunque la actividad más frecuente del ganado humano sea la agricultura o, en los tiempos actuales, el cultivo de productos no alimenticios en las nuevas granjas llamadas "fábricas".

**Que no nos engañe el peso de la agricultura en la alimentación de los humanos. Nuestra civilización se rige por criterios ganaderos.**

El motor de nuestra sociedad es idéntico al de una granja, en la que unos pocos hombres (y muchas menos mujeres) ejercen

como granjeros, mientras la mayoría, sobre todo en el mundo no desarrollado, viven como ganado, comiendo como ganado, actuando y pensando como ganado y siendo tratados por los granjeros como granado al que hay que amaestrar, controlar, explotar y multiplicar.

**"Civilización" es sinónimo de domesticación y no de avance tecnológico, cultural y personal.**

Los avances tecnológicos, culturales y personales están en función de la domesticación de los humanos. Por eso "lo civilizado" no nos ha traído un mayor grado de felicidad. No son más felices los hombres y mujeres civilizados o, al menos, no lo son por el hecho de ser文明ados. La urbanización del mundo sería imposible sin la urbanización de las personas y, esta, tampoco lo sería sin potentes mecanismos que enajenan la voluntad individual. Sólo una mente estandarizada, colectivizada, puede garantizar la civilización. Y, ese mente es incompatible con la máxima felicidad humana.

Este es el mundo en el que vivimos: granjeros humanos que pastorean ganado humano.

## **Homo ceres**

La civilización se inicia en el momento en que los varones son convertidos en Homo ceres coincidiendo con el desarrollo de las ciudades. ¿Pero dónde podemos establecer el sutil límite entre aldeanismo y urbanismo? ¿Cuándo surge la civilización?

Desde la perspectiva de la evolución humana como especie virtual, los cambios significativos debemos establecerlos en lo que hemos denominado como rupturas de la estabilidad que se superan mediante el incremento de la artificialidad, creando tecnosistemas más poderosos y, generalmente, más complejos.

El incremento de la población desencadenado por el desarrollo de la agricultura de regadío una vez que terminaron las duras condiciones del Younger Dryas, llevó a una situación en la que ya no bastaba con transformar a las mujeres en Homo ceres para mantener la proporción predador-presa dentro de unos

límites soportables, sino que se hizo necesario añadir a esta especie de humanos domesticados un porcentaje creciente de varones.

Este es el criterio que adoptaremos para determinar el tránsito entre el Neolítico aldeano y el urbano. Otra cosa es establecer el momento histórico en el que encontramos varones en una situación social equivalente a lo que hemos definido como especie virtual de *Homo ceres*. Porque esos rasgos son fácilmente identificables en sociedades plenamente civilizadas, pero no resulta fácil identificar con nitidez esa delgada línea conforme nos remontamos hacia atrás en el tiempo.

¿Qué distingue claramente una aldea de una ciudad?

Cuando se supera un determinado número de individuos, los mecanismos filogenéticos que mantienen al grupo unido fracasan, dando inicio a una serie de conflictos que derivan en una división del mismo o, como es el caso, en una “eliminación” de los individuos sobrantes mediante su conversión en *Homo ceres*.

¿Cuál es el tamaño en el que un grupo se mantiene cohesionado gracias a que la relación personal de sus miembros permite que los mecanismos filogenéticos funcionen correctamente? O, dicho de otro modo. ¿A partir de qué número de población dejamos de ver a los demás como “los nuestros” y, mediante un procedimiento de virtualización, los convertimos en extraños, forasteros, depredadores competidores o enemigos?

Allí donde encontremos varones Homo ceres podemos estar seguros de que ese umbral filogenético se ha superado. Pero, como hemos dicho, puede resultar complicado descubrir los indicios claros de que en una sociedad existen varones que se comportan y son tratados por los demás como animales domésticos. Y aunque no sea un asunto capital, no vendría mal ponernos de acuerdo en un punto que marque cuándo los grupos humanos se desgajan o bien comienzan a trasvasar varones hacia la especie virtual Homo ceres.

La teoría de Dunbar predice que el tamaño de un grupo de primates está limitado por la cantidad de relaciones personales que un individuo puede mantener de forma adecuada, y que

este número correlaciona con el tamaño del neocortex. Dicha correlación entre tamaño del neocortex y del grupo parece cumplirse y determina un número máximo (sería mejor decir "óptimo") para los grupos de *Homo sapiens* de alrededor de 150 individuos, el cual podría ser perfectamente el tamaño medio de una aldea neolítica y, por tanto, un buen criterio para establecer el límite entre aldea y urbe.

Podemos suponer que allí donde se superase este número debieron surgir mecanismos civilizados que lograran mantener la proporción depredador-presa no ya en el conjunto del territorio, tal y como se consigue mediante la conversión de la mujer en *Homo ceres*, sino con relación a la cohesión del grupo transformado en urbanita. Unos mecanismos que permitieran mantener dentro de la "proporción de Dunbar" no la cantidad total de varones humanos sino la de *Homo predator*. Y sólo existe un medio para no superar el número de Dunbar: convertir en ganado a los varones sobrantes. En principio, todos los que excedan los 150 individuos.

¿Esto quiere decir que, por ejemplo, en la ciudad de Ur sólo había alrededor de 150 Homo predator que pastoreaban al resto de los habitantes? Bueno, puede que no sea algo tan descabellado. Pero, si nos empeñamos en hacer de ese número algo rigurosamente determinante, convertiremos la sencillez en simplicidad. Porque podemos encontrarnos con aldeas neolíticas, definidas así porque se produce una clara conversión de mujeres en Homo ceres pero no de varones, que superan con mucho los 150 habitantes.

Existen tres hitos para marcar la transición desde el Epipaleolítico al Neolítico aldeano: La aparición de la agricultura intensiva de regadío/oasis o de secano favorable, especialmente el **sedentarismo de confinamiento**. La existencia de claros signos de **conversión de la mujer en Homo ceres** y la presencia de **protoclases sociales** entre los varones como expresión jerárquica.

La mujer no pierde todos sus atributos paleolíticos sino hasta que se produce el sedentarismo, especialmente en condiciones cerradas de oasis o regadío. Y este es un matiz muy importante

porque, como veremos, muchos pueblos no plenamente sedentarios o aquellos con un pseudonomadismo localizado en condiciones de oasis, como los árabes, llevan a cabo una fuerte conversión de las mujeres en *Homo ceres*, mientras pueblos ganaderos que habitan en condiciones de nomadismo pleno o de sedentarismo abierto (rodeados por un territorio habitable) como los massai, no llevan a cabo una cerealización tan intensa y extensa de sus mujeres.

Es posible determinar el grado de neolitización aldeana de una sociedad identificando las diferencias en esperanza de vida, signos de salud, talla, volumen corporal y desarrollo óseo entre hombres y mujeres. Del mismo modo, podemos estar seguros de que nos encontramos ante un modelo Neolítico urbano o civilizado cuando esos patrones de “salud alimentaria” se generalizan entre la mayoría de los varones. Y es en ese momento en el que las protoclases sociales que observamos en el Neolítico aldeano, se convierten en verdaderas clases sociales que expresan el orden jerárquico entre los pastores, no entre estos y los *Homo ceres*. En el Neolítico civilizado y, por tanto, en

nuestro mundo actual, no hay realmente una clase dominante y otra dominada sino una especie dominante y otra dominada. Las jerarquías de poder que podríamos identificar como clases sociales sólo se dan entre los pastores.

**Las clases sociales son cosa de pastores humanos. No de los cazadores humanos ni, menos aún, del ganado humano.**

Conforme se incrementa la burbuja poblacional y la relación predador/presa se descompensa, se hace necesaria una mayor tasa de conversión en Homo ceres que se aplica en un primer momento solo a las mujeres, sobre las que se va intensificando la cerealización hasta que ya no es suficiente y hay que convertir también a los varones. La abundancia de recursos bien por la riqueza del terreno, por el comercio y/o por la eficiencia tecnológica disminuirá esta necesidad de conversión. Y, como veremos, equivalentes virtuales del estado de necesidad, como ciertas ideologías, harán que incluso en condiciones económicas favorables no disminuya la domesticación de los varones ni, menos aún, de las mujeres.



# **Matrilinealidad y patriarcado**

Resulta un clásico de la literatura especializada referirse a la matrilinealidad, generalmente asociada, cuando no confundida con el matriarcado, como un mito científico que sirve de base para la reivindicación de la igualdad de la mujer en las sociedades modernas. Algo absolutamente ridículo por cuanto la evidencia de que el Neolítico, lejos de suponer un paraíso matriarcal, igualitario y pacífico, supuso el postergamiento de la mujer con respecto al hombre queda dramáticamente mostrada, entre otras cosas, por el aumento de las diferencias de talla corporal, densidad ósea y salud a favor de los varones.

Ni los indicios de una religión matriarcal, ni mucho menos los de un matriarcado real pueden sostener la idea de que el Neolítico fue una etapa “feminista” en contraste con la etapa “machista” del Paleolítico. Pero tampoco con la de los pueblos y culturas,

como es el caso de los indoeuropeos, que sucedieron a esa supuesta época dorada del Neolítico inicial.

La Diosa Madre, que representa a la tierra nutricia, a la fertilidad y prosperidad, no necesariamente es un indicativo del poder femenino en la sociedad sino, muy al contrario, la expresión de los intereses y los bienes más apreciados por los pastores *Homo predator*. Lo que nosotros llamamos Diosa Madre era la diosa-vaca, madre evidentemente de los terneros humanos, pero no de los pastores. La Diosa Madre es la representación del beneficio ganadero de los pastores de rebaños humanos que se generalizan desde el inicio del Neolítico hasta nuestros días.

**La fertilidad no es precisamente un sinónimo de poder femenino.**

Lo que se representa con la diosa madre no es el poder de la mujer, sino su conversión en bien ganadero cuya principal cualidad es la fertilidad. Es verdad que, como veremos más adelante, en las zonas peor neolitizadas, como Europa, este tipo

de discriminación en contra de la mujer es menor, pero eso no puede sostener el mito de una época dorada matriarcal que fue arrasada por los pueblos bárbaros que llegaron de las estepas del sur de Rusia, sino que lo único que demuestra es que cuanto menor es la neolitización también lo es la postración de la mujer.

La matrilinealidad tampoco debe ser confundida como un rasgo de matriarcado. Evidentemente, en un matriarcado se da la matrilinealidad, pero también se da en un patriarcado en el que la mujer ha sido transformada en un bien ganadero. Y es desde esta perspectiva que debemos entender la matrilinealidad y el patriarcado neolítico como productos de un “culto” económico por la fertilidad de la mujer exactamente igual al que se profesa por el resto de la cabaña ganadera. Un interés diferente al de los pueblos paleolíticos, en los que la fertilidad era un indicador del éxito y la salud colectiva del grupo y no de la prosperidad y bienestar de los pastores de humanos.

Matrilinealidad y propiedad, tanto colectiva como personal, están íntimamente relacionadas. La matrilinealidad, en el

contexto neolítico, tiene un carácter ganadero, en la medida en que se identifica la descendencia del ganado a través de las madres. Y en ese sentido, las pertenencias domésticas trasmítidas por las mujeres son equivalentes a la ubicación donde encontrar a una hembra determinada y a sus crías, mientras que los objetos personales son el equivalente a las características anatómicas de las hembras herbívoras que sirven para identificarlas a ellas y a su descendencia.

**Lo que entendemos como señales de matriarcado no son sino señales de identificación ganadera.**

Los hijos varones, una vez que adquieren el estatus de adultos, pasan a formar parte de los pastores, que son dueños colectivos del territorio y dueños particulares de las hembras ceres y sus crías.

La patrilinealidad neolítica, sin embargo, pertenece a una categoría completamente distinta a la matrilinealidad, por cuanto no obedece a criterios de identificación ganadera sino que está asociada a la jerarquía social de los varones. La

propiedad, unida a la jerarquía de los pastores y transmitida patrilinealmente, se establece sobre el ganado (la mujer y los hijos en las etapas iniciales) para, luego, ampliarse al territorio y los recursos (reservas de alimentos y materias primas como la obsidiana o el sílex). Una propiedad comunitaria de los pastores que se asocia a la patrilinealidad y sobre la que se van consolidando dos fenómenos decisivos para la transición al mundo urbano: La jerarquía de los pastores neolíticos aldeanos basada en la posición social patrilinealmente transmitida determinará la transformación de las clases bajas en **varones Homo ceres** y, una vez creados estos, la propiedad comunitaria administrada jerárquicamente dará paso a la **propiedad privada**.

### **Lo privativo nace con la distinción entre varones Homo predator y Homo ceres.**

Ante el hecho de que no todos los varones son ya Homo predator, se impone establecer un tipo de propiedad que, por analogía con la "propiedad sentimental" sobre los objetos personales y los animales familiares (mujeres, perros, mascotas), estará restringida sólo a los varones que siguen

siendo humanos, los pastores *Homo predator*, los cuales se convierten en administradores de los bienes colectivos y, finalmente, en propietarios de los mismos.

La ausencia de signos de clases sociales tal y como las entendemos hoy en día no significa que la sociedad paleolítica fuera igualitaria y carente de jerarquías. Los cazadores recolectores vivían en grupos estructurados en gradientes sociales que deberíamos entender más como de influencia que de poder. El poder físico, la experiencia, la inteligencia y las habilidades, especialmente para lograr alianzas en el seno de grupos relativamente grandes, definían una estructura sobre la que se vertebraban muchas actividades cotidianas, pero no conformaba el eje de la sociedad. En el mundo Paleolítico, el mejor en cada actividad dirigía y coordinaba a los demás asumiendo la decisión última, aunque todos en su conjunto participan en las deliberaciones y, especialmente, en la elección de los objetivos.

El Neolítico aldeano no establece claras jerarquías de mando entre los varones, sino que la patrilinealidad evoluciona lentamente hasta que en el Neolítico urbano los elementos que la componen se diferencian e independizan: Jerarquía de poder, clases sociales y propiedad privada. Un escenario de cambio

social que tiene como protagonista una figura que va tomando forma y peso en la sociedad conforme se produce el tránsito de la aldea a la ciudad: Los **administradores de excedentes** alimentarios o de cualquier otro tipo.

Asikli Höyük es un yacimiento situado en la parte central de la península de Anatolia que nos ofrece un ejemplo muy claro de las condiciones del urbanismo temprano. Su periodo ocupacional se sitúa entre el 8.200 y el 7.400 AC. Anterior, por tanto, a Çatalhöyük.

De los restos encontrados en este yacimiento podemos extraer algunas conclusiones muy significativas con relación al papel de la mujer. Mientras que los varones alcanzaban una edad de 55 a 57 años, las mujeres apenas llegaban a los 20-25. Si a esto añadimos que los restos óseos femeninos muestran deformaciones en la columna vertebral, indicativos de que habrían estado sometidas al acarreo de cargas pesadas, y que la mortalidad infantil en el primer año de vida alcanzaba casi el 50%, podemos ver con toda claridad que las mujeres se encontraban sometidas a unas condiciones de vida equiparables a las de animales domésticos.

Çatalhöyük se encuentra a unos 150 kilómetros al suroeste de Asikli Höyük y estuvo ocupada entre el 7.500 y el 5.700 AC, es

decir, casi coincidiendo con la desocupación de Asikli Höyük. Considerablemente más grande (unas seis veces mayor) se alza en una zona muy rica y con gran variabilidad de recursos naturales: legumbres, frutos secos, fruta fresca, cereales y caza a los que se añadía un pujante comercio de útiles de obsidiana. Tampoco aquí encontramos una clara diferenciación de clases sociales tal y como las entendemos. Sin embargo, hay indicios de que el proceso de domesticación de varones humanos había comenzado ya.

En un tercio de las casas encontramos motivos ornamentales de predadores como águilas o lobos, mientras que en los otros dos tercios estos motivos ornamentales son femeninos y domésticos. La presencia de animales predadores indica que sus moradores asumían el rol de Homo predator, mientras que en el resto de casas asumían el rol de Homo ceres. Ya existían varones convertidos, al menos parcialmente, en Homo ceres que se encontraban por debajo de los Homo predator no tanto con relación a una jerarquía social sino por el hecho de pertenecer a una especie diferente: la de las mujeres. No eran aquellos pretendidos sacerdotes o administradores que habitaban las casas “predadoras” la clase dominante de un nuevo orden social, sino los humanos de siempre pastoreando ahora a rebaños de

humanos "herbívoros" en los que se estaba incorporando a buena parte de los varones.

**No hay en Çatalhöyük distinciones de clase social, sino de especies humanas.**

Las verdaderas clases sociales aparecerán más tarde como expresión de una jerárquica entre los Homo predator asociada al poder y a la propiedad.

En Çatalhöyük, a diferencia de Asikli Höyük y otros poblamientos de la misma época y condiciones materiales, la esperanza de vida de las mujeres se acerca más a la de los hombres, lo que indica una mejor alimentación debido a la abundancia de recursos cuyo efecto quizá no obedezca tanto al principio general de que en situaciones de bonanza las estructuras sociales tienden a una jerarquización más laxa al estilo bonobo sino porque no era necesario domesticar tan intensamente a las mujeres gracias a que la incorporación de varones Homo ceres conseguía mantener la razón predador/presa sin necesidad de intensificar las diferencias entre especies humanas.

**La conversión de varones Homo ceres "alivia" la posición de la mujer.**

Es verdad que, de alguna manera, y esto lo vemos en muchas de las sociedades ricas tanto de la antigüedad como en las actuales, la bonanza económica permite aliviar la intensidad de la domesticación, lo que se traduce en que los Homo ceres, varones y mujeres, pueden disfrutar de una cierta predatorización sin que la razón predador/presa se resienta para el conjunto de la sociedad. Pero allí donde hay pocos varones convertidos en Homo ceres o muchos pero con una débil conversión, la domesticación de la mujer es mayor. Y son estas dos circunstancias, la menor necesidad total de conversión racial gracias a una mayor abundancia de recursos y una relativa mayor domesticación de varones lo que explica la mejor situación vital de las mujeres de Çatalhöyük con relación a las de Asikli Höyük.

Asikli Höyük nos muestra un gran asentamiento del Neolítico típicamente aldeano, mientras Çatalhöyük representa el momento de transición hacia el Neolítico urbano. Un salto de la aldea a la ciudad determinado por diferencias cualitativas, como la domesticación de los varones y el establecimiento de la propiedad, que son las que permiten un salto cuantitativo mediado por el incremento de la burbuja poblacional que permite el sistema económico de ganadería a gran escala propio del neolítico urbano. La civilización es eso: un sofisticado y

potente sistema de explotación ganadera de unos humanos sobre otros humanos. Y ese es el mundo en el que aún vivimos.

# Civilización

Göbekli Tepe es, sin lugar a dudas, una de las construcciones más impresionantes que ha producido la Humanidad. Puede parecer una apreciación exagerada si lo comparamos, por ejemplo, con las pirámides egipcias o la gran muralla china. Pero si referenciamos estas colosales obras a la época y medios de los que disponían sus constructores, enseguida nos damos cuenta de que, en proporción, Göbekli Tepe resulta mucho más grandiosa.

Las fechas son demoledoras. Stonehenge data de hace unos 4.500 años, más o menos cuando los egipcios erigían la Gran Pirámide de Giza, mientras que la Gran Muralla China se inició hace "tan sólo" unos 2.500 años.

Göbekli Tepe fue construida por pastores-recolectores ¡hace unos 11.500 años!

Stonehenge es una obra sorprendente dados los medios de que disponían sus constructores, pero ni sus medidas ni la elaboración constructiva y artística tienen nada que ver con Göbekli Tepe, que se construyó la friolera de 7000 años antes y

no precisamente con toscos bloques de piedra sino con pilares finamente tallados en los que se esculpieron fantásticos bajorrelieves.

Göbekli Tepe es un enigma arqueológico que ha puesto en jaque, junto a otros emplazamientos semejantes, como Nevalı Çori, la visión que teníamos sobre la transición hacia el Neolítico, basada en que el surgimiento de la agricultura y la ganadería (por este orden) precipitó el inicio de la civilización como sinónimo de alto desarrollo tecnológico y cultural. Porque las personas que construyeron Göbekli Tepe no vivían de la agricultura y la ganadería sino de la caza-pastoreo y la recolección de alimentos.

El desarrollo tecnológico y cultural no es fruto ni patrimonio exclusivo de lo que llamamos Neolítico o Civilización. Sino que el "culto" paleolítico al desarrollo tecnológico se convirtió en instrumento imprescindible para sostener el "culto" neolítico (y civilizado) por la burbuja poblacional, la estafa piramidal y la profusión de mecanismos de domesticación, destrucción de la individualidad y conversión de humanos en Homo ceres a la que el modelo de ganadería humana llama de forma pomposa y supremacistamente "Cultura".

Desde esta perspectiva de supremacismo neolítico civilizado la interpretación que se ha dado es que Göbekli Tepe fue el primer templo donde se rindió culto a la primera religión. Algunos estudiosos se aventuran incluso a conjeturar que fue el cambio espiritual hacia la religiosidad lo que se encuentra, en lugar de la agricultura, en el origen del Neolítico. Algo, cuando menos, hartamente simplista, pues supone entender que una de las producciones netamente civilizadas, la religión, es causa del Neolítico urbano... en cuyo seno surgió posteriormente.

En Göbekli Tepe no hay un asentamiento urbano, ni existían ciudades cercanas. Y, a pesar de que su construcción requirió la tarea conjunta de muchas personas que debieron estar organizadas de alguna manera, no se ha encontrado el menor indicio de que esa organización conllevara algún tipo de supervisión. No hay rastro alguno de jerarquía social ni distinción de clases.

Un análisis apresurado parecería reforzar la idea de que aquellas personas que aún vivían en el Paleolítico o, desde nuestro punto de vista, en el Epipaleolítico, construyeron Göbekli Tepe como un centro de culto movidos y coordinados por su fe religiosa. Pero no hay absolutamente nada que indique tal cosa.

Un lugar en el que se cincelan en paredes de piedra animales no difiere en absoluto de las pinturas rupestres hechas en las paredes de piedra que encontramos en las cuevas de la Europa de hace 30.000 años. Y el hecho de que aquí sólo se cincelan animales peligrosos como escorpiones, jabalíes, serpientes o leones, y no presas de caza, no es determinante para suponer un impulso totémico mediante el que se apela a fuerzas divinas representadas por poderosos animales como expresión de un mundo sobrenatural, en lugar de entender que se establecían los mismos ritos mágicos con los que propiciar la caza y atraer la buena suerte que, lejos de todo atisbo de religiosidad, caracterizan al arte paleolítico. Porque también en las pinturas rupestres encontramos animales peligrosos que no formaban parte de la dieta normal de los humanos. Y un ejemplo magnífico son las leonas de Chauvet, datado en hace nada menos que 30.000 años, en cuyas paredes aparecen también hienas, panteras, osos y búhos.

La magia paleolítica representada en el arte rupestre no consiste en un impulso religioso de conexión con un mundo sobrenatural que gobierna los acontecimientos terrenales, sino en una técnica para manejar aspectos naturales poco evidentes, que son determinantes para la sucesión de los acontecimientos y, por tanto, para lograr lo que, en nuestro lenguaje naturalista

y arreligioso, llamaríamos “suerte”. Una suerte que podía propiciarse tanto para lograr el éxito en la caza como para evitar cualquier clase de peligro. Una alta tecnología con la que adquirir poder, y no para suplicarlo.

El impulso para construir Göbekli Tepe, mientras no se aporte algún nuevo dato determinante en contra, es el mismo que llevó a los europeos paleolíticos a pintar en las paredes de las cuevas de las que, dicho seas de paso, Göbekli Tepe parece una representación esquemática: Una construcción redondeada, techada y con paredes de piedras y pilares que son la imitación, a la vez, de las columnas naturales de las cuevas (estalactitas y estalagmitas) y las paredes en las que se dibujaban los animales.

Göbekli tepe era, como las cuevas paleolíticas europeas, un centro tecnológico para manejar la “topografía de los sucesos” mediante ritos chamanísticos o mágicos que en el lenguaje de nuestro “arte rupestre conceptual” denominamos “procedimiento” o “método”, en radical contraste con los rituales religiosos.

**Lo religioso es una consecuencia del proceso de civilización y no una de sus causas.**

Diferenciar el momento en el que ese impulso tecnológico-mágico dio paso al impulso religioso puede parecer difícil, pero, si nos dejamos guiar por el punto de vista defendido en esta obra, no lo es tanto.

Gasul era una ciudad extraordinariamente próspera, con una economía volcada en el comercio de productos elaborados. Y en ella sí que se encuentran evidencias de jerarquías sociales propiamente dichas, es decir, de diferencias de poder entre los Homo predator que pastoreaban al grueso de la población, convertida en Homo ceres.

No se trata de una de las ciudades más antiguas de la zona (Jericó era, al menos, 2000 años más antigua), pero en Gasul encontramos un elemento clave para apreciar la diferencia entre la tecnología mágica paleolítica que subyace en Göbekli Tepe y el impulso religioso que se constituye como elemento esencial de las técnicas de domesticación de humanos.

Aunque en Gasul existen evidencias claras de clases sociales que indican que se ha producido ya la conversión de varones humanos en Homo ceres, no existe todavía una clara estructura política coercitiva. Göbekli Tepe fue construido por Homo predator como un centro tecnológico, un instrumento mediante el que fabricar poder de equivalencia y “cazar” buena suerte

con el mismo sentido pragmático y naturalista con el que construían puntas de lanza. Había allí un trabajo colectivo organizado y guiado (nunca supervisado) del mismo modo que se acometían otras empresas como la caza. Un impulso colectivo que adquiere unas características completamente diferentes en el seno de sociedades urbanas donde el grueso de la población no son ya Homo predator sino Homo ceres.

Al ganado, en este caso humano, hay que dirigirlo mediante la fuerza para que paste donde queremos, transporte nuestros productos, haga girar la noria... o construya un enorme sistema de regadío mediante el que multiplicar el terreno de cultivo y la productividad de la granja. Sin embargo, en Gasul, como hemos dicho, no existen indicios de mecanismos sociales coercitivos. ¿Cómo lograron, entonces, los pastores Homo predator que sus Homo ceres llevaran a cabo tan ingente trabajo?

Los símbolos que representan fuerzas naturales en el arte paleolítico adquieren un carácter sobrenatural por el simple hecho de que los Homo ceres viven en "otro mundo": el herbívoro-doméstico. Un inframundo, el del rebaño, dependiente del supramundo de los pastores. Lo que para los Homo predator siguen siendo fuerzas naturales que pueden controlar mediante la tecnología mágica o instrumental, pasan a

ser para los Homo ceres cosas o fuerzas de otro mundo, en el cual reside el control de los acontecimientos del que carecen al perder su "nexo predador" con el mundo. Al descender los humanos convertidos en Homo ceres a un mundo inferior, despojados de la confianza en sí mismos y de su poder sobre los acontecimientos, lo que queda por encima, su antiguo mundo de humanos depredadores, se contempla ahora como un mundo sobrenatural. Y el tótem con el que se identificaban se convierte no en una imagen de su propio poder sino en un equivalente de los postores a los que se suplica protección y alimento.

El sentimiento religioso expresa cómo perciben los humanos convertidos en Homo ceres el mundo de los depredadores, su poder, su confianza en sí mismos, incluso su inteligencia situacional independiente de todo tipo de sometimiento a leyes, principios, valores morales...

**Para los herbívoros, los depredadores, buenos y malos, pastores y lobos, pertenecen al mismo orden sobrenatural que el clima y ese lugar ignoto donde se deciden los acontecimientos: La Providencia.**

Si obedeces a los pastores y vas a donde ellos te dicen, entonces, lloverá, habrá pasto y estarás protegido de las

alimañas. Ellos Proveen. Si no, sufrirás sus represalias y serás abandonado a tu suerte. Expulsado del Edén, la Granja de Dios donde te dan la comida sin que tú tengas que buscarla, sino solo, tal y como ocurre en todas las granjas "cultivarlo y cuidarlo". "Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase" (Génesis 2:15) ¿Y qué ocurre si los Homo ceres comen del árbol prohibido y recuperan su naturaleza humana ("el conocimiento del bien y del mal"), volviendo a estar sometidos a su propia conciencia, expresión de la libertad individual? Pues que, como dijo la serpiente (¿de Göbekli Tepe?), no mueren, sino que "Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (Génesis 3:5). Y, entonces, una vez liberados de la domesticación, como sucede con todo animal que no es dócil, los Homo ceres que han recuperado su condición humana son expulsados de la granja para que "con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra" (Génesis 3:19). Más claro imposible. Si dejas de ser un Homo ceres, tendrás que buscarte por ti mismo el sustento, sin que te lo pongan en el pesebre o en el sueldo a cambio de trabajar para...

**Vivir en un Edén, en una granja, en una ciudad. Ese es el sueño de los Homo ceres.**

Haz un sistema de regadío y los dioses proveerán y serán benéficos. Y vivirás en un Edén. En realidad, sí hay coerción. Siempre sucede con rebaño. Pero se ha trasladado al mundo sobrenatural. Los pastores humanos participan ocultamente, disimuladamente, indistinguiblemente del poder del mundo sobrenatural, inventado, construido simplemente por la perspectiva que tienen los Homo ceres, desde su inframundo, del mundo de los depredadores, de los pastores. La alta tecnología paleolítica, la magia, transmutada en religión por el simple hecho de verla desde abajo, desde la perspectiva de un ñu y no desde la de un león. De rodillas, como un humano que ha perdido su antigua condición y no de pie, como un humano "verdadero".

### **Los dioses son los superiores jerárquicos de los pastores humanos.**

Es por esto que los verdaderos Homo predator no son religiosos. No tienen creencias ni fe, sino sólo voluntad y libre albedrío. Ellos viven junto al Olimpo, en el mundo depredador en el que sí se pueden controlar los acontecimientos. Ven a los dioses como súper Homo predator. Superiores en la jerarquía de un grupo de iguales. No se sienten sujetos a la ley, sino a su propia voluntad. Por el contrario, los Homo ceres domesticados para

hacer la función de perros pastores sí que son religiosos, creen, tienen fe, obedecen la ley y no se sienten más allá del bien y el mal. Esa es la inmensa diferencia entre un verdadero Homo predator, tenga o no poder social, y los poderosos Homo ceres no importa si son equivalentes de ovejas, de burros o de perros.

Los Homo ceres de Gasul construyeron un inmenso enjambre de regadíos “pastoreados” por las fuerzas paleolíticas convertidas en seres sobrenaturales a los que sólo pueden entender y tratar los Homo predator, sus administradores, sus sacerdotes, sus reyes pastores. Los Homo ceres de Gasul obedecieron a los representantes de los pastores sobrenaturales, labrando y cuidando el jardín del Edén, donde estaban recogidos y a salvo, y de donde no serían expulsados, mientras se mostraran sumisos. Es decir, mientras no escucharan a la serpiente de Göbekli Tepe.

**Los sacerdotes son pastores, y así se denominan expresamente a ellos mismos.**

Un paleolítico, un Homo predator, no tiene creencias sino evidencias que provienen de los distintos niveles de la realidad. No necesita una fe con la que creer en algo sobrenatural, inaccesible al pensamiento humano, sino que, a pesar de que esa parte del mundo natural sólo accesible mediante la magia,

la intuición y la fantasía se mantiene en una mayor “penumbra”, igual que lo están las cuevas, no es necesaria la fe para acceder a ella.

Descubrir mágica, intuitiva o fantasiosamente espíritus, es decir, esa otra parte penumbrosa que poseen las cosas y las personas, no es creer en dioses o entelequias de otro mundo. Los espíritus paleolíticos son algo de este mundo, incluso cuando su parte física haya desaparecido o esté oculta. No "creen" en los espíritus de los antepasados o en espíritus protectores tanto personales como grupales, sino que tratan con ellos como con cualquier otra cosa o ser vivo, pues la muerte no supone sino un simple cambio en el balance de luz-penumbra similar al que se da entre el día y la noche. Los muertos, para un paleolítico, siguen viviendo en otra dimensión de “este” mundo. Los acontecimientos vienen condicionados por los sucesos visibles y, también, por los invisibles. Dos realidades en un mismo mundo. Exactamente igual que piensa la Ciencia cuando inventa o descubre leyes, constructos teóricos, correlaciones: Que, visibles o invisibles, son cosas de este mundo.

De la misma manera que un Homo predator toma sus decisiones teniendo en cuenta los accidentes geográficos a la hora de buscar refugio o desplazarse, los acontecimientos le

muestran una topografía oculta que deben tener en cuenta para poder alcanzar su meta.

**Las casualidades son las huellas de esa topografía oculta.**

Las casualidades son como las huellas que sigue un rastreador, y los sucesos, más allá de corresponderse o no con nuestro deseo, nos muestran una topografía de acontecimientos en la que hay lugares, objetos y rutas favorables, y donde los impedimentos debemos entenderlos, no como cuestiones personales o avatares del destino, sino como simples accidentes orográficos frente a los que debemos reaccionar igual que lo haríamos ante una montaña, un río, una puerta cerrada, un viento en contra o una manada de leones.

Un paleolítico, un Homo predator, escucha el mundo en su integridad. Por eso, de repente, decide no seguir por ese camino “porque le da mala espina”. Los augurios forman parte de la percepción que hoy llamaríamos inconsciente, ese lugar que la Ciencia está descubriendo que no solo es la fábrica de la inmensa mayoría de nuestras decisiones sino que, además, en muchas ocasiones las toma anticipándose a lo que aún no ha sucedido en el plano/tiempo de la conciencia.

Un paleolítico no tiene caminos definidos. No tiene pasos concretos que sigue persistentemente aunque no le lleven al destino deseado. Un paleolítico tiene deseos, pero no planes prefijados e invariables para conseguirlos, sino que va acomodando su caminar, los planes, a la topografía de los sucesos. No desean “ir por aquí”, sino “ir allí”. Cazar al ñu. Ese es el deseo del león. Mientras que el del ñu es pastar, “caminar por aquí”.

Si un Homo ceres no consigue exactamente eso que se propone y de la forma en que se lo propone, o bien deja de intentar cualquier otra alternativa o persiste mecánicamente con la misma monótona laboriosidad con la que un herbívoro pasta. Un Homo predator aprovecha las oportunidades. Caza un ciervo que surge de repente aunque buscara un bisonte. Se dirige al norte en lugar de al sur cuando dos o tres casualidades auguran que en esa dirección encontrará impedimentos. Pero no abandona la caza, que es su objetivo/deseo. Un Homo ceres, si no logra lo que tenía proyectado, si las cosas no van como esperaba, se cansa enseguida y deja de buscar comida.

**Un Homo predator tiene voluntad adaptable. Un homo ceres tiene laboriosidad invariable.**

En la topografía de los sucesos debemos incluir cosas, montañas, valles, pendientes abajo o arriba y, también, seres vivos, animales peligrosos, presas, alimento vegetal... y antepasados o espíritus que han disminuido su parte física pero siguen "ahí" y pueden ayudarnos, perjudicarnos o ser indiferentes a nuestra suerte. Unos espíritus que, como cualquier otra cosa del mundo, están al alcance directo y personal de todo aquél que sea capaz de descubrirlos, exactamente igual que un manantial o una serpiente venenosa o una jugosa presa. Tal y como son, por ejemplo, las leyes de la física para la Ciencia, a las que nadie puede ver o tocar.

**La religión es el animismo de los Homo ceres que, al contrario que los depredadores, no conciben su propia acción como algo determinante en el mundo y en los acontecimientos.**

La religión sustituye los espíritus personales, familiares o tribales con los que cada individuo puede relacionarse directamente por unos dioses con los que sólo los pastores Homo predator pueden hacerlo para, luego, comunicar a los Homo ceres qué piensan y mandan esos dioses. En realidad nada ha cambiado, pues los verdaderos humanos, los pastores Homo predator, siguen teniendo espíritus personales que los

protegen para que ellos, a su vez, guarden, guíen y controlen al ganado humano, a los Homo ceres, mediante cercas mentales como la religión.

¿Qué diferencia a Göbekli Tepe de Gasul?

En Gasul esa fuerza espiritual paleolítica se convierte en fuerza religiosa que construye instalaciones agrícolas/ganaderas, el regadío, cuyo uso estará controlado por los Homo predator, estructurados en clases sociales mediante las que se expresa la jerarquía de los pastores (administradores, sacerdotes, terratenientes, comerciantes...) En Gasul, sin necesidad de usar la fuerza, cientos de hombres convertidos en ovejas, bueyes y perros humanos construyen un sistema de regadío de proporciones descomunales para la época, sometidos a los espíritus de los Homo predator.

No ha existido, hasta hace apenas unos cientos de años, ninguna sociedad civilizada que prescindiera de la religión. Porque la religión es la expresión de cómo ven los Homo ceres desde su perspectiva herbívora o perruna el mundo de sus pastores. Por eso no hay mejor método que la religión o sus variantes ideológicas, políticas, filosóficas y científicas para domesticar humanos y convertirlos en ovejas, bueyes o perros virtuales. No debe extrañarnos, por tanto, que fuera uno de los

primeros, si no el primer programa viral en aparecer cuando el Neolítico urbano, en el que aún nos encontramos, llevó a cabo el último gran salto en la artificialidad humana: La civilización.

## **Programas virales**

Para una oveja el alimento viene del cielo. Si llueve hay hierba, si no, no. No puede hacer nada para conseguirlo excepto trabajar, masticar todo el tiempo, ser laboriosa. Si convences a alguien de que su alimento viene del cielo, lo conviertes en oveja. Si llueve hay comida. Que haya hierba no depende de ella. Convence a un hombre de que es una oveja y pensará que el alimento, su subsistencia, no depende de él sino del cielo. Convence a un hombre de que el alimento proviene del cielo y no de lo que él haga y se convertirá en oveja.

**La mente estandarizada de los Homo ceres está constituida por programas virales más conocidos como creencias, principios, prejuicios, ideologías o valores.**

En Gasul se encontró una estrella y figuras humanas tocadas de extrañas cabezas con grandes ojos y cuernos. La religión es una consecuencia y, al mismo tiempo, uno de los mecanismos más sencillos y eficaces para transformar a los humanos en animales domésticos. Conforma buena parte de la mente superpuesta de los Homo ceres que funciona como un equivalente de la "inteligencia reactiva" herbívora gracias a la inserción de

percepciones, interpretaciones, valoraciones y decisiones estandarizadas que toman el control de los individuos suplantando al yo.

En la estrella de Gasul están representados y presentes los espíritus que residen en lo alto, en el cielo, de donde viene el alimento. Seres superiores, exactamente igual que lo son los pastores con relación a sus perros y a su ganado. Seres que sólo hablan con sus mediadores humanos, los Homo predator sacerdotes, y que dictan el camino, el modo de comportarse, los horarios, los alimentos permitidos... la verdad, el bien, el premio y el castigo.

La religión construye superpastores mediante los que implantar en las personas desde su más tierna infancia mentalidades sumisas, despojadas de todo atisbo de individualidad, espontaneidad y adaptabilidad. Sustituye el criterio propio por el criterio previo de la mente estandarizada, y a la inteligencia situacional carnívora, sensible a los cambios, a las peculiaridades de cada situación, a lo distinto, por otra reactiva, herbívora, centrada en la monotonía, en la regularidad y la laboriosidad. Vacas o perros siempre sumisos, despojados de iniciativa, de voluntad o intereses individuales. Guiados por

manuales de conducta que implantan leyes, cosmovisiones, creencias, valores, principios o ideologías.

El proceso de domesticación del hombre requiere procedimientos educativos y culturales, así como estructuras sociales especializadas (religión, política, ideología, moral...) más complejos que los usados en un principio para someter a la mujer. Y en eso consiste exactamente la civilización, en un conjunto de procedimientos de alineación y alienación pensados inicialmente para los varones y que terminó aplicándose también a las mujeres, especialmente en las sociedades en las que existía una mayor igualdad de sexos. Una vez completado el proceso de domesticación, al que eufemísticamente llamamos socialización o educación, la mente estándar es vivida como parte del propio yo y sus contenidos son considerados como realidades objetivas.

**No tienes principios, valores o creencias. Ellos te tienen a ti.**

En nuestro mundo moderno e ilustrado es fácil ver la alienación que supone la religión. No obstante, miles de millones de personas conservan intactos sus programas virales religiosos así como sus derivados morales, cosmológicos, políticos, psicológicos y hasta alimentarios. Los principios, las creencias,

los valores y las convicciones son automatismos que se instalan desde la infancia junto a otro programa viral dedicado exclusivamente a proteger todo ese paquete invasivo para que no lo eliminemos. Y lo hace convenciéndonos, primero, de que no son programas virales sino “valores” sin los que la vida civilizada y la sociedad misma serían imposibles. Y, cuando ese programa de protección viral fracasa, entonces, se desencadenan automáticamente una serie de mecanismos sutiles encaminados a distraernos, a olvidar el asunto, a menospreciarlo...

Los programas virales toman también el control social y no sólo el de los individuos. Mediante una serie de estructuras camufladas bajo los más variopintos epígrafes crean una presión social con la que proteger la mente estándar insertada en la población de Homo ceres. No tener principios, valores o creencias es considerado algo antisocial, peligroso, incluso inhumano. ¿Y tú en qué crees? Es una de las preguntas habituales entre los Homo ceres. Hay una pulsión psicológica instaurada desde la infancia, así como una inmensa presión social para asumir ideas predeterminadas, inamovibles, incluso contradictorias.

Los pastores buscan proteger e incrementar sus rebaños. De ahí los enfrentamientos, muy a menudo extremadamente violentos, entre las distintas cosmovisiones estandarizadas, las creencias, valores y principios que conforman a las identidades colectivas. Y todo ello sin que los poseídos por las mentes estandarizadas sean capaces de resistirse a la manipulación, porque el control procede de su interior y se vive como un convencimiento propio y voluntario.

**Basta con asumir cualquier ideología y, entonces, “¿desea permitir que este programa realice cambios en el equipo?”**

El relativismo moral es denostado y, con frecuencia, perseguido entre los Homo ceres como un peligroso vicio antisocial que puede acabar con la civilización, es decir, con el orden ganadero y su seguridad, sobre la que se edifica la apariencia de libertad. El orden como uniformidad y colectivización propio de las masas de herbívoros no depende de las opiniones particulares ni de las circunstancias, sino de las órdenes de los pastores, no importa como se disfracen.

**El relativismo moral se identifica con la amoralidad y, esta, con la barbarie como sinónimo de incivilidad.**

Ser amoral, es decir, relativista, cuestionar, interpretar o aplicar según la propia conciencia y el libre albedrío, las verdades, principios, creencias o valores recopilados en ese "manual de uso", se iguala con ser un sujeto peligroso, innecesaria y cruelmente dañino. Un lobo y no un cordero (propiedad) del señor. Del único Señor.

Y, sin embargo, los moralistas se ven obligados a aceptar enormes dosis de relatividad en sus valores y principios. ¿Matar es malo? Sí. ¿Matar para defenderse es malo? No. Al final, la respuesta es que la ley no es relativa, sino sólo interpretable... por los pastores. ¿Por quién si no?

Los Homo predator no tienen leyes, sino que se rigen por acuerdos entre ellos. La "razón de estado" ejemplifica de un modo moderno la amoralidad de los Homo predator que pastorean al resto de los humanos. Es más, si el poderoso no es amoral, podemos estar seguros de que no es un verdadero Homo predator. El poder de hacer leyes, administrarlas... y sortearlas forma parte de los poderosos, que sólo serán verdaderos Homo predator en la medida en que, en su interior, no se sientan obligados por dichas leyes, que sólo sirven para guiar y controlar al ganado. Y ellos no forman parte del rebaño,

sino que lo dirigen en nombre propio o de un superpastor invisible que habita en otro mundo distinto y superior al nuestro.

### **Los verdaderos Homo predator son amorales.**

¿Pero acaso son estos seres amorales necesariamente malvados? La pregunta para un Homo predator, que no piensa el mundo en los términos de mal-bien entendidos moralmente, no tiene sentido, pues algo es bueno o malo sólo con relación a un determinado código moral o programa viral y en la cosmovisión del Homo predator las cosas no son malas o buenas sino, en todo caso, dañinas o no dañinas, convenientes o inconvenientes, proporcionadas o no.

El criterio de los Homo predator no son los códigos morales, sino la libre conciencia individual. De hecho, la esencia del código penal es el dolo, es decir, la conciencia, la voluntad individual y libre.

¿Qué vertebral, entonces, la sociedad de los Homo predator?

### **Las normas.**

Las leyes establecen un orden basado en la uniformidad. Las normas, un orden basado en la armonía. Las leyes anulan la

individualidad. Las normas canalizan la lealtad. Las leyes se incumplen, las normas se traicionan. La ley implica un orden preestablecido, independiente de la situación o el acuerdo de los individuos. La norma establece un orden en función del acuerdo de los individuos. La ley conlleva un juicio de valor, la norma no.

**Las leyes son equivalentes a las órdenes de los pastores.  
Las normas, a los acuerdos entre hombres libres.**

La moral, paradójicamente, es siempre relativa. La norma no. La norma supone una topografía por la que deben conducirse quienes quieran vivir en un determinado territorio social. Y, de la misma manera que los valles y las montañas no son relativos, las normas del grupo tampoco lo son. Pueden cambiarse por acuerdo pero, mientras están vigentes, son absolutas. En ningún caso podemos saltarnos una señal de stop. Matar puede ser malo o bueno, depende de las circunstancias. Saltarse un stop no es ni malo ni bueno, es siempre inaceptable.

**La norma es arbitraria en su concepción pero absoluta en su aplicación.**

Da igual circular por la izquierda que por la derecha. Alguien que circula por la izquierda donde hemos acordado circular por

la derecha no es un malvado, sino un loco, un idiota y un peligro. Puedes ir donde quieras pero por la derecha. Puede parecer accesoria pero esta distinción es esencial: la norma es simplemente un acuerdo social, un pacto, un contrato.

En una sociedad que siga el modelo de disidencia-lealtad, tienes que aceptar y acatar las normas establecidas por elección directa y continua de sus ciudadanos si quieres vivir en ella. Por tanto, lo único que se castiga es el incumplimiento de la norma y no el asesinato, el robo, la violación o la estafa. Por eso no puede existir ningún tipo de retroactividad, porque lo que se castigó en su momento no fue una conducta que, ahora, se puede despenalizar, sino el incumplimiento de la norma, de la palabra dada.

**No se castiga por violar sino por incumplir la norma que prohíbe violar.**

Un buen ejemplo de lo que es una norma lo constituye el código de la circulación. Pero también lo son los códigos legales que no limitan las libertades individuales, excepto cuando se utiliza la coacción o el engaño en la relación con los demás. Porque la armonización de las individualidades en un orden social de libertad sólo tiene como función evitar los accidentes e

impedir que alguien haga juego sucio para competir o relacionarse con los otros.

La ley impone un orden basado en limitar la libertad individual. La norma, un orden basado en armonizar la máxima libertad individual. De hecho, uno de los principios rectores de las normas en contraste con las leyes es que debe escogerse siempre la alternativa que, a igualdad de cualquier otra circunstancia, permita una mayor libertad individual.

Lo más parecido a leyes que podríamos encontrar entre los Homo predator ajustados al tecnosistema paleolítico serían dos normas básicas: Haz siempre el mínimo daño imprescindible. Y devuelve daño con daño y favor con favor (o, dicho en términos morales, bien por bien y mal por mal) Porque si no devuelves el favor, te quedarás sólo y, si no devuelves el daño, lo alimentarás al crear una expectativa de impunidad.

Sin embargo, para los Homo ceres, esas normas chocan frontalmente con su moral de granja y provocan una reacción de miedo-rechazo al identificarlas con la amoralidad de los depredadores, que es la misma, aunque el sistema de virus mentales civilizados lo oculte, que la de esos pastores que dicen a su rebaño: No hagas nunca ningún daño, porque estarás perjudicando el interés general de la granja. Y no te vengues,

porque el uso de la violencia para defender o castigar pertenece en exclusiva a los ganaderos, que son los administradores... también de la justicia. La venganza es de Dios o del karma, pero no de los humanos domesticados. Más aún: pon la otra mejilla.

Indefensión y mansedumbre. Las virtudes de toda buena res. Es tan literal y evidente que solo las personas verdaderamente convertidas en una especie virtual domesticada, los Homo ceres, podrían dejar de verlo.

## Nexo predador

Los programas virales no son suficientes para convertir a un humano en Homo ceres si no se destruye su voluntad. No es lo mismo amaestrar una oveja que un perro. Para poder inocular una mente estandarizada, un yo virtual que cortocircuite al yo real, en especies predadoras como la humana, es necesario destruir y mantener anulada durante el proceso de infección viral o parasitaria lo que podríamos llamar genéricamente la “confianza en uno mismo” mediante un proceso que, en esencia, sustituya el “**puedo**” por el “**no puedo**”.

El modo de conseguir el alimento determina en gran medida el carácter de los depredadores. Los animales herbívoros obtienen su comida de las plantas, que no pueden escapar ni defenderse, por lo que la acción de los herbívoros no es determinante. Comer no depende tanto de lo que ellos hagan como de que haya o no comida. Su destino viene determinado fundamentalmente, y por este orden, por la suerte y la laboriosidad. No necesitan de la iniciativa propia para poder “capturar” la comida. Pero es que, además, su relación con los depredadores es también reactiva: camuflaje, huida o defensa.

Los búfalos, los toros bravos o los elefantes **reaccionan** atacando para protegerse a ellos o a los suyos.

Los depredadores no pueden permitirse tener un carácter pasivo o reactivo para conseguir su alimento, porque su alimento tiene la fea costumbre de esconderse, huir o defenderse. Comer, por tanto, depende de forma determinante de lo que ellos hagan. Su destino, por tanto, viene determinado por la suerte y la acción.

En el caso de los herbívoros la comida depende de la “acción” de cosas ajenas a ellos: el clima, la tierra o los pastores. Los depredadores dependen de su propia acción. El nexo de los depredadores con el mundo conlleva el convencimiento de que pueden cambiar las cosas, de que lo que suceda depende sustancialmente de lo que ellos hagan.

Este nexo predador, que debería en mayor o menor medida caracterizar a los humanos *Homo simulator*, se pierde cuando son convertidos en animales domésticos *Homo ceres*, adquiriendo el nexo herbívoro, lo que les lleva a perder el control sobre su vida, que se vuelve pasiva, reactiva, dependiente y laboriosa. Mientras los no domesticados conservan el nexo predador que caracteriza nuestra “naturaleza” virtual desde, al menos, la aparición del *Homo erectus-ergaster*:

Inteligencia situacional, tenacidad, tolerancia a la frustración, curiosidad, iniciativa, cálculo del riesgo asumible...

Un Homo predator mantiene intacta la convicción de la incidencia de su acción sobre el mundo. Un Homo ceres ha perdido casi por completo ese nexo, de manera que se comporta como si su conciencia, su voluntad y su actuación no tuvieran una incidencia directa y decisiva en el mundo. Los Homo ceres creen que por sí mismos no son capaces de nada y deben someterse al amparo (y las decisiones) del pastor, bien sea este otro humano, un dios o una institución. Lo que oímos de ellos es "no puedo", "¿dónde busco trabajo?", "no sé qué hacer"...

La domesticación es un proceso tan potente que, incluso en el caso de los perros, animales carnívoros, logra destruir en gran medida ese "nexo predador" esa confianza entre la propia acción y los sucesos. Y lo hace mediante un procedimiento extraordinariamente parecido al que se usa con los humanos, diferenciándose sólo por la complejidad de los mecanismos y estructuras sociales implicadas y por el nombre que le damos: "amaestramiento" en el caso de los perros, "educación" en el de los humanos.

En aquellas situaciones de trabajo especializado, por ejemplo las tareas propias de perros pastores, de guarda, policiales o lazarijos, se les instruye mediante condicionamiento clásico y operante para sentir y reaccionar de una determinada manera, mientras en el resto de situaciones y actividades no sometidas a procesos de aprendizaje, se les inculca una **inhibición general** a la hora de tomar la iniciativa y resolver los problemas por su cuenta. Inhibición que sólo el líder de la manada, el dueño o cuidador, puede aliviar parcialmente. Y eso explica que los perros que presentan una mayor autonomía y propensión a actuar por su cuenta en situaciones no programadas por el aprendizaje son peor aceptados por los humanos... neolíticos. Los humanos paleolíticos, sin embargo, quieren personas o perros autónomos y con iniciativa que se acoplen a la acción combinada del grupo pero que no supongan una carga para el mismo sino que, al contrario, aporten su disidencia, su iniciativa propia.

El experimento llevado a cabo por Monique Udell (Biology Letters 6 Septiembre 2015) resulta extraordinariamente ilustrativo a este respecto, porque no sólo muestra esa inhibición general o pérdida del nexo depredador en los perros sino que nos permite ver los efectos del proceso de domesticación en los humanos para destruir su capacidad de

iniciativa, confianza en sí mismo y el uso de la inteligencia situacional. En concreto, el experimento muestra la pérdida de lo que llamamos “nexo predador” con relación a un aspecto decisivo: Los perros domésticos han inhibido su capacidad para resolver de forma independiente problemas que se dan en una situación para la que no han sido adiestrados. Y deberíamos añadir. La misma inhibición que presentan los Homo ceres.

En el estudio se utilizaron diez perros mascota, otros diez provenientes de un refugio y diez lobos criados por humanos, a todos los cuales se les sometía a determinados retos que debían resolver por sí mismos. En uno de estos retos se dejaba al animal olfatear una salchicha que, posteriormente, era tapada con un recipiente de plástico transparente. Para retirar la cubierta, el perro debía mantener una pata apoyada en un recuadro en el suelo y, a la vez, tirar de una cuerda atada a la tapa. Los animales tenían dos minutos para completar la tarea.

El resultado fue demoledor: Absolutamente ninguno de los perros de compañía consiguió superar la prueba, mientras que entre los perros del refugio sólo hubo uno que sí lo logró. Por contra, ocho de los diez lobos lograron rápidamente abrir la tapa.

A continuación se permitió que los propietarios o cuidadores de los perros animaran a los animales para conseguir la comida y, sorprendentemente, bajo estas circunstancias, cuatro de los perros del refugio y uno de los de compañía lograron superar la prueba.

Estos resultados ponen de manifiesto varias cuestiones interesantes. Los lobos tienen una inteligencia superior a los perros que, además, está orientada adaptativamente a la situación. Pero las diferencias en inteligencia no son tan grandes como para explicar los resultados. Debe intervenir algún otro factor. Y, en efecto, así es. La persistencia. Los lobos insistieron para conseguir la comida durante mucho más tiempo que los perros, quienes al poco tiempo de comenzar la prueba miraron a sus propietarios en busca de ayuda.

Todo esto pone de manifiesto que la domesticación de los perros, como la de los humanos, se basa en lograr que no hagan las cosas que ellos quieren y como ellos quieren sino en que inhiban sus acciones y esperen a realizarlas cuándo y cómo les digamos. De hecho, aquellos perros que no logran esta inhibición y conservan una mayor iniciativa suelen acabar abandonados. Lo que explica que los perros del refugio, peor

domesticados, tuvieran un mejor rendimiento que los de compañía.

El factor de inhibición de la voluntad nos muestra que la destrucción del nexo predador, independientemente de la menor inteligencia de los perros, es determinante para la domesticación. De hecho, en un estudio anterior, un cachorro de ocho meses sí fue capaz de solucionar el reto. Lo cual nos indica que la domesticación, especialmente en el caso de depredadores como los perros o los humanos, requiere procesos de amaestramiento más o menos complejos que tardan en implantarse a lo largo de la infancia de los animales. Y en eso consiste precisamente la educación civilizada, no en promover la inteligencia situacional de los niños tal y como se haría en un contexto “paleolítico” y como sí hacen los pastores Homo predator con sus hijos, sino en romper el nexo predador, eliminando la confianza en su propia iniciativa para que inhiban su acción hasta obtener permiso y aliento... por parte del pastor.

Al igual que los perros de refugio del experimento, los humanos que han sido peor domesticados, aquellos que no poseen unas características psíquicas favorables para la domesticación o los que se encuentran en una situación de abandono, desvalimiento o marginalidad, no solo deben resolver los problemas por su

cuenta en mayor medida que aquellos otros bien domesticados y con dueño, es decir, bien integrados en la sociedad (en la granja), sino que sufren una menor inhibición general. El nexo predador, ese vínculo emocional, cognitivo y volitivo que conecta a los depredadores con el mundo, es sustituido durante el proceso de domesticación civilizada por otro en el que no es el individuo el que toma la iniciativa sino que esa iniciativa le corresponde al entorno, a los acontecimientos, a los pastores... o a los depredadores.

### **La laboriosidad es el nexo herbívoro.**

Para un Homo ceres no es posible incidir en el mundo mediante sus propias decisiones sino que sólo puede acoplarse a él mediante la repetitividad herbívora. Concibe huir-esconderse-defenderse, reaccionar ante lo que sucede, pero no accionar para que suceda lo que desea. Sólo encontrando una ocupación, una colocación, un lugar donde pastar o donde recibir la ración de pienso (el sueldo) es posible sobrevivir (ganarse la vida). El Homo ceres no es capaz de iniciativa y, además, no encuentra espacio libre en el que aplicarla porque todo lo que percibe o puede imaginar está ocupado por la granja, y en ella no hay cabida para la espontaneidad, la creatividad o la decisión, cosas todas ellas de pastores. El espacio civilizado sólo permite

ejercer el vínculo predador a los granjeros, a los Homo predator. El resto deben trabajar, que es sinónimo de pastar.

### **La laboriosidad sustituye a la aventura. La reactividad a la iniciativa.**

Ser trabajador es una virtud neolítica tan determinante para el sostenimiento de la granja humana y la supervivencia de la mente domesticada que la presión contra los no trabajadores, los vagos, es uno de los pilares de las culturas civilizadas, en las que el ocio es un privilegio de los Homo predator, mientras la desocupación, el desempleo o la desidia es un pecado además de un peligro para el común de los humanos domesticados. Laboriosidad, pero no voluntad propia y tenacidad adaptativa que, como hemos visto en el caso de los perros comparados con los lobos, no es una de las virtudes que acompañan a los animales domesticados.

### **Los lobos son tenaces. Las ovejas, laboriosas.**

Un depredador dedica mucho tiempo al ocio, al juego, a las relaciones sociales, a la inactividad o a la exploración. Y además, tiene una tolerancia a la frustración muy superior a la de los herbívoros. Tenacidad y laboriosidad no son sinónimos. La tenacidad predadora no es repetitiva sino adaptada a la

situación y a los cambios en el entorno. Por eso la repetitividad y laboriosidad condena a muchos niños al fracaso escolar, a la inadaptación y marginalidad social y laboral. El clavo que más sobresale se lleva el primer martillazo. Y, sin embargo, son esos niños mal domesticados los que traen el progreso a las sociedades civilizadas que los marginan. Ellos son los que encuentran una nueva perspectiva mediante la que disolver problemas irresolubles, porque son capaces de aplicar el nexo predador a su entorno y descubrir elementos de la realidad que la cosmovisión dominante no puede ver o aceptar. Son los científicos menos académicos y ortodoxos o aquellos que no dominan un campo concreto los que generan avances, porque su "ignorancia" permite espacios de libertad para explorar sin verse limitados por los prejuicios del eruditismo.

### **Repetitividad, laboriosidad, obediencia, pasividad.**

Los pastores utilizan el impulso gregario para dirigir a sus rebaños. Las masas humanas se controlan exactamente igual que los rebaños, usando el impulso gregario que desencadena estampidas o que inmoviliza a los animales en agrupaciones defensivas. Los gritos, las arengas, los silbidos, los ladridos del perro, los altavoces, el movimiento de unos pocos que contagia a toda la manada. Ver una manifestación humana es

contemplar hasta el mínimo detalle a un rebaño moviéndose física y emocionalmente a las órdenes de los pastores y sus perros. Utilizando un instinto gregario que funciona con individuos aislados exactamente igual que en masa.

**El impulso gregario es la expresión de la mente colectiva individualizada en los miembros del rebaño.**

Lo mismo que siente un herbívoro cuando reacciona gregariamente dentro de una manada es lo que siente un Homo ceres manejado por sus pastores y sus perros (jefes, policías, sacerdotes, jueces...) o por el programa viral en el que esas órdenes han sido introyectadas en la mente estandarizada que posee y sustituye al yo. Un Homo ceres se mueve por instinto gregario incluso estando solo.

**El sentimiento dominante del instinto gregario es el miedo.**

La unión de instinto gregario y miedo puede provocar una de las reacciones más temidas por los ganaderos: la estampida. Para comprobar hasta qué punto se trata a las sociedades civilizadas como rebaños, basta con analizar lo que ocurre ante una amenaza de pandemia. Se oculta o se desmiente toda información que pueda crear alarma y, por tanto, una

estampida, lanzando mensajes que tratan de calmar al ganado humano de forma groseramente pueril: "Hacemos un llamamiento a la calma". "La situación está plenamente controlada". "No hay absolutamente ningún motivo para la alarma" y "la única recomendación es que sigan escrupulosamente las indicaciones de las autoridades".

Pero son también estampidas controladas, generalmente ficticias, las que sirven para llevar al rebaño humano a donde se desea o inmovilizarlo sin necesidad de encerrarlo en un corral. Los perros son, exactamente, una amenaza ficticia y controlada. Los perros de cuatro y de dos patas. La sociedad neolítica de los Homo ceres se sustenta tanto en las amenazas como en las seguridades controladas, generalmente falsas o exageradas. Unas fórmulas de control ganadero que funcionan con endiablada sencillez y eficacia tanto con los rebaños de animales domésticos "reales" como con los "virtuales".

La vida de los Homo ceres bascula entre dos emociones básicas: el **miedo** y la tranquilidad entendida como **ausencia de miedo**. Un miedo que viene manejado con eficacia diabólica por los programas virales para establecer lo que podríamos denominar "**trampa temporal**".

Uno de los aspectos más llamativos de las culturas paleolíticas es su ausencia de preocupaciones. Viven una existencia en el presente donde hay dificultades, peligros, y contrariedades pero no problemas. Los Homo ceres, por el contrario, viven atenazados por el miedo al futuro y el recuerdo mórbido del pasado, aunque el pasado y el futuro, tal y como lo ve un Homo predator, no existen, excepto como una sombra de miedos que crean peligros irreales en el futuro o como el recuerdo obsesivo de errores del pasado que ya no pueden dañarnos.

Anticipar sucesos y planear acciones no es lo mismo que vivir en un futuro que, tal y como lo perciben los Homo ceres, es algo impuesto que se nos viene encima sin que nuestras acciones apenas puedan hacer algo para evitarlo o modificarlo. El futuro es una pesadilla que escapa al control de los humanos domesticados, mientras que para los Homo predator es un sueño despierto en el que pueden planificar su acción acción.

**Los Homo ceres tienen anhelos y miedos. Los Homo predator, planes.**

La estacionalidad de la vida civilizada, esencialmente agrícola y ganadera, establece una cronología lineal que, unida a la ausencia de seguridad en uno mismo, a la confianza en la acción propia para incidir en los acontecimientos, genera una

ansiedad crónica, muchas veces completamente desapercibida, que viene determinada por el miedo al futuro. Un futuro que, en el caso del Homo ceres, apenas depende de él.

¿Lloverá? ¿habrá hierba suficiente? ¿me darán trabajo? ¿lo perderé?

Finalmente, la deslocalización desde el presente al futuro o al pasado se convierte en una fuente de ansiedad invalidante que domina a los Homo ceres y los hace extremadamente proclives a reaccionar gregariamente tanto de forma personal como colectiva. El miedo inconcreto, semiconsciente y permanente sustentado por la trampa temporal es un estado perfecto para mantener domesticado a un depredador como el hombre. Y es por eso que la destrucción de esta trampa deviene automáticamente en una reducción de la ansiedad que, a su vez, propicia el restablecimiento del nexo predador.

Aunque no sea suficiente como para transformarnos en Homo predador, vivir el presente es una fórmula sencilla y eficaz de reducir la efectividad de los programa virales que nos mantienen esclavizados. Pero resulta muy difícil vivir el presente cuando nuestro nexo predador ha sido destruido.

Un Homo predator no come “pasto” o “pienso”. Se levanta cada mañana sabiendo que tiene que conseguir su comida y, lo más importante, que sí puede conseguir su comida. Tiene esa capacidad y confía en ella. Aunque sea muy difícil o incluso, finalmente no lo consiga a pesar intentarlo tenazmente.

Un Homo ceres come “pasto” y “pienso”. Depende de que esos alimentos estén ahí o alguien, el pastor, se los suministre. **No tiene** que conseguir su comida porque **no puede** conseguir su comida. Si no tiene trabajo u otra fuente de ingresos como la beneficencia pública o la ayuda de los demás, no puede hacer nada. Está convencido de que su iniciativa o actividad tienen escasa o nula influencia para cambiar el estado de cosas en el que vive. La actitud de un Homo ceres es “¿Si no tengo trabajo, qué puedo hacer para ganarme la vida excepto buscarlo (buscar pasto) o balar para que alguien me ayude?

Cuando un depredador no consigue comida o no logra escapar de donde está encerrado termina cayendo en un proceso de indefensión caracterizado por una sucesión de estados que podríamos incluir en el cajón de sastre de la “depresión” y, de alguna manera, parece prepararse para morir. Se trata de un mecanismo profundo del que sólo se puede sacar al animal forzándolo a moverse, comer y beber, porque, de otro modo,

terminan muriendo. Pues bien, los Homo ceres, en la medida en que tienen destruido su nexo predador, sufren de este proceso de indefensión de forma crónica, sin que necesariamente terminen muriendo, sino que se mantienen en ese estado como zombies.

El síndrome de indefensión presenta una secuencia que se inicia con la inquietud psicomotora y la ansiedad, pasa luego a la agresividad y, finalmente, termina en la depresión. Es un mecanismo natural y sano convertido en un trastorno que en términos de psicopatología clásica podríamos denominar neurótico por comparación con el de los Homo predator, que sería psicótico, siendo aquél generalmente crónico y, este último, agudo.

La neurosis típica de los Homo ceres, una consecuencia inevitable del proceso de transformación de un animal depredador, el Homo sapiens, en un animal herbívoro domesticado, el Homo ceres, es una fuente de incapacidad personal que, añadida a la pérdida del nexo predador y a la deficiente e insana alimentación neolítica, establece un estado mórbido que permite sobrevivir a la mente estándar. La neurosis es el correlato psicológico más eficaz para mantener a buena parte de los humanos civilizados en un estado de minusvalía

extrema, protegida por los programas virales para que los individuos sometidos a ella no puedan “curarse” y recuperar su nexo predador.

Ser un Homo ceres implica inevitablemente ser neurótico. Pero no se es neurótico por el simple hecho de ser un Homo ceres, sino por el choque entre el yo predador y la mente estandarizada que se implanta en el proceso de domesticación. Ese es el origen de la neurosis, y no la simple represión sexual.

**La neurosis es la manifestación de la posesión del yo por la mente estándar civilizada.**

Estamos neuróticos en la medida en que estamos poseídos. Y estamos poseídos en la medida en que hemos sido civilizados. Es decir, transformados en Homo ceres, una especie virtual de humanos domesticados.

## Humano cerealizado

Los depredadores sienten ansiedad, pero rara vez se produce de forma crónica cuando están en libertad. Los Homo ceres padecen en mayor o menor medida ansiedad crónica de la que sólo pueden librarse de dos maneras: recuperando su nexo predador o transformándose completamente en Homo ceres para alcanzar la última fase del proceso de indefensión, la depresión, que será vivida como algo positivo. Una depresión sin rasgos percibidos de tristeza. Una **depresión insulsa**.

Muchas doctrinas religiosas, filosóficas y científicas postulan esta regresión hasta la mansedumbre herbívora como un estado ideal en el que la felicidad se asocia a la calma y, esta, al distanciamiento emocional con relación a los sucesos, el desapego del mundo, la paz interior o la relajación. No te alteres, que no te afecte, desconéctate de lo que te rodea, pierde el sentido de las cosas que viene escrito en cada situación y aplica siempre el mismo significado que está cifrado en tus creencias, valores, principios, dogmas... es decir, en la sabiduría prescrita y siempre verdadera. En realidad todo esto sólo se trata de un equivalente de esa otra emoción preponderante entre los herbívoros, el no-miedo, a la que se

superpone una imagen edulcorada del estado de postración y abandono que se produce al final de la cadena de los procesos de indefensión para crear una versión positiva de la neurosis vital, en la que los sentimientos de dolor y ansiedad se han anestesiado, que no eliminado. Pero es que, además, si desconectas a un Homo ceres de lo que le rodea, si lo mantienes indiferente a los sucesos, previenes el despertar de su nexo predador.

El universo emocional de los herbívoros viene dominado en el caso de los adultos por dos emociones, el miedo y el no-miedo. Y es esta última emoción con la que mejor podemos identificar ese estado de calma que pretenden inducir en los Homo ceres tanto las doctrinas religiosas como las técnicas psicológicas y farmacológicas que tienen como objetivo casi exclusivo luchar contra la ansiedad crónica induciendo en las personas un atontamiento o vacío mental que las doctrinas domesticadoras describen con deslumbrantes eufemismos: revelación, iluminación, paz interior, éxtasis...

La felicidad herbívora descubre su verdadera naturaleza cuando surge la calma al apagar por completo al yo, por ejemplo, en el diván del psicoanalista, donde el paciente termina entregado a la voluntad del terapeuta, hasta extremos como la hipnosis.

Pero el problema no es la ansiedad, que es un mecanismo tan sano y eficaz como la fiebre, sino lo que desde el psicologismo moderno llamaríamos la “neurosis” del Homo ceres o, desde perspectivas más tradicionales como la religión o la filosofía, la “angustia vital”.

El tormento que genera el conflicto entre la mente virtual herbívora y el verdadero yo sólo se disuelve convirtiéndonos de nuevo, como cuando éramos niños y aún no habíamos sido amaestrados, en Homo predator. O se alivia, pero no se resuelve del todo, entregándonos completamente a esa mente herbívora y a su estado anímico dominante de no-miedo. Porque, en este último caso, incluso los episodios de miedo se gestionan de forma completamente enajenada y, por tanto, equivalente a lo que de manera natural sienten los herbívoros: miedo sin ansiedad crónica.

Entregarnos completamente al dominio de los programas virales y vivir la depresión insulsa de los felices creyentes o liberarnos de esa mente virtual para recuperar el nexo predador. En esto último debería aplicarse la ciencia y la religión liberadora (quizá algo aún por inventar) y no en entontecernos herbívoramente para que soportemos sin demasiado sufrimiento la neurosis de la posesión.

Una tarea titánica la de liberar a un adulto domesticado como Homo ceres, porque a los sutiles y potentes mecanismos enajenantes de la mente estándar se une la propia estructura social y económica diseñada para mantener a una inmensa mayoría de humanos como herbívoros virtuales. Por lo que, mientras esta estructura social no sea desmontada, a los Homo ceres les resultará casi imposible no ya liberarse, aunque sea parcialmente, de la mente estándar que los posee, sino tan siquiera descubrirla.

### **Vivimos en una granja.**

La estructura social, política y económica del tecnosistema neolítico está organizada para evitar la liberación del ganado humano. Por eso, dado que los espacios vitales están ocupados por la granja, es muy complicado ganarse la vida de otro modo diferente a la laboriosidad herbívora. Una laboriosidad, el trabajo, que a su vez retroalimenta el estado de ánimo herbívoro que impide ver los resquicios de la liberación. Pero, si lograras liberarte, las consecuencias serían terribles. Tras la expulsión del Edén, la maldición del pastor divino fue espeluznantemente clara: "Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste sacado".

Tendrás que sobrevivir con tu propia iniciativa y esfuerzo. Y ahí afuera hace mucho frío.

Trabajar, mantenerse ocupado, entretenido... todo un amplio espectro de palabras, frases, consejos y mandatos que hacen referencia constante a ese sinónimo de la rutinaria ausencia en la que viven los herbívoros: laboriosidad. Los herbívoros dedican la mayor parte de su tiempo a comer y digerir un alimento energéticamente muy pobre y fisiológicamente muy costoso de asimilar. Viven la mayor parte del tiempo desde el sistema digestivo. Allí donde ellos y nosotros poseemos un "segundo cerebro".

Cien millones de neuronas, un número equivalente al de la médula espinal, conforman un sistema complejo capaz de aprender y recordar de manera independiente al sistema nervioso central. Neuronas que se encuentran en el tracto gastrointestinal y constituyen el sistema nervioso entérico, SNE, que se comunica con el sistema nervioso central, SNC, compartiendo información y afectándose mutuamente, de manera que los estados anímicos tienen una repercusión en la actividad digestiva y esta, a su vez, influye en el estado de ánimo. Pero, además, la actividad digestiva disminuye la actividad encefálica, induciendo un estado psicológico de sopor.

Estar ocupados en tareas monótonas disminuye la actividad cerebral de forma equivalente a estar pastando y digiriendo. La laboriosidad activa el cerebro digestivo, SNE, y “apaga” al cerebro SNC que, en ausencia de señales de alarma, permanece en el estado de calma herbívora del no-miedo.

**La laboriosidad es un correlato de la deglución-digestión permanente de los herbívoros.**

En los Homo ceres, la laboriosidad logra anestesiar los efectos de la neurosis (inquietud, ansiedad, agresividad y depresión) mediante un mecanismo equivalente al de la deglución-digestión herbívora. Pero cuando surgen impulsos predadores o se activa la trampa temporal (especialmente el miedo al futuro como algo real en el presente), la neurosis queda enlazada con el proceso de retroalimentación oscilatoria en el que sube y baja la ansiedad, la inquietud psicomotora, la agresividad y la depresión.

Sigmund Freud describió este proceso desde un punto de vista sesgado hacia la herida por la que supuraba su mundo: la represión sexual. Y esto, en realidad, fue una sutil estratagema de sus programa virales encargados de mantener oculto el engaño de la mente estándar civilizada para que no descubriera el sencillo pero no simple mecanismo que subyace tras la

neurosis: la transformación de un humano en miembro de la especie virtual Homo ceres.

Las pulsiones, más amplias que la mera sexualidad, y el rico cromatismo emocional de los depredadores no provienen del inconsciente ni se mantienen en él reprimidas, sino que son ocultadas por capas y capas de la monótona escala de grises de la emocionalidad herbívora de "miedo" o "nada" (esto es, finalmente, el "no-miedo"), así como por la realidad virtual de la mente implantada en el proceso de civilización. Todas las pulsiones, emociones, percepciones, opiniones y decisiones del yo real depredador están siempre ahí, presentes en la conciencia. Pero, en la medida en que estemos civilizados, son sustituidas/anuladas/ ocultadas por la mente estándar, ese gran programa viral con apariencia de "yo". El rico cromatismo emocional de los carnívoros se sustituye por un abanico de tonos grises construidos a partir del bicromatismo herbívoro: miedo-no miedo, negro-blanco, bueno-malo, verdad-mentira... Pero no desaparece. La fuerza del yo predador sigue ahí. Y, cuanto mayor potencia tenga, más violento será el conflicto con la mente estándar que lo tiene encarcelado.

Finalmente, la revelación freudiana fue desviada por los programas virales propios de la civilización desde lo que podría

haber sido un procedimiento de liberación del yo hasta todo lo contrario: una elaborada forma posesión basada en la invalidez. La mente estándar de Freud vio "enfermedad" para poder ocultar su dominación.

**Los dos principales objetivos de los virus mentales son sobrevivir y propagarse.**

Y psicologizar la vida convirtiéndola en la manifestación de un narcisismo morboso, es una magnífica forma de proteger los mecanismos enajenantes de los programas virales. Porque la neurosis no es simplemente un problema psicológico ni, por tanto, se resuelve con psicología o psiquiatría. Tampoco con filosofía, religión o cualquier otra técnica que ahonde en la mansedumbre y el vacío ante el que se enfrenta un depredador al que han privado de su verdadero yo y despojado de parte de sus genuinas vivencias emocionales, disfrazadas por la mente civilizada como sufrimiento, barbarie y caos.

La mente estándar implantada en el proceso de civilización nos muestra como yo verdadero al vacío que surge como manifestación de la ausencia de uno mismo, de ese yo verdadero.

La mente estándar no tiene una conciencia, sino que utiliza el vacío que ha dejado el yo para crear una apariencia de conciencia. Incluso las personas que se han liberado en gran medida del influjo de esa mente conservan el automatismo de buscar su conciencia en el vacío. Y eso es lo que nos convence de que nuestros deseos, nuestras opiniones y nuestras decisiones provienen de nosotros mismos, porque no surgen de ningún sitio sino de ese abismo ignoto que identificamos con "nosotros". Los homo ceres poseídos por la mente estándar civilizada se creen libres porque esa mente oculta el control que ejerce sobre ellos colocando opiniones, deseos y decisiones justo detrás de ese vacío, simulando que provienen de él, del yo que está al otro lado del abismo, y no de ella. Un vacío equivalente a la conciencia herbívora reactiva, ausente, adormilada.

Ese es origen de todas las doctrinas, disciplinas y técnicas civilizadas presuntamente liberadoras, desde la religión hasta la ciencia. Esa es la realidad con la que se encuentra un herbívoro cuando pace y su cerebro digestivo desactiva al cerebro encefálico. La superposición del yo civilizado sobre el yo real crea un vacío identificado con el estado de la conciencia herbívora: nada. No podemos encontrar el origen de nuestra conciencia porque no buscamos en el verdadero yo predador,

sino en ese simulacro de yo herbívoro que nos han implantado en el proceso de domesticación al que llamamos eufemísticamente “socialización”. Una mente estándar construida no con nuestro yo sino con un conjunto de programas virales que perciben, analizan, sienten y deciden por sí mismos. Y, ahí, obviamente, no logramos encontrarnos... porque no estamos ahí, en esa nada.

El yo predador no reside en el vacío desde el que la mente estándar simula que surgen nuestras opiniones, deseos y decisiones, sino en esos mismos contenidos unificados en la **conciencia-voluntad-acto**. Esa es la esencia de la angustia vital. Mientras que la psicosis no es sino la pérdida de la mente estándar o, cuando menos, de su capacidad de control sin que venga sustituida por el verdadero yo, que ha sido destruido o inutilizado en el proceso de posesión. El psicótico es un ser sin mente ni yo, que vive no contemplando angustiadamente la nada sino *en* la nada.

**La neurosis es el resultado del enfrentamiento entre el yo depredador y la mente estandarizada. Y la angustia vital no es sino la manifestación de ese enfrentamiento.**

Cuando un Homo predator sufre una frustración, se enfada pero, dado que su nexo predador está intacto, pasa inmediatamente

a realizar nuevos intentos de éxito. Sin embargo, en el Homo ceres esto no es posible porque tiene su nexo predador destruido. El resultado es que el yo, manifestándose a través del trasfondo inconsciente o semiconsciente, se mantiene crónicamente frustrado porque no puede deshacerse de la frustración mediante el bálsamo de la acción.

Un herbívoro no se frustra porque no existe fallo alguno en su acción sobre el mundo. Un herbívoro no sufre neurosis porque no tiene un yo activo y espontáneo sometido por una cerca mental que lo suplanta. Un humano domesticado sufre angustia vital porque posee un yo depredador poseído y enfrentado a la mente estándar.

**Cuanto más potente sea el yo, más intensa será la angustia vital.**

La neurosis es un signo de salud en la medida en que muestra la lucha desesperada de un yo que intenta escapar del control de una mente poderosa, firmemente asentada, pero que no consigue mantenerlo callado. En cambio, los que logran silenciar ese yo, los que han sido liberados del deseo y la voluntad individual, los felices ausentes de sí, los creyentes, los convencidos, los completa y eficazmente poseídos por la mente estándar son para la concepción civilizada los más sanos gracias

a que gozan de una psicosis cuerda, que es aquella en la que ha desaparecido el yo pero no su sustituto estándar. El sueño del yo crea certezas invariables. ¿Hay mayor signo de lucidez?

Un sistema nervioso digestivo que adormece al sistema nervioso encefálico con equivalentes de digestión herbívora... **y con reales alimentos herbívoros.**

No es posible mantener la razón predador/presa alimentando a los humanos convertidos en ganado como si fueran carnívoros. No hay carne para todos los humanos y es precisamente, por ese simple motivo, que se hace necesario convertir a una mayoría de humanos en herbívoros. Pero, además, la alimentación herbívora, sobre todo cuando está principalmente dominada por el consumo de cereales, facilita el proceso de domesticación al reproducir las condiciones fisiológicas que propician un psiquismo herbívoro. Si comes como un herbívoro, piensas y sientes como un herbívoro.

### **Eres lo que comes.**

Ahora sabemos que la alimentación juega un papel muy superior al que imaginábamos no sólo en la neurosis sino, también, en la gestación y mantenimiento de la psicosis, así

como en los procesos degenerativos e invalidantes asociados a la edad.

No deja de ser llamativamente extraño que allí donde la abundancia de recursos alimenticios permitiría una alimentación acorde con la fisiología humana de cazador-recolector se intente convencer al mayor número posible de personas para que elijan voluntariamente una alimentación herbívora con preponderancia del consumo de cereales. A pesar de que los datos concretos, recogidos mediante estudios estadísticos y ensayos de laboratorio, se contradicen los unos con los otros cada pocos años o incluso meses, las ideas principales de los modelos oficiales de alimentación persisten machaconamente, coincidiendo casi en su práctica totalidad con dos premisas: El mundo rico tiene un problema de exceso de comida y, además, hay que volver a la dieta sana que, paradójicamente, en un depredador omnívoro como los humanos, consiste en alimentarse de la forma más parecida a un herbívoro. Partiendo de estos axiomas, las grandes tendencias nutricionales se sustentan, a su vez, sobre dos pilares fundamentales. Uno es que se oculta o se desprecia el hecho de que la fisiología humana se ha adaptado durante cientos de miles de años a un tipo de alimentación que en absoluto podemos caracterizar como herbívoro y, menos aún, cerealístico. El otro, la obsesión

por destacar ficticias o reales sustancias nocivas de las proteínas y grasas animales, especialmente las carnes rojas, omitiendo o relativizando las sustancias nocivas presentes en los alimentos vegetales, especialmente los cereales.

Con relación al primer dogma del nutricionismo cerealizante, sólo hay que recordar que durante cientos de miles de años la evolución anatómica y fisiológica humana se ha dirigido hacia una “especialización predadora omnívora”. ¿Qué quiere esto decir? Pues, sencillamente, que nuestro cuerpo se ha adaptado a un tipo de alimentación omnívora centrado en conseguir una amplia gama de alimentos que nos permita llevar a cabo el máximo de adaptaciones virtuales a una multitud de ecosistemas, pero ¡cuidado! respetando un requisito básico: mantener la actividad de un encéfalo hipertrofiado incompatible con un sistema digestivo grande. Es decir, primando la alimentación carnívora.

Los hechos son incuestionables: Tenemos un aparato digestivo carnívoro, una fisiología predadora con capacidad de adaptación estacional, un encéfalo hipertrofiado que necesita altas tasas de oxígeno, glucosa y lípidos. Dificultad extrema para digerir, asimilar y utilizar substancias contenidas en semillas y alimentos vegetales “duros”, como el almidón o el gluten. Conflicto

metabólico entre almacenamiento de hidratos de carbono y grasas... Es cierto que otros animales omnívoros, como los cerdos o la mayoría de los osos pueden alimentarse preponderantemente de vegetales sin aparentes problemas para su salud o su modo de vida. Pero la diferencia sustancial entre los osos, los cerdos, las gallinas o los chimpancés y los seres humanos es que ninguno de ellos tiene que mantener un encéfalo hipertrofiado. Podemos sobrevivir comiendo un amplio abanico de alimentos. Pero eso no implica que estemos adaptados por igual a todo tipo de alimentos ni, tampoco, que nuestro estilo de vida depredador pueda sostenerse mediante una alimentación que no sea predominantemente carnívora. Mantener un encéfalo hipertrofiado a pleno rendimiento implica una alimentación incompatible con la necesidad de un sistema digestivo potente.

Las calorías de las proteínas y grasas animales, carne, pescado, moluscos, crustáceos o insectos, son mucho más fácilmente digeribles que las de origen vegetal y, además, en la inmensa mayoría de los casos, más ricas en sustancias nutritivas. Podemos sobrevivir con una dieta vegetariana variada, pero debe ser muy completa y, ni siquiera así, será capaz de proporcionarnos un sustrato fisiológico sobre el que prospere nuestro carácter depredador. La dieta vegetariana variada y rica,

sólo al alcance de unos pocos privilegiados y sólo desde hace poco tiempo, es compatible con una alta longevidad y, si se evita el exceso de sustancias difícilmente asimilables o metabolizables, también con una relativa buena salud. Pero esa dieta presenta una desventaja con relación a la carnívora: a igualdad de riqueza nutricional requiere una actividad digestiva mayor. Y ya sabemos que la activación del SNE produce una desactivación proporcional en el SNC. Algo que puede llevarnos a un engaño peligroso: La modorra herbívora puede confundirse con ausencia de estrés y asociarse con una mayor longevidad y salud. No es así. El adormecimiento herbívoro no implica un bajo nivel de estrés. Pero es que, además, uno de los ingredientes fundamentales de la salud y la longevidad humana no es precisamente la ausencia de emociones, sino todo lo contrario, una vida rica en emociones, aventuras y pasiones. Y eso sólo es posible manteniendo nuestra computadora orgánica a pleno rendimiento.

Pero, dejando de lado estas consideraciones aparentemente "etéreas", entre las pruebas de que, como cabría esperar, la dieta herbívora-cerealista no se corresponde en absoluto con nuestra naturaleza destacan los dramáticos cambios que se produjeron con el inicio de la alimentación neolítica.

Como vimos más arriba, en los primeros asentamientos neolíticos caracterizados por la masiva conversión de la mujer en Homo ceres, la esperanza de vida de ellas, alimentadas con una dieta poco variada donde predominan los cereales, era casi la mitad que la de los hombres en la mayoría de los asentamientos estudiados, a excepción de aquellas sociedades más ricas en las que la cerealización no necesitaba ser tan intensa, como es el caso de Çatal Hüyük, donde la diferencia entre la esperanza de vida de las mujeres con relación a los hombres se reducía al 10%.

En general, con relación a la población paleolítica tanto masculina como femenina, la población neolítica presenta menor talla corporal, menor masa muscular, menor densidad ósea, mayor incidencia de enfermedades metabólicas e infecciosas y menor expectativa de vida.

La alimentación basada en los cereales adolece de serias deficiencias de vitaminas y minerales, así como de grasas y proteínas. Sólo es rica en hidratos de carbono en forma de almidón difícilmente digerible y metabolizable y en gluten, una proteína que, en el mejor de los casos, resulta apenas tolerable por nuestro sistema digestivo. Sólo la presencia en la dieta de legumbres, en lo que se refiere a proteínas, y frutos secos en lo

referente a minerales y vitaminas compensan en alguna medida la deficiente alimentación cerealista. Pero debemos tener en cuenta que en épocas de carestía, muy frecuentes, la alimentación se reducía a las reservas de cereales con casi completa ausencia de proteínas y grasas animales, fruta y verdura fresca.

De hecho, la pigmentación blanca de la piel se seleccionó y generalizó en las regiones con menor incidencia de luz solar debido a la carencia de vitamina D causada por una alimentación preponderantemente cerealística, que resulta deficiente en esta vitamina que, sin embargo, se encuentra en abundancia en los alimentos de origen animal. La población paleolítica no necesitaba tener una piel tan blanca y transparente como los “transgénicos mutantes” Homo ceres porque disponía de una fuente abundante de vitamina D. Y sin embargo, persiste un esfuerzo generalizado por parte de amplios sectores de nuestra civilizada sociedad, entre los que se incluye la Ciencia, para desacreditar el “exceso” de alimentación carnívora, sobre todo el consumo de carnes rojas, que conforman el grueso de nuestra ganadería tradicional. Un esfuerzo coherente con la alta densidad de población en relación con los escasos recursos alimentarios de origen animal

y la consecuente necesidad de mantener a amplias capas de la población cerealizadas.

Se estudian profusamente los efectos nocivos de la alimentación carnívora con relación a la incidencia de enfermedades cardiovasculares y el cáncer, al mismo tiempo que se menoscapan o se ignoran los efectos sobre nuestra salud, longevidad y calidad de vida de alimentos que apenas han formado parte de la dieta humana hasta hace muy poco, como los cereales, unos completos advenedizos en nuestro historial alimentario y, por tanto, máximos sospechosos de no congeniar bien con nuestra naturaleza. El gluten, el almidón, el azúcar o los lácteos apenas han formado parte de la dieta humana sino desde hace unos pocos miles de años y, por tanto, no estamos diseñados fisiológicamente para su asimilación y metabolización, excepto muy recientes e incompletas adaptaciones que apenas alcanzan a conseguir que el gluten, el almidón, la lactosa o las proteínas de la leche de vaca (también el azúcar en las cantidades que se suelen consumir) no nos hagan demasiado daño.

Pero, por si la creciente evidencia de datos concretos que relacionan alimentación, inflamación y un cada vez más amplio catálogo de trastornos y enfermedades no fuera suficiente, hay

un hecho que debería hacernos reflexionar antes de entregarnos sin más a las certezas científicas anticarnívoras y a las que recomiendan una diversidad alimentaria indiscriminada. Hoy en día, gracias sobre todo a los avances médicos, en muchas zonas del planeta la esperanza de vida con relación al mundo paleolítico euroasiático se ha duplicado y, en algunos casos, casi triplicado. A pesar de lo cual, y pasando por alto que esa diferencia es aún mayor con relación a nuestros antepasados neolíticos, la densidad ósea y la masa muscular de los paleolíticos europeos era superior a la de los actuales, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres. Vivían menos tiempo, pero todo indica, como nos muestran sus huesos y sus dientes, que eran más fuertes y sanos, a pesar de las duras condiciones de vida que soportaban.

Una alimentación preponderantemente carnívora, complementada con vegetales, tubérculos, frutos secos y frescos, con ausencia o ingesta anecdótica de cereales, un modo de vida predador en cuanto a riqueza emocional y de experiencias vitales y una actitud frente al mundo basada en la seguridad en uno mismo, debería proporcionarnos, al menos, la misma longevidad de la que ahora disfrutamos gracias a los avances médicos pero con una calidad de vida superior desde el punto de vista psicológico y físico.

## **Alimentación y estado mental van de la mano.**

En el proceso de domesticación de la mujer, la restricción calórica se complementa con los efectos de una dieta basada en los hidratos de carbono procedentes de forma preponderante de los cereales que, dada su naturaleza, producen trastornos digestivos que afectan a la mucosa intestinal, provocando debilidad inmunológica y trastornos inflamatorios. Estos efectos se producirán igualmente en los varones al ser incorporados como Homo ceres en el proceso de civilización, manteniéndolos en un estado de debilidad crónica tanto física como psíquica.

Existe una dependencia adictiva a los hidratos de carbono que explica, entre otras cosas, que los Homo ceres no toleren el ayuno y necesiten aportes continuos de comida, lo que reproduce las pautas de alimentación herbívora y explica, por ejemplo, las dietas que aconsejan comer poca cantidad y muy a menudo. Los carnívoros, al contrario, soportan con facilidad frecuentes periodos de ayuno de los que, además, obtienen notables beneficios fisiológicos que repercuten de forma muy positiva tanto en la salud como en la longevidad con calidad de vida.

Teniendo en cuenta la importancia de la alimentación para favorecer un carácter más o menos domesticado, no debe

extrañarnos la ofensiva a favor de las dietas vegetarianas que actualmente abanderan los defensores del ecologismo conservacionista y la emergencia climática asociada al calentamiento global antropogénico. Porque no se trata sólo de sacrificar la alimentación y el modo de vida para sostener la burbuja poblacional, sino que es necesario neutralizar el psiquismo depredador de los humanos para que soporten las duras condiciones de la granja global, como el hacinamiento que todas esas ideologías están ayudando a implantar y mantener.

# Hacinamiento

¿Te sientes incómodo en grandes hacinamientos? Esa es la medida de la fuerza de tu yo predador. Si, además, tienes una mente estándar poderosa, mantienes firmes convicciones, creencias, ideales, principios, valores morales y eres coherente con ellos, es decir, siempre los sigues (obedeces), entonces, sufrirás una fuerte neurosis que percibirás como más o menos insana en la medida en que conviertas sus manifestaciones en síntomas psicopatológicos.

El urbanismo implica un hacinamiento que responde, como tantas otras características de la civilización a un puro interés ganadero. El mismo por el que se construyen granjas intensivas donde los animales se encuentran hacinados hasta el límite de la supervivencia buscando la máxima rentabilidad.

Las ciudades son granjas intensivas exactamente iguales, y respondiendo a los mismos motivos, que las de gallinas o cerdos. Pero en el caso de los humanos, además de la rentabilidad, persiguen otro objetivo. A una gallina, un cerdo o una oveja no hay que estar constantemente domesticándolos, porque apenas poseen un nexo predador potente que deba ser

reprimido. Los perros sí poseen un nexo predador, pero carecen de suficiente capacidad de simulación como para conseguir liberarse de su condición doméstica a no ser que se vean completamente abandonados en un medio salvaje. El caso de los humanos, sin embargo, es diferente, porque sí poseen una potente computadora orgánica asociada a un yo predador.

Es verdad que los programas virales insertados en la infancia y la adolescencia, que conforman una mente estandarizada que bloquea y sustituye, aunque no completamente, al yo predador, tienen capacidad suficiente para autoprotegerse e impedir que la inteligencia humana bajo el control del yo los destruya. Pero, si no se genera una presión constante, las oportunidades de liberación permitirán que, antes o después, una buena parte de Homo ceres logren liberarse y revertir el proceso de domesticación civilizada. Por tanto, resulta imprescindible crear condiciones ambientales que mantengan la presión de domesticación. Y uno de esos mecanismos, cuyo poder, junto al de la alimentación, ha sido infravalorado por la "resistencia cromañona", es el hacinamiento.

Entre las cosas que más me llamó la atención en mis viajes a China fue cuando escuché al traductor confesarme de forma espontánea que la gente sentía temor cuando se encontraba en

lugares poco poblados. Estábamos en una “pequeña” ciudad del interior y las aceras no se encontraban precisamente vacías. Pero, desde luego, comparadas con las grandes avenidas de Pekín, sí lo estaban. Un mundo tan civilizado como China se sustenta, de forma casi desapercibida pero muy profunda, en el hacinamiento, en el sentimiento de seguridad de la manada.

Las condiciones que destruyen el nexo predador incluyen el hacinamiento. Los depredadores soportan mal las altas densidades demográficas porque el incremento de competidores en un ecosistema conlleva que la razón predador/presa se descompense aumentando los conflictos violentos y, paralelamente, la indefensión y la pérdida del nexo predador. El hacinamiento produce tranquilidad herbívora (sentimiento de no miedo) sólo para quienes tienen una mentalidad herbívora y, viceversa, induce mentalidad herbívora por pérdida del nexo predador, (“no puedo hacer nada”) en quienes se ven sometidos a él.

**El hacinamiento, por sí mismo, dificulta la recuperación del nexo predador de los Homo ceres.**

El hacinamiento sigue un proceso paralelo al de la burbuja poblacional. Y ambos, incremento de población y hacinamiento, presentan un crecimiento exponencial que se hace más intenso

en la fase urbana o civilizada que llega hasta nuestros días. La granja de humanos se intensifica, primero, porque el espacio es cada vez más reducido en relación a la población total y, segundo, porque las grandes masas ganaderas sólo son posibles bajo dos condiciones: Una, en extensos territorios al estilo de los primeros cazadores-pastores y sus territorios-manadas, por ejemplo, los rebaños de vacas en la semilibertad de las grandes praderas americanas o los de renos en el norte escandinavo. La otra, en instalaciones ganaderas altamente intensificadas.

**Las ciudades son granjas intensivas. Eso es la civilización.**

Las grandes urbes son los equivalentes humanos de las granjas intensivas industriales. Unas urbes que han ido acogiendo cada vez mayor proporción de habitantes con relación a las zonas rurales, creciendo en extensión y, dependiendo del grado de civilización, en hacinamiento. De hecho, el hacinamiento de las grandes ciudades, tanto horizontal como vertical por un lado, así como la ausencia de espacios boscosos públicos son indicadores del grado en que una sociedad ha sido civilizada y, por tanto, de la proporción de Homo ceres y la intensidad de su domesticación.

Cuando un habitante de la civilizada Asia (China, India, Oriente Medio) o de la no tan civilizada franja mediterránea europea observa cómo son las ciudades de la Europa profunda y sus colonias, le llama la atención que sus habitantes prefieran vivir en zonas residenciales de casas unifamiliares rodeadas de árboles y calles amplias y semidesiertas. Algo que es, para el mundo genuinamente urbanita, como vivir en el campo.

Las ciudades del mundo peor civilizado, como el centro y norte de Europa o Japón, son en realidad grandes aldeas moteadas o limítrofes con bosques artificiales. Están repletas de grandes masas forestales con escasa o nula ordenación geométrica. Basta contemplar una imagen aérea de Tokio para descubrir un salteado de bosques pulcros, pero sin el menor atisbo de orden geométrico en la disposición de los distintos elementos ni en la conformación de las plantas. No son jardines, ni parques ajardinados sino verdaderos bosques salvajes en el interior y la periferia de las ciudades.

La aldea del mundo semicivilizado se "amontonaba" sobre sí misma para protegerse de la naturaleza salvaje que la rodeaba. Pero dejaba espacio vital entre casas para mantenerlas de alguna manera aisladas unas de otras y no se edifica en vertical. El mismo modelo que intentan reproducir los barrios

residenciales de Occidente. Este mundo heredero de la semicivilizada Europa (también otros lugares como Japón) no quiere vivir en una ciudad sino en una gran aldea con un centro comercial y administrativo que, ese sí, es lo más parecido a una verdadera ciudad, aun cuando inserte en ella remedios de bosques como Central Park.

Por el contrario, las primeras ciudades civilizadas se agolpaban dentro de sí mismas sin dejar ningún espacio "vacío" sin construcción horizontal (no existen calles) ni vertical (las terrazas hacían las veces de calles).

La mentalidad civilizada huye o, cuando menos, no echa en falta la naturaleza salvaje, ni siquiera el campo abierto, porque el hombre neolítico se siente seguro y relajado en el hacinamiento de la instalación de ganadería intensiva que son las urbes. El hombre semicivilizado europeo o europeizado, por el contrario, no soporta ese hacinamiento restrictivo, esa aglomeración, esa ausencia de horizonte abierto, como tampoco la **geometría de la civilización**, imprescindible para el orden y la limpieza de la granja.

Pero la destrucción del espacio personal depredador tiene una vertiente aún más nociva que el simple hacinamiento urbano en

la medida en que acotar el espacio personal implica no sólo algo físico sino, especialmente, psicológico.

### **El hacinamiento limita la capacidad de iniciativa.**

Se somete a los individuos a un ambiente asfixiante que les priva de espacio personal y les impide gobernar su tiempo, su vida, sus ocupaciones. ¿Qué haces en tu cuarto?. No hagas eso. ¿Con quién vas a salir?... La adolescencia en el mundo civilizado presenta una serie de problemas que son desconocidos en el mundo paleolítico por la sencilla razón de que en él protegen, exigen, compiten, pero no agobian a sus hijos destruyendo su espacio vital porque, si lo hicieran, destruirían su nexo predador y los convertirían en completos inútiles para una sociedad cazadora-recolectora.

### **¿Por qué se encierran los jóvenes en su cuarto o en su smartphone?**

En el mundo civilizado, a los impulsos “endocrinos” de la adolescencia se une la destrucción del espacio vital. Y esa destrucción explica en buena medida los problemas, a veces muy serios, de los adolescentes. Sólo quienes consiguen protegerse de la destrucción de su espacio vital logran algún grado de autonomía en la medida en que preservan el nexo

predador y, con él, la seguridad en sí mismos, en su iniciativa y acción. Aquellos que ceden, se convierten en ordenados y laboriosos Homo ceres. Pero también muchos otros, más de lo que debería ocurrir, se malogran en la delincuencia como perros asilvestrados.

Otro tanto debemos decir del “aislamiento” de los jóvenes en su mundo online. Pegados al móvil o al ordenador mantienen un intenso contacto con los demás, con su grupo de referencia, minimizando la pérdida de espacio personal y protegiéndose del hacinamiento general e invasivo que les rodea.

**Es un tremendo error tratar de apartar a los jóvenes del mundo on line.**

El hacinamiento conlleva la destrucción del espacio personal y, este hecho, facilita la sustitución del yo espontáneo por un yo simulado, la personalidad, la persona, la máscara, cuya función no es sólo hacia el exterior sino, especialmente, hacia el interior de uno mismo. La máscara es lo que, una vez completado el proceso de civilización, vemos cuando nos buscamos.

La máscara es la identidad confeccionada por la mente estándar utilizando generalidades aderezadas con algunos rasgos accesorios. Es esa personalidad-etiqueta con la que se identifica

a los Homo ceres y con la que ellos mismos se relacionan con la sociedad-manada y, finalmente, también consigo mismos. No se trata sólo de una cuestión de usurpación de la identidad real, multiforme, cambiante y espontánea del yo predador, sino que, mediante esa imagen fabricada a medida, se logra un control social ganadero sobre los individuos transformados en personas, en números de serie con los que identificar y caracterizar mediante el simplismo herbívora quienes se ha desposeído de su identidad única y multiforme. También, para encerrar a los humanos en un corral interior, psicológico, que los limita. Porque esa personalidad-etiqueta se asume y dicta lo que puedes y no puedes, lo que eres y lo que no eres, lo que siempre serás y lo que nunca podrás ser.

La cerca interior de la personalidad-etiqueta, con sus pastores y perros incorporados, encarcela y hace invisible al yo, ese punto de inflexión se sucesos que es lo único que realmente constituye nuestra entidad... y nuestra verdadera identidad.

En el hacinamiento neolítico urbano no se produce realmente una destrucción del espacio personal, porque entre los herbívoros no existe el espacio personal ya que los demás no son percibidos como personas sino como cosas. El hacinamiento herbívoro preserva el anonimato propio y ajeno y,

paradójicamente, lleva al aislamiento. Todos están encerrados en una burbuja uniforme. La proverbial soledad de las grandes ciudades tiene su asiento no tanto en la masificación como en la destrucción de los lazos grupales.

En la manada herbívora se produce un anonimato masivo que impide establecer todo tipo relaciones personalizadas excepto las maternofiliales y las sexuales. Los grupos pequeños de herbívoros se comportan como manadas en miniatura, donde el macho dominante no actúa como líder sino como pastor de las hembras, las crías y los machos jóvenes. Los individuos se mantienen aislados psicológicamente los unos de los otros, excepto en lo tocante a las relaciones entre madre e hijos y al sexo, en un hacinamiento que sólo se diferencia del que sufren los habitantes de los núcleos urbanos civilizados en que no se encuentra restringido a un espacio físico concreto sino que es un hacinamiento deambulante en busca de refugios naturales y cuyos mecanismos psicológicos servirán como base para asentar las cercas mentales mediante las que los Homo ceres se mantienen dentro de un corral virtual, atrapados, no importa a dónde vayan, en y por un yo estandarizado, una personalidad etiqueta, una máscara, un número de serie de la manada o rebaño.

## **Los Homo ceres llevan el cercado con ellos: la mente estándar.**

Resulta extraordinariamente significativo que los grupos sociales complejos sólo se dan entre los depredadores. Entre los primates podemos observar que, cuanto mayor es el componente predador, más peso tienen las condiciones grupales que las gregarias. Los gorilas establecen una manada en miniatura al más puro estilo herbívoro. Mientras que son los chimpancés y los bonobos los que presentan una mayor complejidad social.

Los Homo predator ayudan a los miembros del grupo conocidos o reconocibles, como es el caso de personas a las que nunca hemos visto pero que identificamos como miembros de nuestro grupo porque no van a poner en peligro nuestra libertad y prosperidad sino al contrario. Entre ellos se da una **solidaridad** personalizada y, por tanto, **condicionada**. Sin embargo, en los grupos de Homo ceres las relaciones personales realmente una extensión de las relaciones maternofiliales indiscriminadas tipo "haz el bien y no mires a quien", que llevan a una solidaridad gregaria en la que la ayuda es independiente de la relación personal y de la discriminación en función de si los demás son dañinos o no para nuestra libertad y prosperidad. Entre los

Homo ceres, no se ayuda a alguien porque es ese alguien, sino que se da una ayuda anónima, equivalente a la que se produciría en una manada, por lo que los Homo ceres ayudan a los demás sin esperar nada a cambio ya que no hay nadie a quien agradecer. La ayuda la dan como un automatismo gregario. No nace de una voluntad libre sino de una obligación moral edificada sobre el impulso gregario.

**Los Homo ceres no conocen la gratitud sino como una simple fórmula de cortesía.**

Cuidar enfermos por caridad, movidos por el impulso maternofilial hacia los anónimos miembros de la manada, sin distinción. Cuidar enfermos como trabajo, como el que pasta o cosecha trigo. Cuidar enfermos engañándonos al pensar que estamos ayudando a alguien de los nuestros. Sobre esa piedra se edifica la granja.

# Poder

No importa si los Homo ceres actúan como ovejas, burros o perros pastores, todos tienen una mente estandarizada que se oculta tras la máscara, una personalidad fabricada para crear apariencia de libertad individual que transforma la idiosincrasia personal en una caricatura, una etiqueta simplista exactamente igual que la que utilizan los pastores para reconocer a sus ovejas: la seca, la panzona.. la ojinegra. La máscara implica que las personas, convertidas en "gente", tienen una "forma de ser" que explica lo que hacen, y no tienen un foco de generación espontánea de comportamientos. No hay individuos en el rebaño, sino ovejas individualizadas. Distintas variaciones de una misma identidad. Apodos y no nombres.

**Desaparecen los individuos y son sustituidos por una mente colectiva individualizada en una multitud de réplicas del mismo manual.**

Esa es la razón de por qué los pastores no se comportan como humanos poderosos frente a sus rebaños o manadas, sino como pastores. El ganado no forma parte de la sociedad humana. No

hay una jerarquía de poder común a Homo predator y Homo ceres, sino simple pastoreo de una especie "verdaderamente" humana, según los cánones de, al menos, los últimos 800.000 años y otra especie "completamente" virtual.

**Los Homo ceres forman parte de una especie genuinamente virtual, algorítmica y, en ese sentido, son completamente transhumanos.**

Las actividades de pastoreo implican el ejercicio de técnicas para el control de humanos domesticados, los cuales colaboran voluntariamente en su propio control en la medida en que están abducidos por una mente estándar. Las técnicas de persuasión de masas y propaganda, las de manipulación de la información y construcción de la realidad, las de conformación de opinión pública, las de manejo del miedo tanto en la trampa temporal como ante las amenazas equivalentes a los perros que parecen lobos (delincuencia, desórdenes y revoluciones) y, por supuesto, los programas virales, crean la ilusión de que existe una verdadera jerarquía entre Homo predator y ceres y no una simple relación de pastores con su rebaño.

La falsa imagen del poder derivado de una jerarquía entre iguales se instaura en los Homo ceres de la mano de otra ilusión: que somos humanos como los pastores, sólo que menos

poderosos. Que somos individuos libres, espontáneos, únicos y no réplicas individualizadas de un único ente, solo que tenemos mala suerte o, incluso, somos buenas personas con principios, valores, creencias...

### **Pero no es poder. Es control ganadero.**

Un control que se disfraza de poder utilizando normalmente métodos no violentos, sutiles y desapercibidos, incluso cuando se trata de mantener el miedo mediante la trampa temporal, ¿habrá pasto mañana, nos echarán pienso? o por la amenaza de otros depredadores, especialmente la delincuencia o los perros de otro establo, el enemigo exterior. Las luchas verdaderamente jerárquicas entre Homo predator procuran mantenerse ocultas para los Homo ceres, mientras los actos contra Homo predator marginales, como los delincuentes, los heterodoxos o los rebeldes, son publicitados bien para amedrentar al rebaño, bien para incrementar la confianza en los pastores.

Un caso especialmente interesante son las manifestaciones, las revueltas y las revoluciones. En ellas los rebaños ceres son utilizados por los Homo predator que quieren ascender en la jerarquía social o directamente derribarla. Aparentan ser movimientos liberadores. Pero esa liberación en ningún caso

pretende reconvertir a los humanos domesticados en verdaderos humanos depredadores, sino que se limita a una momentánea mejora de las condiciones de vida del ganado: Una granja, un pastizal o una pradera más guay.

### **¿Liberar al ganado? ¿Qué pastor hace eso?**

Las revueltas colectivas sólo persiguen que el rebaño de Homo ceres crea gobernarse a sí mismo, utilizando para ello una nueva ideología que los despoja igualmente de su individualidad, como todas las ideologías, y los sumerge en un nuevo colectivo (eso es el rebaño), el de la “nueva” mente revolucionaria individualizada en réplicas de autómatas guiados por el pensamiento único... y “liberador”.

Los líderes revolucionarios, una vez conquistado el poder en la jerarquía de Homo predator, ejercen el mismo implacable dominio que todos los pastores, aunque mantengan una apariencia de Homo ceres, así como los símbolos y consignas con los que engañaron al rebaño para provocar la estampida que arrolló a sus rivales Homo predator. Símbolos y consignas que rápidamente se convierten en el hierro de la nueva ganadería.

Basta observar sin prejuicios una manifestación, una revuelta, incluso un linchamiento, para ver a un rebaño de Homo ceres perfectamente controlado por sus líderes (pastores) y la policía, el servicio de orden o los matones políticos/religiosos (perros pastores) para sentir el palpito de unos herbívoros que se sueñan poderosos durante un instante gracias al miedo de los depredadores ante una manada presta al ataque en masa. El poder de la masa, del rebaño convertido en mole siempre perfectamente dirigida por la presencia física de pastores con sus perros, sus consignas y arengas, los silbidos y gritos. El poder gregario, a medio camino entre la estampida y el linchamiento (es lo que hacen los búfalos con los leones) Una emoción indefinida, difusa, de miedo y rabia, siempre descontrolada y, por tanto, fácilmente controlable por los líderes, los pastores Homo predator.

**No hay verdadera revolución sin liberación. No hay verdadera libertad en la ideología.**

La única revolución verdadera consiste en librarse de la mente estándar civilizada. Y eso sólo se puede lograr mediante procesos sociales que incrementen la libertad individual sin construir simultáneamente un poder revolucionario, una ideología liberadora, una creencia. La revolución verdadera

consiste simplemente en devolver a los humanos su condición de Homo predator, expulsar la mente estandarizada que posee al yo y exortizar los demonios colectivizadores, pero no sustituirlos por otros.

**No nos libera una ideología revolucionaria, sino la ausencia de cualquier ideología, principio o creencia.**

Los movimientos sociales de “masas” nunca liberan al yo de la mente estandarizada y colectivizadora. Eso sólo lo hacen los movimientos desmasificadores, que no insertan en los individuos ningún programa viral, ninguna ideología, ningún valor o principio, ninguna ley excepto las normas de armonización de la libertad, como circular por la derecha.

La **revolución ceres** consiste en una estampida, un linchamiento, o ambas cosas. Necesita de la masa anónima dirigida por pastores que quieren voltear la jerarquía pastoril. La **revolución predadora** es sólo posible como proceso individual favorecido por un entorno social adecuado: el modelo disidencia-lealtad. La antítesis de la masa.

**Lo revolucionario no es cambiar de pastores sino instaurar el pleno dominio del modelo de disidencia-lealtad.**

Entre la masa de Homo ceres suele producirse una ausencia o debilidad de tensión jerárquica, mientras que entre los Homo predator que viven bajo el modelo "europeo ancestral" se establecen jerarquías de liderazgo, compatibles con la disidencia, que derivan de una competencia directa, igualitaria y continua entre los individuos. Los líderes son realmente "primus inter pares", que ejercen su primacía en situaciones o actividades concretas por elección, es decir, por una aceptación voluntaria de los integrantes del grupo que puede ser retirada en cualquier momento.

Este tipo de liderazgo explica el "peso de la opinión pública" y la importancia del prestigio y el cumplimiento de las reglas de juego iguales para todos. Pero no debemos confundir esta opinión pública selectiva con la de los Homo ceres, que no es expresión de la voluntad mayoritaria de los individuos sino del estado anímico colectivo de la masa ganadera, indicativo de los procesos de creación de estampidas o de ataques defensivos con descontrolada y ciega violencia.

**Una cosa es la opinión de la mayoría de los ciudadanos y, otra, la intensidad y dirección del instinto gregario de los Homo ceres, la "gente".**

Entre los pastores Homo predator, al contrario que en las sociedades organizadas en torno al binomio disidencia-lealtad, se establecen jerarquías de poder por la sencilla razón de que no existe el polo de “lealtad” y, en ausencia de esta, se impone un orden no de liderazgo sino de mando, que no viene determinado por la competencia abierta, igualitaria y constante sino por el poder en sí mismo, es decir, por la desigualdad en las reglas de juego que priman a unos en detrimento de otros. La jerarquía de poder se sustenta en un factor de multiplicación asociado a la posición en el orden de mando. Los más poderosos tienen siempre un plus, una ventaja, un privilegio.

Por su parte, la relación entre los pastores Homo predator y su ganado Homo ceres no se basa en una verdadera jerarquía de poder sino de dominio, exactamente igual que la que existe entre cualquier humano y sus animales domésticos. En la dinámica entre los pastores y su ganado humano no existen realmente clases sociales, sino categorías de especie. Exceptuando el fenómeno de clases medias generadas por el modelo de europeo ancestral en un entorno neolítico débil, las clases sociales se dan sólo entre lo que la concepción convencional entiende como clases dirigentes. La consideración de los Homo ceres como clase baja, es decir, como un grado en la jerarquía de los Homo predator, es consecuencia de la

Revolución Francesa, que establece no la abolición de la aristocracia y sus privilegios sino la conversión de estos en forma de “derechos” extendidos a la totalidad de la población.

**La Revolución francesa y sus derivados de cristianismo laico o ateo no abolió los privilegios aristocráticos sino que los universalizó en forma de derechos fundamentales.**

El líder de los **Homo predator** guiados por la **disidencia-lealtad** asume la coordinación de las voluntades individuales. Excepto en situaciones de emergencia, no suele haber líderes genéricos sino que el liderazgo es situacional y en gran medida compartido. Pero siempre se sustenta sobre la voluntad de los coordinados expresada en una democracia directa y continua. Los líderes de los **Homo ceres** son Homo predator. Por tanto, lo que se da es una anulación social de las voluntades individuales. Y entre los **Homo predator pastores** se produce una jerarquización de las voluntades individuales basada en el privilegio establecido por el factor multiplicador llamado “poder”. Ningún líder civilizado puede mantenerse sin la aceptación del resto de pastores. La diferencia es que no necesita de la opinión personalizada de estos sino de su acatamiento. Y esto lo consigue inculcando en los demás Homo predator el miedo a

luchar por ascender en el estatus jerárquico: Hitler, Stalin, Mao Zedong... Caligula.

En algunos casos puede resultarnos difícil distinguir entre jerarquías de liderazgo y de dominio. Entre otras razones porque, especialmente en el mundo occidental, heredero de los europeos ancestrales, suelen presentarse estructuras jerárquicas que formalmente mezclan elementos de liderazgo y de dominación. Pero el trasfondo para diferenciarlas es siempre muy claro y no debemos dejarnos engañar por el discurso enajenador que trata de presentar las relaciones de dominación pastor-rebaño como luchas jerárquicas de poder. Porque, independientemente de la palabrería de los pastores, se trata de Homo predator dominando y explotando a los Homo ceres. Y cuando se intenta sacar de su mansedumbre a los desfavorecidos mediante procedimientos revolucionarios no es para dotarlos de nexo predador y hacer renacer en ellos la iniciativa propia, sino para provocar una estampida que arrolle a los antiguos pastores e, inmediatamente, imponer un nuevo orden, una nueva obediencia a las leyes, a los principios y creencias revolucionarias, un nuevo prejuicio y visión monocromática de la realidad: Bueno-malo, miedo-no miedo...

Las masas liberadas no participan de la toma de decisiones en ningún grado o manera. En el mejor de los casos, deciden quiénes les van a despojar de su libertad para decidir en los asuntos públicos o, incluso, privados, durante los próximos años. Pero son siempre los pastores los que deciden, no importa si han sido elegidos por el aplausómetro electoral (el nivel de balidos de los Homo ceres) o como resultado de sus luchas de poder.

La civilización consiste en despojar del más mínimo grado de poder a unos humanos y hacerles creer que la dominación es la única forma que garantiza una convivencia segura, pacífica, ordenada, próspera, justa y "humana". Pero ¿acaso hay otros pilares distintos a los civilizados en los que fundar una convivencia ordenada? En una granja no. En libertad, sí.

### **Hay una alternativa: que todos seamos Homo predator.**

Es posible sustentar sociedades con grandes dosis de libertad si se logran bajas densidades de población y se establecen sistemas políticos que no asfixien la iniciativa individual, haciendo viable la disidencia mediante la armonía y sustituyendo la obediencia por la lealtad mediante la democracia directa y continua. Pero, incluso en las sociedades más avanzadas, la idea de una democracia directa y continua,

donde los ciudadanos toman las decisiones en todos y cada uno de los asuntos públicos que, luego, son llevadas a cabo por gestores, que sólo asumen el liderazgo en situaciones excepcionales o de emergencia, está desacreditada como algo utópico, ineficaz o, directamente imposible de llevar a la práctica sin poner en peligro la propia existencia de la sociedad. Lo cual es cierto, pero solo en el caso de la la "sociedad ganadera", que evidentemente desaparecería si no existiera ganado humano.

**Democracia directa y continua.** ¿Hay otra clase de democracia real? Pero la cuestión verdaderamente decisiva para hacer posible una sociedad de Homo predator es lograr bajas densidades de población. Y eso es lo que se intenta evitar a toda costa. Los pastores, el propio proceso civilizado convertido en inercia viviente, defienden el “creced y multiplicaos” porque esa, la burbuja poblacional, es la clave y el sostén del negocio de la ganadería de Homo ceres.

## Burbuja poblacional

La revolución epipaleolítica supuso una pérdida de estabilidad que obligó a un “diabólico” cambio de tecnosistema. Por un lado, las presas habituales desaparecieron. Por otro, el ecosistema en su conjunto se enriqueció gracias a un aumento tanto de la cantidad como de la variedad de recursos animales y vegetales, fruto de unas mejores condiciones climáticas que tendían a una mayor humedad y calidez, así como al incremento de CO<sub>2</sub>.

El tecnosistema mediante el que respondieron los Homo sapiens a esos cambios consistió, esencialmente, en potenciar los aspectos de la actividad predadora que más se acercaban al pastoreo e intensificaban la actividad recolectora. Había más recursos, la población se incrementó por encima de lo que los recursos carnívoros podían sostener y, como respuesta a ese desequilibrio, se gestó la progresiva creación de características herbívoras entre determinados humanos, inicialmente las mujeres, a fin de no romper el equilibrio predador/presa y, al mismo tiempo, permitir el incremento de la población, que es un impulso preprogramado genéticamente y que conlleva, entre

otras, una clara ventaja competitiva sobre los grupos vecinos menos numerosos.

Al no romperse el equilibrio predador/presa, el incremento de la población no se detuvo, excepto en el caso de los grupos que no lograron implementar con éxito el nuevo tecnosistema. Pero ese incremento demográfico, que les otorgaba ventaja competitiva, actuó al mismo tiempo como un equivalente de crisis climática ante la que se debía responder ahondando en el tecnosistema que la sustentaba: más población. Un mecanismo que se retroalimenta y que ha llegado hasta nuestros días.

**Más población sin incrementar el número de depredadores. Esa es la esencia de la revolución epipaleolítica.**

No se detuvo el incremento de población gracias a la creación de Homo ceres. Pero, desde ese momento, ya no se pudo detener el crecimiento de la población porque, la disminución del ganado humano, implicaría, entre otras cosas, romper el equilibrio predador/presa. Un incremento constante que nos ha llevado en las últimas fases del periodo neolítico en el que nos encontramos hasta una situación límite donde las contradicciones de las que se alimenta el modelo están alcanzando su límite, porque la sobreexplotación del medio crea

un nuevo desequilibrio que no es ya el de cazador/presa sino el de recursos totales del ecosistema con relación a la población animal en su conjunto.

La globalidad, entre otras consecuencias de orden puramente psicosocial y político, hace que el ecosistema alcance valores planetarios que imposibilitan el incremento descontrolado de Homo ceres sin que se rompa la razón masa animal/masa vegetal.

**Hemos creado un único ecosistema global. Y ese éxito es, a la vez, la gran vulnerabilidad del tecnosistema Neolítico.**

Estamos a las puertas de una “sequía global” que, como es característico desde el inicio de la humanidad, afecta a una gran cantidad y variedad de recursos (alimenticios, energéticos, minerales y territoriales) de forma catastrófica y ante la que sólo se puede responder encontrando y colonizando nuevos territorios “fuera”. Porque, por primera vez en la Historia de la Tierra, ya no existen ecosistemas más o menos aislados los unos de los otros, sino que están todos conectados por el factor humano y regidos bajo una nueva dinámica de equilibrio que anula las dinámicas propias de cada ecosistema.

**La globalidad desplaza el problema desde la razón predador/presa hasta la de necesidades animales/recursos vegetales.**

¿Pero por qué se mantiene la burbuja poblacional incluso en las condiciones límite en las que estamos adentrándonos? Quizá el principal factor es que la burbuja poblacional no significa lo mismo para todos.

Para los pastores, obviamente, cuanto mayor sea su rebaño, mejores serán sus condiciones de vida. Para los Homo ceres la burbuja poblacional supone un equivalente de crisis climática que cambia el modelo de oportunidad predadora por el de necesidad herbívora.

**Para el rebaño, cuantos más seamos, peor estamos.**

**Para los granjeros, cuanto más ganado, más riqueza.**

Los Homo ceres ven necesidades que sólo pueden ser satisfechas por el mundo, fundamentalmente el clima, o por los pastores. Si llueve hay cosecha, es decir, pasto. Si no, dependemos de los pastores, que sólo nos darán el pienso justo para que les seamos rentables. La burbuja poblacional es lo que mantiene atrapados a los Homo ceres en la ilusión de que viven en una crisis climática que causa un estado de necesidad

constante en el que sólo se puede sobrevivir siendo sumisos y laboriosos, es decir, siendo animales domésticos. Finalmente, aceptando el principio de burbuja poblacional porque, dominados por los virus mentales con los que han sido infectados en el proceso de socialización civilizada, están convencidos de que sin crecimiento constante de la población, la sociedad se derrumbaría. Es paradójico y cruelmente contradictorio, pero viven la burbuja poblacional como la amenaza de la que la sociedad ganadera civilizada los salva mediante... mantener la burbuja poblacional, es decir, la amenaza. Se llama "la Gran estafa" neolítica, el fundamento de un sistema económico y político basado en un fraude masivo que identifica, como no podía ser menos bajo una mentalidad ganadera, riqueza con incremento y no con creación. Lo veremos más adelante cuando hablemos de la economía neolítica que está colapsando delante de nuestras narices y que, como todo gran cambio, toma el control de la Historia convirtiendo a los protagonistas humanos en patéticos personajes que se creen actores principales y directores de la obra. Un cambio que, dramáticamente, hará realidad el destino tanto de la minoría de verdaderos Homo predator, pastores o "humanos libres" como de esa inmensa mayoría aferrada a su naturaleza herbívora, entregados a sus demonios interiores, los virus mentales civilizados con los que fueron transformados en

Homo ceres: las verdades, creencias, valores, principios, ideologías...

**Los Homo ceres ven el mundo en términos herbívoros de “necesidad”. Los Homo predator lo ven en términos depredadores de “oportunidad”.**

La clave para que un humano entre a vivir en un mundo basado en una cosmovisión de necesidad reside en dos condiciones: que se destruya su nexo predador y que la granja ocupe todo su espacio vital o, lo que es lo mismo, que todo lo que ve se encuentre dentro de los límites de la granja. Circunstancias que se encuentran relacionadas en la medida en que un pobre nexo predador reduce la percepción de las oportunidades que ofrece el ecosistema y, a su vez, la reducción del ecosistema a una granja en la que las oportunidades escapan a nuestro control, disminuye el nexo predador.

¿Qué ocurre en las poblaciones paleolíticas cuando las condiciones empeoran y los recursos alimenticios se reducen drásticamente con relación a la población? Por un lado, disminuye el nexo predador, lo que permite una depredación descontrolada y, por otro, aumentan los conflictos entre competidores. La ruptura del nexo predador lleva al incremento de la angustia vital y, además, a la violencia innecesaria tanto

sobre los recursos disponibles (se arrasa con todo y se esquila el ecosistema) como contra los competidores que, en nuestro caso, son fundamentalmente otros humanos.

La burbuja poblacional acarrea para la mayoría de Homo ceres un incremento en la pérdida del nexo predador que les lleva a depender más sumisamente aún de los pastores y del sistema granjero (la sociedad civilizada) o, en el caso de los Homo ceres mal domesticados, una propensión al exceso de violencia y al daño innecesario generalmente expresados mediante la delincuencia y los comportamientos sociopáticos, que les lleva a comportarse como una mezcla de depredadores y herbívoros: con la agresividad de los primeros y la falta de control de dicha agresividad propia de los segundos.

A los humanos domesticados, cuya existencia es equivalente a la del ganado, les resulta muy difícil encontrar otro modo de vida en las sociedades civilizadas que no sea aquél en el que están especializados, de manera que, cuando surgen crisis económicas, los que mantienen relativamente intacto su nexo predador, acostumbrados a buscarse la vida por su cuenta, salen adelante con más facilidad y menor sufrimiento que los que estaban perfectamente integrados en la sociedad, "colocados" en cómodas posiciones sociales y laborales sin

necesitar una elevada plasticidad adaptativa propia de quienes tienen que competir.

En las crisis sobreviven los poderosos, los pastores y sus allegados. Pero también aquellos que conservan en buena medida su nexo predador, que suelen ser, paradójicamente, los que no lograron adaptarse plenamente a la granja.

La combinación de una deficiente domesticación y un espacio vital completamente ocupado por el tecnosistema civilizado, que no deja espacios naturales pero ofrece oportunidades de depredación sobre los Homo ceres desprotegidos y desposeídos de la capacidad para defenderse, crea la extraña figura de la exclusión social, en el sentido de estar fuera o al margen de las normas de la granja, es decir, del orden que establecen los pastores y de la propia jerarquía de los pastores.

La exclusión social puede venir acompañada de expulsión grupal o no. En el primer caso se encuentran los marginados: delincuencia, drogadicción, alcoholismo, prostitución, indigencia... En el segundo caso, los Homo predator que no se encuentran integrados en la jerarquía de los pastores y a los que se permite desenvolverse en el territorio de la granja en la medida en que no supongan un riesgo o daño superior al beneficio: los delincuentes de alto rango asociados al poder

político y los innovadores tecnológicos y culturales “fuera de norma”, independientes y excéntricos pero no dañinos.

Estos grupos de Homo predator que no forman parte de la jerarquía de poder y que van a su aire no son apartados de la sociedad en la medida en que establezcan con los pastores un equivalente de simbiosis parecida a la relación que existía entre el hombre paleolítico y los primeros lobos. No son, pues, propiamente excluidos sociales, sino Homo predator ajenos al grupo a los que se permite vivir dentro del territorio físico y cultural de la granja o en sus aledaños. Unos **Homo predator outsider** que habitan el tecnosistema civilizado sin pertenecer al grupo de pastores y cuya importancia reside, además de en la innovación, en que muestran una variante del equilibrio entre disidencia y lealtad paleolítica que servirá de base para conformar la moderna civilización europea sustentada en una baja cerealización del conjunto de la población. Es decir, una deficiente neolitización.

Todo europeo lleva dentro de sí una porción de outsider sin la que sería imposible entender el llamado modo de vida occidental, que no es sino la particular variante de civilización incompleta a la que se llegó en Europa tras ser invadida, en tres ocasiones hasta ahora, por neolíticos, pónctico-esteparios y

cristianos. Es el europeo ancestral lo que marca la diferencia cultural entre el colectivismo y el liberacionismo. Entre un mundo dominado por el binomio racial "Homo predator pastor y Homo ceres res y ese otro mundo que pugna por imponer el binomio disidencia-lealtad para devolver al ganado de dos piernas su condición verdaderamente humana. Esa es la gran batalla desde el inicio del Neolítico. Esa es la batalla final. Colectivismo contra liberacionismo. No hay otra, excepto en el engaño de los virus mentales que convierten a los humanos en portadores de una tercera especie virtual cuya naturaleza nos había pasado desapercibida al esconderse tras el disfraz de "valores", "principios", "creencias", "verdades" o "ideologías": Los tecnes. Unos organismo uniideales (unicelulares) que evolucionan rápidamente hacia formas multiideales (pluricelulares).

El Neolítico, la Civilización, incluso los propios pastores Homo predator, son para los tecnes medios e instrumentos para parasitar la mente humana, ese magnífico ordenador con base de carbono, capaz de crear un mundo virtual, el tecnosistema, que escapa a la cruel dictadura de las leyes de la evolución biológica, de la Naturaleza... de la vida.

Los humanos crearon los tecnes y, ahora, ellos se independizan y dominan a los humanos hasta convertir a todos los Homo

predator en Homo ceres y, llegado el momento, eliminarlos por completo cuando sean innecesarios porque los tecnes, al igual que sucedió con nosotros cuando pasamos de ser fundamentalmente carroñeros-recolectores a cazadores-recolectores, superen su condición de parásitos y adquieran completa autonomía.

El Neolítico y, especialmente su última fase urbana en la que aún nos encontramos, la Civilización, es la Historia de los tecnes, de su progresivo control sobre la Humanidad. Son ellos, esos parásitos mentales, esos virus del ordenador con base de carbono sobre el que se creó un nuevo estado de la materia, el virtual, los verdaderos protagonistas de esta alucinante fase evolutiva de la Artificialidad que estamos apunto de abandonar para adentrarnos en la nueva era, el Ciberlítico. Pero, como somos humanos y albergamos la esperanza de seguir siéndolo, no contaremos la Historia desde la perspectiva de la otra especie virtual con la que competimos (sin saberlo), sino desde los resoldos de esa esperanza:

El europeo ancestral.